

**PARTICIPACIÓN DE LA MUJER EXCOMBATIENTE EN LA VIDA POLÍTICA,  
SOCIAL Y CULTURAL EN COLOMBIA  
-Una mirada a partir de la Narrativa Testimonial-**

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA  
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y RELACIONES INTERNACIONALES  
MAESTRIA EN ESTUDIOS POLITICOS  
BOGOTÁ D.C.  
2015**

**PARTICIPACIÓN DE LA MUJER EXCOMBATIENTE EN LA VIDA POLÍTICA,  
SOCIAL Y CULTURAL EN COLOMBIA  
-Una mirada a partir de la Narrativa Testimonial-**

**YENY ALEJANDRA ARIZA RUBIO**

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA  
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y RELACIONES INTERNACIONALES  
MAESTRIA EN ESTUDIOS POLITICOS  
BOGOTÁ D.C.  
2015**

**PARTICIPACIÓN DE LA MUJER EXCOMBATIENTE EN LA VIDA POLÍTICA,  
SOCIAL Y CULTURAL EN COLOMBIA  
-Una mirada a partir de la Narrativa Testimonial-**

**YENY ALEJANDRA ARIZA**

**Trabajo de grado a optar al título en la Maestría de Estudios Políticos  
DIRECTOR DEL TRABAJO DE GRADO**

**IVAN TORRES ARANGURE**

**Docente e investigador**

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA  
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y RELACIONES INTERNACIONALES  
MAESTRIA EN ESTUDIOS POLÍTICOS  
BOGOTÁ D.C.**

**2015**



## Contenido

1. Introducción.....	15
2. La Narrativa en el Campo de la Subjetividad Política.....	20
2.1. Participación política y social de la mujer excombatiente .....	49
3. Narrativas testimoniales: la perspectiva de las mujeres excombatientes en Colombia .....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
3.1. Mujeres, sociedad y conflicto armado en Colombia.....	20
3.2. La narrativa testimonial en el conflicto armado colombiano.....	29
3.3. Narrativas testimoniales de mujeres excombatientes .....	43
4. Una realidad revisitada: Narrativas testimoniales de mujeres excombatientes .	53
4.1. Caracterización general de los testimonios .....	53
4.1.1. Vida familiar .....	53
4.1.2. Vida académica.....	56
4.1.3. Vida laboral .....	58
4.1.4. Militancia política familiar y personal .....	60
4.1.5. Experiencia guerrillera.....	64
4.1.6. Ser mujer.....	71
4.1.7. Participación política .....	75
4.2. Claves de las narrativas testimoniales.....	78
5. Conclusiones.....	87

6. Recomendaciones.....	97
Referencias .....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
Anexo. Matriz de análisis de las narrativas testimoniales de mujeres excombatientes.....	109

## Introducción

La presente investigación analiza la experiencia de un grupo de mujeres que vivieron la experiencia de vincularse a las guerrillas y han atravesado por un proceso de desmovilización y de reinserción social, en el marco del conflicto armado colombiano. El objetivo principal es, abordar la situación actual que viven la mujeres excombatientes, analizando cuál ha sido su participación en la vida política, social y cultural del país, y resaltando sus aportes a la construcción de la paz, la convivencia y la democracia.

Colombia ha sufrido por más de medio siglo los efectos de un conflicto armado, manifestado a través de un tipo de violencia cuya intensidad ha sido variable, y que se ha caracterizado principalmente por sus diversas modalidades, dimensiones, rostros, formas de infundir el terror, maneras de expresar los ideales, de presionar al Estado y de imponer la autoridad en las regiones del país. Las transformaciones ideológicas y políticas de las agrupaciones guerrilleras, la diversidad de los actores y sectores políticos, económicos y sociales que hacen parte del conflicto, además de las estrategias y formas de conducir la guerra, han contribuido al desarrollo de las diferentes facetas de la violencia, representadas a través de innumerables perpetraciones que han generado graves consecuencias para la estabilidad y la seguridad de la población colombiana.

Las distintas manifestaciones de la guerra en Colombia, en las que se incluye el secuestro, el desplazamiento forzado, las extorsiones, la desaparición forzada, las mimas anti-persona, las amenazas, el reclutamiento ilícito y el abuso sexual, entre otras, representan un desafío para la acción sostenida de las entidades gubernamentales y de las organizaciones de derechos humanos a nivel mundial, que deben entender la complejidad y el carácter multidimensional del conflicto en el país, rastrear sus orígenes y analizar su desarrollo progresivo, con el fin de diseñar acciones y proyectos efectivos que reparen de manera integral a las víctimas y que ayuden a reducir los efectos de la violencia sobre la población en el campo y en las ciudades.

Ante el escalamiento y la complejidad del conflicto armado se han establecido en el país diversos procesos de desarme y reintegración social, que han derivado en la desmovilización colectiva, resultado de negociaciones oficiales con grupos guerrilleros; y en la desmovilización individual, en donde miles de hombres, mujeres y niños han abandonado el camino de las armas y han regresado de forma voluntaria a la vida civil, retomando el curso natural de sus vidas. Se calcula que cerca de 41.000 combatientes se han desmovilizado en los últimos años en Colombia, de los cuales 31.000 lo han hecho de manera colectiva (con un 6% de población femenina), y otros 10.000 mediante la desmovilización individual (con un 14% de mujeres)

A pesar de que son varios los estudios e investigaciones que indagan por el tema de la desmovilización y la reinserción social en Colombia, el papel y el rol que desempeña la mujer ha sido analizado principalmente desde enfoques que las ubican como víctimas pasivas de la guerra, y no como agentes activos del conflicto, esto es, como actores que participan directamente en la confrontación armada y que son parte esencial de las dinámicas y modalidades que se han generado en medio de la larga confrontación que sacude al país.

Teniendo en cuenta lo anterior, es importante analizar la situación de las mujeres excombatientes en Colombia, con el fin de reconocer qué las llevó a asumir la vía armada, que ha significado para ellas pertenecer a un grupo guerrillero, qué tanto sienten que los objetivos que perseguían al enlistarse en dichos grupos se ha cumplido, cómo han vivido sus vidas luego de la desmovilización y cómo leen esa experiencia al analizar la guerra y el conflicto desde una perspectiva totalmente distinta. Además, es relevante reconocer cuál es el rol político que han tenido o que tienen en la actualidad las mujeres excombatientes, cuál ha sido su rol en los procesos de diálogo o de negociaciones de paz y si están inmersas en proyectos de tipo social orientados a revertir las situaciones negativas generadas por el conflicto armado.

En este contexto, y de acuerdo al planteamiento del problema que se estableció, la pregunta que orienta el desarrollo de la investigación es:

¿Cómo han vivido las mujeres excombatientes de la guerrilla la experiencia de la participación en la vida política, social y cultural del país una vez que se han alejado de la guerra?

Para dar cuenta de dicho interrogante se consideró necesario reconocer las dinámicas del conflicto armado reciente, resaltar el rol jugado por las mujeres en las confrontaciones y en la búsqueda de alternativas de paz para Colombia, recoger las experiencias de participación política, social y cultural de un grupo de mujeres excombatientes y analizar todo esto desde la perspectiva de la *memoria ejemplar* (Todorov; 1995: 17), a fin de dimensionar sus aportes a la construcción de la paz, resaltar los aprendizajes que condensan estas experiencias de participación, y hacer un aporte concreto al actual proceso de paz que se adelanta en Colombia.

Por el carácter del problema analizado, se optó por una perspectiva cualitativa de investigación que recurre al análisis documental, la narrativa testimonial y la observación no participante (Ibarra; 2007: 71). La investigación está centrada en el *método biográfico*, perspectiva que se inscribe en el contexto de un movimiento científico y cultural que viene impulsando el retorno del sujeto-actor-autor en la investigación en ciencias humanas y sociales (Passegui; 2009: 49-62), y que se caracteriza por el empleo de información empírica proveniente de materiales bibliográficos.

El *método biográfico* se centra en la narrativa testimonial, pone de presente la importancia que adquiere la narración en la vida de los seres humanos, resalta la relación que existe entre experiencia y conocimiento, y hace un énfasis singular en la manera en que se vinculan la narración y la subjetividad, dimensión que supone un proceso progresivo en el que el sujeto se enriquece y se reconstruye a partir de su propia capacidad de palabra.

Este trabajo parte entonces de un enfoque narrativo centrado en los relatos testimoniales y lo ha hecho por dos razones: de una parte, porque considera prioritario ayudar a visibilizar la voz y la experiencia de las mujeres

excombatientes, y de otra, porque está interesado en resaltar que la narración de sí pone en evidencia los procesos de construcción de la subjetividad política en el sujeto que se narra.

La narrativa permite evidenciar los cuestionamientos y las posibles transformaciones que estas mujeres vienen haciendo a la cultura patriarcal que predomina en el país y resalta sus aportes a la constitución de las mujeres como actor social y político relevante.

Sin embargo, se asume que la lectura de las experiencias de las mujeres excombatientes y el desarrollo de programas y políticas que incentiven el desarrollo de sus labores no deben reducirse a la intención de promover la equidad de género. Este trabajo, parte de reconocer el rol de la mujer excombatiente a partir de una mirada integral de sus aportes a la sociedad y al desarrollo del país, resalta su rol como *actor político*, y brinda singular importancia a la tarea de visibilizar su potencial creador, recuperar su experiencia en la construcción activa de la paz, poner de presente los proyectos que emprende para superar los efectos negativos del conflicto, y relieves la capacidad y el conocimiento que ha generado para ayudar a construir un país basado en la justicia, la equidad y la solidaridad.

Analizar el tema del desarrollo y las modalidades del conflicto armado colombiano a partir las experiencias, memorias y reflexiones concretas de la mujer excombatiente, equivale a desentrañar el papel de la mujer en un escenario específico cuya experiencia ofrece perspectivas hasta ahora desconocidas en el terreno de la investigación social.

Por otro lado, entender el rol de la mujer excombatiente y su accionar en los diversos escenarios políticos, sociales y culturales de la sociedad reviste una singular importancia, no sólo porque recoge de manera positiva sus apuestas y sus aportes a la paz y la democracia, sino porque puede constituirse en un aliciente para aquellas mujeres que aún hoy están inmersas en el conflicto armado y enviar un mensaje de confianza para que se animen a abandonar el camino de

las armas y emprendan la reivindicación de sus voces y de sus ideas de maneras mucho más proactivas y constructivas.

En el primer capítulo se plantean las orientaciones teórico-conceptuales que estructuran la perspectiva particular del trabajo; en el segundo capítulo se orienta la reconstrucción histórica del problema investigativo y se profundiza en los aportes de la narrativa testimonial para el desarrollo del proyecto; en el tercer capítulo se analizan los testimonios que hacen parte del *corpus* de la investigación, y en el cuarto capítulo se presentan los hallazgos, las conclusiones y las recomendaciones finales.

## 1. LAS MUJERES Y LOS CONFLICTOS ARMADOS

De acuerdo con el Comité Internacional de la Cruz Roja al referirse a la relación mujer y confrontación armada se ha tendido a clasificar a las mujeres como “vulnerables” y suele considerárseles únicamente desde la perspectiva de víctimas; sin embargo, es claro que la mayoría de las mujeres no son necesariamente vulnerables y que en la actualidad las mujeres están participando activamente en muchos de los conflictos armados que se presentan en el mundo entero (CICR; citado en Lindsey; 2000).

Según Lindsey, fue durante la Segunda Guerra Mundial cuando se puso de presente su papel como reservistas o como unidades de apoyo (incluido el trabajo en fábricas de municiones) en las fuerzas alemanas y británicas; en el caso de la Unión Soviética, su participación directa en la lucha como miembros de todos los servicios y unidades ascendió al 8% del total de las fuerzas armadas (Krill citado por Lindsey, CICR; 1985: 347-375).

Isabel Múnera, ha descrito también el papel que jugaron las mujeres españolas que huyendo del fascismo se asilaron en Francia en este periodo. De acuerdo con el testimonio de Neus Catalá fueron muchas las mujeres que se incorporaron a las filas de la Resistencia tras la ocupación de Francia por los nazis en mayo de 1940. Como enlaces, en las redes de evasión, transportando correos, municiones, armas o mensajes, dando cobijo a los perseguidos por la Gestapo y la milicia francesa, confeccionando o distribuyendo prensa clandestina e incluso empuñando armas en batallas tan importantes como la de La Madeleine. Según Catalá:

“Las mujeres éramos plenamente conscientes del peligro que corríamos al vincularnos a la Resistencia pero sentíamos que cumplíamos con nuestro deber... Cuando entrábamos en la Resistencia éramos conscientes del peligro. Sabíamos que teníamos un 90% de posibilidades de caer. Pero caía uno y sabía que diez la remplazarían (...)” (Neus Catalá, citada en Múnera; 2006: 4-6).

Según Múnera, muchas mujeres que no habían ejercido actividades políticas ni militares durante la Guerra Civil, encontraron en la Resistencia francesa su oportunidad para poder luchar contra el fascismo.

Desde entonces, las mujeres han asumido un papel mucho mayor y con más frecuencia se están vinculando, voluntaria o involuntariamente, en las confrontaciones armadas. Según el CICR, entre los militares de los Estados Unidos el 14% del personal activo está constituido por mujeres y de las fuerzas estadounidenses que sirvieron en la Guerra del Golfo entre 1990 y 1991, 40.000 eran mujeres (CICR; citado en Lindsey; 2000).

Elise Barth ha puesto también de presente que en Sri Lanka, por lo menos el 30% de los integrantes de los Tigres Tamiles son mujeres, y en igual porcentaje han hecho parte en conflictos armados como el del Salvador o el de Eritrea. De acuerdo con esta autora, en el caso de África, se sabe de la presencia de mujeres en las guerrillas y movimientos de liberación en Etiopía, Namibia, Zimbabwe, Mozambique, Argelia, Liberia, Sierra Leona, Guinea-Bissau, Uganda y Djibout (Barth; 2002, citado en Londoño y Nieto; 2006: 11 y 12).

Por su parte, Ilya Luciak ha señalado que el 30% de los desmovilizados del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional FMLN de El Salvador, eran mujeres, y que en el caso de la Unidad Revolucionaria Nacional URNG de Guatemala las mujeres constituyeron el 15% de su base guerrillera y el 25% de sus cuadros de dirección política.

La Comisión de la Verdad del Perú, en su informe final, señaló que el 40% de la militancia y más del 50% del Comité Central del grupo guerrillero Sendero Luminoso eran mujeres. Por otra parte, autoras como Marina Mora y Guiomar Rovira han hecho evidente que la tercera parte del Ejército Zapatista de Liberación Nacional EZLN que opera en el Estado Mexicano de Chiapas son mujeres y que

estas participan en todos los niveles de la organización (Ver: Londoño y Nieto; 2006: 11-12 y Rovira; 1999: 13-51).

En el caso de Colombia, Londoño y Nieto han resaltado que para la década de los 90, las mujeres constituían entre el 24% y el 27% de quienes conformaban los grupos guerrilleros que se desmovilizaron colectivamente (Movimiento 19 de Abril M-19, Partido Revolucionario de los Trabajadores PRT, Ejército Popular de Liberación EPL, Movimiento Armado Quintín Lame MAQL, Comandos Ernesto Rojas CER, Corriente de Renovación Socialista CRS, y el Frente Francisco Garnica FFG). De dichos grupos, los que más evidenciaron participación de las mujeres fueron el M-19 con el 31.5% y la Corriente de Renovación Socialista CRS con el 17.5% (Londoño y Nieto; 2006: 11-12).

Es importante resaltar que pese a estos ejemplos de participación voluntaria e involuntaria de las mujeres en el conflicto armado, sea como combatientes sea como personal de apoyo, algunos países y culturas se niegan a aceptar la participación de la mujer en papeles de combatiente en las confrontaciones armadas.

## 2. MUJER Y CONFLICTO ARMADO EN COLOMBIA

Son muchos los documentos que prueban la participación de las mujeres en las gestas de independencia. Si bien el imaginario popular tiende a recordar a mujeres como Manuelita Sáenz, la “libertadora del libertador”, es claro que muchas otras mujeres participaron del Ejército Libertador como enfermeras, cumpliendo labores de logística, ligadas a la inteligencia e incluso como combatientes:

“Dentro de este último grupo de mujeres figuran los nombres de Justa Estepa, Anselma Leyton, Fresia, Teresa Olaya, Matilde Guevara, Ramona Alvarán, Rosaura Vélez, Manuela Beltrán, Presentación Buenahora, Simona Duque, Juana Ramírez, Magdalena Ortega, Rosa Zárate, Agustina Ferro, Dolores Torralba, Rafaela Rangel, Bibiana Talero, Eulalia Buroz, Carlota Armero, María del Carmen Ulloa, Balbina Ulloa, Domitila Sarasti, Teresa Izquierdo, Manuela Escobar, Juana Escobar, Fausta García, Antonia Santos, Joaquina Aroca, María del Rosario Devia, Candelaria Forero, Agustina Mejía, Dolores Salas, Luisa Trilleras, Dominga Burbano, Martha Tello, Remigia Cuestas, Salomé Buitrago, Evangelina Díaz, Antonia Moreno, Mercedes Loaiza, Inés Osuna, Ignacia Medina, Manuela Uscátegui y Rosaura Rivera, entre tantas otras” (Centro de Estudios Históricos del Ejército Nacional; 2015).

Es claro que los nombres de muchas de estas mujeres no suelen ser evocados con la misma facilidad con que se recuerdan los nombres de los llamados “Padres de la Patria”, y sólo son mencionados en estudios particulares o por cuestiones puramente reivindicativas.

En las guerras civiles del siglo XIX también participaron las mujeres. Baste citar a manera de ejemplo el trabajo de Pamela Murray sobre la participación femenina en la vida política del siglo XIX, a través de un análisis de cartas escritas por mujeres y dirigidas al General Tomás Cipriano de Mosquera. En su obra, *Mujeres, género y política en la joven República de Colombia*, Murray muestra cómo las mujeres formaban parte de las redes sociales y políticas alrededor del caudillo durante su rebelión contra el gobierno de Mariano Ospina. También revela cómo la correspondencia personal les permitía no sólo solicitar la protección de Mosquera, sino también desempeñar un papel en la confrontación política, al enviar noticias,

avisos y opiniones acerca de la guerra civil y los asuntos públicos (Murray; 2009: 54-71).

El siglo XX colombiano estuvo marcado por una serie de dinámicas en la que las ideologías políticas y las demandas sociales entraron en crisis. Desde los albores del siglo, el auge de los movimientos obreros, campesinos e indígenas comenzaron a dar cuenta de asuntos que el orden político del siglo XIX había dejado sin resolver. Estas tensiones sociales se agudizaron hasta el punto en que, hacia mediados de siglo, la violencia política se tomó los campos y las ciudades.

Tras el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán surgieron las cuadrillas bandoleras que fruto de la represión estatal degenerarían hacia el bandidismo o darían origen al surgimiento de las guerrillas liberales (Ver: Sánchez y Meertens; 1992: 29-42 y Ortiz; 2011: 27-63).

Fruto de las luchas agrarias de los años treinta y de la Violencia de los años cincuenta se constituirían los núcleos de autodefensa campesina que dieron origen a las FARC (Ver Aguilera; 2010 y CNMH; 2013), posteriormente jóvenes alentados por el triunfo de la revolución de la guerrilla cubana, al mando de Fidel Castro, en 1959, erigieron la bandera política de la lucha guerrillera y dieron vida al Ejército de Liberación Nacional ELN (Ver Arenas; 1971 y Medina Gallego; 2001), al Ejército Popular de Liberación EPL (Ver Villarraga y Plazas; 1994 y FUCUDE; 2013). Al despuntar la década de 1970, esgrimiendo como argumento el fraude electoral y el cierre del sistema político derivado del Frente Nacional surgiría el M-19, una de las guerrillas que despertó mayor simpatía en diferentes sectores de la población (Ver: Behar; 1985, Villamizar; 1995 y Lara 2002). Las décadas de los sesenta y de los setenta se convirtieron en el momento de mayor auge de estos grupos, los cuales abogaban por la satisfacción de demandas sociales, históricamente insatisfechas.

De acuerdo con las relatorías entregadas por la recién creada Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas CHCV, el actual conflicto armado colombiano puede ser estudiado desde diversas perspectivas que difieren, no solo en los factores que lo originaron, sino también en su fecha de inicio. Algunos de los investigadores asociados al informe presentado por la CHCV ubican el inicio del conflicto armado en el periodo posterior al Frente Nacional (1958-1974), otros lo sitúan en el periodo de la llamada República Liberal y la consecuente represión armada contra los líderes de esta colectividad (desde 1930 y durante la década de los años 40), y algunos también lo definen desde el surgimiento de los movimientos agrarios de inicios de 1920.

En relación con el surgimiento del conflicto armado, algunos de los autores del informe consideran que es la prolongación de una larga historia de inequidad social, mientras que otros lo consideran como un proceso autónomo surgido en el marco del Frente Nacional, aupado por el auge de la Revolución Cubana. En relación con su persistencia o prolongación, hay quienes sostienen que el “conflicto armado en Colombia ha sido la asimilación de destrezas o el reclutamiento de personas experimentadas de los ciclos anteriores de violencia, por parte de nuevos o renovados actores armados” (Informe CHCV; 2015: 24).

El conflicto armado reciente se caracteriza por la forma como se asimilaron las contradicciones del periodo conocido como la Violencia –comprendido desde el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán hasta, más o menos, 1958–, al igual que los procesos sociopolíticos posteriores. Así, mientras que en las décadas de los años 60 y 70 los grupos guerrilleros fueron diezmados por acciones bélicas del Estado o por procesos de paz parciales, las dinámicas sociales que daban sustento a los conflictos no fueron atendidas, lo cual redundó en un recrudecimiento del mismo en los años posteriores. Las demandas sociales se convirtieron en banderas para la insurgencia.

Pero, en cuanto a la asimilación de los nuevos procesos sociales, no debe dejar de señalarse que al panorama configurado por la acción armada de las guerrillas vino a integrarse:

“(…) La intensa irrupción de los poderosos carteles de la droga y, al mismo tiempo, el surgimiento de los llamados grupos de autodefensa o grupos paramilitares” (CHCV; 2015: 38).

Con base en estas características, puede afirmarse que el conflicto armado en el país ha contado con dos fases. La primera, entre 1964 y 1980, se caracterizó por la confrontación armada entre las llamadas “guerrillas de primera generación” y las Fuerzas Armadas. Esta se caracterizó por el debilitamiento de los grupos guerrilleros a finales de los años 60 y principios de la década siguiente, periodo en que Colombia tuvo las tasas de homicidio más bajas de los últimos 70 años. La segunda fase, desarrollada entre 1980 y el 2014, ha sido la más compleja y la que ha tornado más difícil la culminación del conflicto armado; de acuerdo con el citado informe:

“La fase actual y su hondo agravamiento están íntimamente relacionados con la emergencia de un nuevo actor, el paramilitarismo y la presencia de unos recursos financieros sin antecedentes provenientes del tráfico de drogas, el secuestro y la extorsión. Como consecuencia de ello, Colombia pasó de una confrontación entre los movimientos insurgentes y los aparatos de contrainsurgencia estatales, hacia un conflicto más complejo debido a la irrupción de los grupos paramilitares y los ‘terceros oportunistas’ que se introdujeron en el juego político afectando su curso y sus dinámicas” (CHCV; 2015: 40).

En rasgos generales, el conflicto armado en Colombia ha tenido actores diversos, así como causas y factores que explican su mantenimiento en el tiempo. Se trata de una problemática sociopolítica vigente, con grandes consecuencias para amplios sectores de la población, y que puede ser abordada desde diferentes perspectivas.

El Centro Nacional de Memoria Histórica ha asumido como fecha de inicio del conflicto armado reciente el año de 1958, y ha asegurado que entre 1958 y 2012 se han producido al menos 200.000 muertes violentas (CNMH; 2013: 31). La participación de las mujeres en el marco de dicho conflicto ha sido estudiada desde la perspectiva de la mujer como víctima y se cuenta con diversos informes que dan cuenta de la afectación de la cual han sido objeto. En general, las investigaciones abogan por la construcción de memoria y el establecimiento de garantías de no repetición; sin embargo, no es tan usual que se haga referencia al papel que han jugado las mujeres como combatientes. Esta realidad se explica no solo por la falta de interés de la academia en dicha problemática, sino porque en el imaginario social se ha solidificado la representación de la mujer como símbolo de debilidad y sensibilidad, lo cual las “incapacita” para ser percibidas como agentes generadores de violencia.

No obstante, cuando se observan los estudios adelantados al respecto, se encuentra que las mujeres excombatientes han tenido una amplia participación en el conflicto armado. Así, según el Observatorio de Procesos de Desarme, Desmovilización y Reintegración ODDR de la Universidad Nacional de Colombia, entre 1990 y el 2014 se desmovilizaron 8.554 mujeres pertenecientes a grupos armados ilegales, correspondientes al 13% del total de combatientes retirados (ODDR; 2014), mientras que otro estudio del mismo observatorio, enfocado en los años 2002 y 2011, se encuentra que, de las 23.402 personas desmovilizadas en dicho tiempo, 4.333 fueron mujeres, es decir, un 18,5% (ODDR; 2015).

El informe señalado también brinda información sobre el destino de estas mujeres luego de convertirse en excombatientes. Para la fecha del estudio, de las mujeres desmovilizadas en el marco del proceso de Justicia y Paz con los grupos paramilitares, 109 estaban postuladas al proceso de justicia transicional y las provenientes de grupos guerrilleros sumaban cerca de 438. En el segundo escenario, las cifras indicaban que 4.542 mujeres se encontraban vinculadas a los procesos de reintegración.

De esta manera, las realidades de las mujeres excombatientes se presentan únicamente en cuanto al número que de ellas se encuentran vinculadas a procesos coordinados por diversas instancias gubernamentales. Cuando se analizan diversas variables sobre sus realidades, se encuentran diversas limitaciones que tienen que ver con el hecho de que sus particularidades son poco percibidas o prácticamente silenciadas. Las mujeres excombatientes se enfrentan, sin duda, a las mismas dificultades que los hombres excombatientes: dificultades en el acceso a espacios de educación y trabajo, discriminación por parte de las comunidades en las que tratan de reincorporarse a la vida civil, riesgo de volver a incorporarse en otros grupos armados ilegales, entre otras. Pero sus problemas particulares quedan invisibilizadas.

Otro informe del ODDR incluye un estudio de caso en relación con la “Educación y la reintegración en el departamento de Antioquia”. En dicho informe, la única característica diferenciada de las relaciones entre educación, reintegración y mujeres ocurre en la página 10, cuando se cita el caso de una mujer que presentó problemas de convivencia con otra de sus compañeras, sobre la cual uno de sus propios docentes afirmaba que “deberían meterle un susto” (ODDR; 2011).

De igual forma, un estudio adelantado por la Agencia Colombiana para la Reintegración ACR señala que, para febrero de 2014, del total de personas atendidas, el 15,94%, es decir, 4.892 personas, son mujeres. Esta cifra se pone de presente para indicar la importancia que tiene la perspectiva de la mujer en los procesos de reintegración, en tanto que su ausencia “es un grave error pues invisibiliza sus necesidades particulares y perjudica su reintegración a la vida civil” (ACR; 2015).

El informe da cuenta de los avances de la ACR en términos de la inclusión de una perspectiva de género sin dar cuenta propiamente de las realidades de las mujeres involucradas en los procesos. Si bien el informe resalta la capacitación en materia de violencia intrafamiliar, los procesos de atención psicosocial, el

desarrollo de estrategias para la vinculación laboral y educativa, no se señala de qué realidades son extraídas estas necesidades, cómo impactan la vida de las mujeres o cómo esperan transformar las condiciones de vida de las excombatientes. Lo anterior, sin mencionar que el enfoque de género está pensado en un sentido amplio que no solo involucra a las mujeres, sino que también involucra a las personas que pertenecen a la población LGBTI.

Desde la perspectiva del presente trabajo el panorama expuesto destaca las siguientes ideas: como víctimas y como combatientes las mujeres son sujetos que se han visto fuertemente involucrados en el conflicto armado colombiano. Esta realidad ha conducido a adelantar diversos procesos de análisis histórico y académico cuyas finalidades han estado en el orden de la construcción de memoria histórica, la construcción de discursos institucionales –como en el caso de la ACR– o de la visión de las mujeres como víctimas de las acciones realizadas por combatientes del género masculino.

Sin embargo, como bien lo ha señalado Elvira Sánchez Blacke:

La reciente aparición de textos en la forma de testimonio, etnografía, ensayo, novela y narrativas mixtas escritas por mujeres que han participado directa o indirectamente en el conflicto colombiano intriga y por demás evidencia la necesidad de preservar una memoria individual que proyecta la voz de una colectividad. El análisis de estos textos refleja a su vez la búsqueda de un discurso de “resignificación” o “resemantización” de la experiencia femenina en un proceso que perfila nuevos roles genéricos y transformaciones a nivel de sociedad” (Sánchez Blacke; 2012: 2-3).

Para la citada autora, el proceso vital de resignificar la memoria a través de narrativas ha tenido una evolución que parte de la escritura externa (crónicas periodísticas y testimonios mediatizados) surgidos en la década de los ochenta y los noventa. Estas narrativas han dado la pauta a la búsqueda de lenguajes propios individuales (autobiografía, historias de vida, relatos narrativos mixtos) a partir del 2000, para consolidarse en la producción de narrativas auto reflexivas que surgen desde espacios colectivos. Para Sánchez, en toda esta escala

evolutiva se aprecian tres factores fundamentales, memoria-texto-identidad, que giran en torno a una constante de rescate, construcción y reafirmación del sujeto femenino en la sociedad (Sánchez Blacke; 2012 4).

En el año 2000 se publican dos libros claves que revelan las historias de vida de las mujeres excombatientes en Colombia desde una perspectiva personal: “Escrito para no morir: bitácora de una militancia”, de María Eugenia Vásquez y “Razones de vida”, de Vera Grabe; se trata de narraciones autobiográficas que relatan en primera persona las experiencias de estas mujeres en su vinculación con la guerrilla y su transformación a nivel personal y colectivo. Estas publicaciones marcaron una pauta y han servido de base a variados estudios y exploraciones desde la academia.

A partir del año 2000 se han publicado otros testimonios, historias de vida, tesis y ensayos académicos sobre las mujeres que han sido partícipes de una forma u otra en el conflicto colombiano, particularmente desde la militancia. Cabe mencionar ensayos académicos como “Guerras y paz en Colombia: las mujeres escriben”, de Carmiña Navia Velasco (2004), ganador del premio Casa de Las Américas sobre estudios de la mujer, “La corporalidad de las guerreras: una mirada sobre las mujeres combatientes desde el cuerpo y el lenguaje” (2005), y el ya clásico estudio de Luz María Londoño y Yohana Fernández Nieto, “Mujeres no contadas: procesos de desmovilización y retorno a la vida civil de mujeres excombatientes en Colombia 1990-2003” (2007), entre otros.

Un capítulo aparte, aunque fuertemente imbricado en esta historia, está constituido por la realidad que viven y han vivido las niñas excombatientes. Esta investigación no ahonda en este tema pues reconoce que existe una gran diferencia entre la experiencia de mujeres que ingresaron a las guerrillas entre 1970 y 1990 y las que lo han hecho posteriormente.

Según un estudio reciente, entre 15.000 y 18.000 niños y niñas harían parte de grupos armados irregulares. Dicho trabajo sostiene que 4 de cada 10 integrantes de las FARC y el ELN serían menores de edad (Springer; 2012: 20). Aunque no existe un amplio número de trabajos que indaguen sobre este aspecto, es dable resaltar por ejemplo los textos “Guerreros sin sombra: niños, niñas y jóvenes vinculados al conflicto armado” (Álvarez Correa y Aguirre Buenaventura; 2002: 24-50), el apartado del Informe ¡Basta Ya! titulado “La inocencia interrumpida. Los daños e impactos sobre los niños, niñas, adolescentes y jóvenes” (CNMH; 2013: 314-321) y, más recientemente, el informe “Como corderos entre lobos: Del uso y reclutamiento de niños, niñas y adolescentes en el marco del conflicto armado y la criminalidad en Colombia” (Springer; 2012: 20-46).

#### **4. PARTICIPACIÓN SOCIAL Y POLÍTICA DE LAS MUJERES EN COLOMBIA**

En el contexto colombiano, la participación política de las mujeres ha sido muy limitada. La conquista de los derechos de la mujer ha sido una tarea lenta y de muchos años. En las primeras Constituciones de Colombia, las mujeres no eran consideradas como ciudadanas y la conquista de sus derechos se desarrolló a pulso hasta alcanzar el derecho al voto en el año de 1954, bajo el gobierno de Gustavo Rojas Pinilla (Lopera; 2010: 5).

Esta circunstancia ha situado a la mujer en una condición de desventaja respecto a los hombres en el momento de acceder a los diferentes mecanismos de participación. Mientras que los hombres han contado con el derecho al voto, a administrar sus bienes y a gozar de ciertas garantías laborales, las mujeres han tenido que vivir una doble matriz de circunstancias en las que, a nivel legal, debían sufrir una fuerte desprotección y una falta de garantías para el libre desarrollo de sus vidas; y por otra, debían desempeñarse en una sociedad en la que eran madres, esposas, hijas y trabajadoras, lo cual hacía que, sin importar la desprotección estatal, tuviesen que abrirse espacios en la sociedad.

En materia de derechos, el mundo político y legislativo siempre fue adverso a la posibilidad de que las mujeres accedieran al derecho al voto. Las razones que sustentaban esta oposición se modificaban dependiendo del contexto político, aunque en general apelaban a la supuesta incapacidad de las mujeres para pensar por sí mismas. En el siglo XIX el Partido Liberal se oponía a la concesión del derecho al voto por considerar que las mujeres votarían según lo que les indicaran sus esposos o los sacerdotes de tendencia conservadora. En el siglo XX, el debate recaía en la posibilidad de que las mujeres fácilmente siguieran las ideas del comunismo y esto generó una gran resistencia en los sectores conservadores del país. Por ello, y de manera general, se estableció un panorama en el que las ideas políticas “mezcladas en un extraño coctel con el anti-

sufragismo y la defensa de la moral, perpetuaron los privilegios políticos de los hombres a costa de la dignidad de las mujeres” (Velázquez; 1995: 219).

Pero la restricción en materia de participación política no logró excluir a las mujeres de la lucha por el desarrollo de la sociedad colombiana. Como ya se indicó, las mujeres participaron de las dinámicas sociales desde su condición de trabajadoras, docentes, artistas, líderes comunales y roles de diversa índole. Esta circunstancia invisibilizó su situación e hizo que se desatendieran buena parte de sus derechos, los cuales fueron conquistados luego de arduas jornadas de lucha.

En materia educativa, por ejemplo, en 1929 se firmó el decreto 1575, que reglamentó el “reconocimiento oficial de títulos de grados de maestras, elemental, superior y de comercio” en instituciones de enseñanza secundaria para mujeres, en 1932 se expidió el Decreto 1487 que abrió la posibilidad de que las mujeres cursaran estudios de secundaria en igualdad de condiciones que los varones y, un año más tarde se proclamó el Decreto 1972 que contempló, el acceso de las mujeres a las universidades (Velázquez; 1995: 210-219).

Algunas de las principales conquistas de la mujer en materia de derechos estuvieron asociadas a cuestiones laborales. Estas conquistas se plasmaron en iniciativas legislativas como la Ley 83 de 1931 que permite a la trabajadora recibir directamente su salario, la Ley 53 de 1938 que estructuró algunos criterios para la inclusión de las mujeres en el mercado laboral y el respeto de su condición de madre, o la Ley 6 de 1945 por la cual se dictan algunas disposiciones sobre convenciones de trabajo, asociaciones profesionales y solución de conflictos colectivos del trabajo (Velázquez; 1995: 212).

Pero las conquistas logradas por las mujeres a lo largo del siglo XX no fueron suficientes para transformar las condiciones de las mujeres en el país. Esto queda demostrado en el amplio espectro de tiempo que se transcurrió para que las mujeres pudieran acceder al voto, una de las más importantes conquistas en

términos de su participación política en tanto garantizaba que pudiesen elegir y ser elegidas. María Emma Wills ha resaltado las consecuencias de este proceso para el período 1970–2000; según dicha autora, el fenómeno en cuestión se desarrolló en dos etapas: 1970–1988 y 1989–2000.

Para Wills, la primera época remite a un proceso que se caracteriza por la falta de correspondencia entre inclusión y representación debido a la ausencia de procesos de articulación entre las mujeres que participaban en política, las dirigencias de los feminismos y los movimientos netamente femeninos. La segunda, supone una mejor articulación de estos sectores en aras de aumentar la correspondencia entre inclusión y representación, aunque las mujeres se ven abocadas en este periodo a lidiar con la profundización del conflicto armado y la transición hacia la constitución de 1991 (Wills; 2004: 324).

De manera que el panorama para las mujeres a nivel político a finales del siglo XX es bastante crítico. Teniendo en cuenta que la esfera de lo político es el lugar de lo público por excelencia, se hace evidente que la invisibilidad de las mujeres en este campo tiene que ver con unas construcciones históricas en las que ellas han sido consideradas como incapaces para el ejercicio de lo público. Las construcciones socioculturales sobre lo masculino y lo femenino marcaron las opciones de participación política de las mujeres y esa marca ha sido difícil de erradicar aún en el tiempo presente.

En el caso del conflicto armado los imaginarios que se tienen de la mujer tienden a considerarlas más como víctimas pasivas de los hechos de violencia que como agentes que entran en relación con los procesos de violencia, en diversos grados y de las más variadas maneras.

## 5. NARRATIVA Y SUBJETIVIDAD POLÍTICA

La narrativa es un elemento de gran poder para orientar el análisis sobre la subjetividad política. La narrativa testimonial reconoce que toda vida es digna de ser contada pues es la expresión de un acontecimiento único, de un momento particular en la historia de la humanidad, y de una comprensión y significación específica de la vida y del mundo (Díaz, Arias y Tobón; 2013: 71-82).

La narrativa es un instrumento valioso cuya principal característica es la posibilidad que tiene de transformar, pues permite visualizar, reflexionar y entender el mundo de nuevas maneras, además de cambiar la forma en que se comunican los hechos a las demás personas. Mediante la narrativa es posible crear nuevas realidades por medio de distintas estrategias, descubriendo nuevos sentidos y asimilando las experiencias y los acontecimientos con una estructura lingüística determinada. Esta transformación, implica profundizar en los acontecimientos, teñirlos con nuevos tonos y profundizarlos con frases y palabras que nutren y le dan vida a los relatos (Arias; 2014: 207-224).

Los relatos invitan a salir, a conocer el mundo, y a entender cuál es el lugar que se ocupa en él. Ya sean históricos o de la experiencia actual, invitan a considerar lo que cada uno es, sus esperanzas y sus anhelos. La narrativa puede también servir como una lente para reflejar la naturaleza relatada de las vidas humanas, para comprender las complejidades morales de la condición humana y para ampliar las fronteras interpretativas. Por otro lado, un buen relato permite ampliar la *imaginación moral*, generando posibilidades para el pensamiento y la acción del ser humano (Lederach; 2008).

De acuerdo con Martha Cecilia Herrera, la narrativa es una herramienta que permite interpretar el sentido de mundo que se desprende del universo del hablante. En el caso de la investigación centrada en los relatos testimoniales, es importante establecer un horizonte de sentido que articule lo que es narrado con lo

que el investigador capta y con las perspectivas teóricas que orientan la investigación. Sólo de esta manera, teniendo en cuenta las experiencias y memorias que aporta el relator, la comprensión del investigador y los conceptos que se desprenden del relato, es posible encuadrar interpretativamente la subjetividad política que se devela discursivamente (Herrera; 2013: 189-202).

Según Herrera, las narraciones y los testimonios en medio del contexto bélico que ha atravesado el país en las últimas décadas, se han convertido en expresiones culturales privilegiadas por medio de las cuales se establece un ambiente dialógico y de reflexión, en donde una persona comunica a otra el desarrollo, las causas y las consecuencias de un acontecimiento particular, con el objetivo de reconocerse en ellos, de reconfigurarse y de brindarle un nuevo sentido a su experiencia (Herrera; 2013: 189-202).

Sólo cuando el investigador tiene la posibilidad de experimentar la emoción que se genera a través de un relato o de una narración puede transmitir estas sensaciones de una manera adecuada (Díaz, Arias y Tobón; 2013: 71-82). En este sentido, la narrativa es una experiencia mediante la cual se promueve una transmisión de emociones, se reivindican las experiencias y las voces de quienes han sido socialmente marginados o invisibilizados, y se abre un espacio de posibilidad para que la sociedad reconozca el valor de las versiones y las interpretaciones del conflicto que portan quienes lo han vivido en carne propia.

Vale decir que al dar cuenta de su experiencia la persona se narra a sí misma a través de su propio relato y que, al hacerlo, tiene la posibilidad de repensarse y rehacerse en el mismo acto mismo de narrar. Al narrarse, el sujeto activa su proceso de subjetivación política y ello le permite reivindicar voces y experiencias que no han sido contadas y empezar a hacer que el pasado se torne en verdad en memoria ejemplar (Piedrahita; 2013: 15-30).

Según Capote, en el caso de las mujeres que han hecho parte de la guerra la narrativa testimonial está generando un proceso de transformación cultural en el que se rescatan sus voces y se definen acciones concretas para liberar a la mujer de las presiones e invisibilizaciones a las que se ha visto sometida (Capote; 2012). De acuerdo con María Eugenia Ibarra:

“(...) Si las mujeres son invisibilizadas como combatientes a causa de una supuesta debilidad natural que las condiciona a ser pacíficas, se esperaría que las sociedades tomaran en cuenta sus gestas por la paz. Pero del mismo modo que con sus actuaciones en las guerras, su presencia en las acciones pacíficas está limitada pues, la consecución y la conservación de la paz también han sido consideradas misiones masculinas” (Ibarra Melo; 2007: 67).

Como puede verse, la narrativa testimonial está movilizando la subjetivación política de las mujeres y ello les permite empezar a redefinir la relación que han sostenido con su historia y construir una nueva imagen de sí. Según Ibarra, la mujer ha venido entendiendo que la identidad, toda identidad (étnica, racial, nacional, religiosa, de género, etc.), es social e históricamente construida (Ibarra Melo; 2007: 67).

Finalmente, es importante aclarar con Martha Cecilia Herrera que la reivindicación de las voces no contadas de las mujeres reviste una singular importancia, pues brinda la posibilidad de explorar, desde una mirada de género las significaciones que se le asignan a la violencia política, las modalidades de configuración de las subjetividades políticas de las mujeres que se definen como excombatientes, y sus percepciones en torno a su participación e inclusión política, social y cultural (Herrera; 2013: 189-202).

## **6. LA NARRATIVA TESTIMONIAL EN EL MARCO DEL CONFLICTO ARMADO COLOMBIANO**

Si bien el discurso oficial de la historia ha excluido a las mujeres en muchos aspectos de los cuales han sido partícipes, el estudio de las formas como ellas se han involucrado en el conflicto armado colombiano se ha modificado en los últimos años. Diversos procesos de investigación tanto periodística como académica han planteado la necesidad de analizar la manera en que se han visto involucradas en las dinámicas del conflicto, a veces como víctimas, a veces como combatientes. Estos análisis, sin duda, han encontrado en la narrativa testimonial una gran aliada para plantear reflexiones y expandir la visión que se tiene sobre el asunto.

Como se mencionó en el capítulo anterior, el uso de la narrativa testimonial ha evidenciado un gran potencial en el momento de analizar cómo se configura la subjetividad política. Si se ha tenido en cuenta que las mujeres han sido sujetos políticos excluidos de la historia en general y de Colombia en particular, el análisis de sus narrativas podría establecer una perspectiva realista sobre la forma como las mujeres han participado de las dinámicas socio históricas del país.

La gran acogida de la narrativa testimonial ha estado asociada, como se ha dicho con anterioridad, con un papel de memoria histórica. Como forma de denuncia, de narración de los hechos sucedidos y como forma de recuperar las memorias de la guerra. De acuerdo con Patricia Nieto, la narrativa testimonial se ha empleado con cuatro finalidades principales: como fuente de información, como ilustración de una situación descrita, como estrategia para conocer un evento y como instrumento para la denuncia (Nieto; 2010: 76-85).

Estos aspectos son fundamentales para comprender el crecimiento de los estudios enfocados en la narrativa testimonial durante los últimos años. Una característica fundamental de estos trabajos es el uso del relato en primera persona, lo cual le otorga unas características particulares.

De acuerdo con Ruth Satutu, el método biográfico es entendido como:

“(…) Un conjunto de procedimientos seguidos para organizar la investigación alrededor de un yo individual o colectivo que toma la forma narrativa incorporando descripciones de experiencias y sucesos al igual que interpretaciones. El fin de este método es revelar las interpretaciones subjetivas de los protagonistas, tratando de descubrir cómo construyen su propio mundo y cómo entretienen su experiencia individual con la de los demás” (Satutu; 2004: 17).

Los productos del método autobiográfico, conocidos como biografía, autobiografía, historia de vida, testimonio, trayectoria, narración testimonial, carta, diario personal, se construyen a partir de ubicar al sujeto-protagonista en su contexto histórico y social, y desplegar la historia que constituye el argumento de la narración. Así lo explica Vasilachis en el prólogo al texto de Satutu:

“Cada texto se construye como un fino lienzo en cuyo tejido se entrelazan los fuertes hilos de la voz de los actores –con reminiscencias y recuerdos de otras voces– con las hebras de la voz del investigador apelando al recurso de convocar a ese encuentro a otros teóricos y estudiosos que antes reflexionaron sobre la estrategia o la aplicaron. Cada texto, entonces, no solo presencializa el pasado sino que recupera, junto con la historia, al propio protagonista, sus emociones, sus sentimientos, sus sensaciones y sus interpretaciones, quebrando a la vez, tanto los límites espaciales y temporales, como las representaciones construidas por otros acerca de la acción histórica de los hechos sociales” (Satutu, citada por Nieto; 2010, 76-85).

Jorge Eduardo Suárez, por su parte, propone una reflexión más profunda sobre el auge de esta modalidad investigativa y remite su origen a la ola de reflexiones suscitadas en Europa en el contexto de la Segunda Guerra Mundial; en su opinión, los acontecimientos que tuvieron lugar durante esta época hicieron que se empezara a indagar en la experiencia personal sobre los hechos del pasado (Suárez; 2011: 77). Este autor llama también la atención sobre la posibilidad de que esta revisión en el pasado pueda caer en lo que Todorov llamó “abusos de la memoria”.

En el caso de América Latina, el interés por el pasado se vigorizó tras el fin de las dictaduras militares. La transición hacia la democracia suscitó una serie de indagaciones en las que se buscó establecer la verdad sobre algunos de los hechos que tuvieron lugar en los diferentes países donde se cometieron abusos en contra de la población civil. Estos procesos han sido fundamentales para contrarrestar ciertas estrategias del poder que buscan generar olvidos programados de los hechos atroces en las llamadas clases subordinadas, es decir, en poblaciones que no detentan el poder económico ni político y que se ven involucradas en las dinámicas sociales de manera discriminatoria y sin el menor respeto de sus derechos.

Suárez, citando a Gonzalo Sánchez, admite que en Colombia:

“(…) Se ha planteado como necesidad el olvido recurrente para las memorias subordinadas, para las acciones de los rebeldes derrotados militar o políticamente y resalta que esto va en contra de lo planteado a nivel regional en el marco de las dinámicas suscitadas tras las dictaduras militares” (Suárez; 2011: 280).

El resultado inmediato de dicha perspectiva es la percepción de que la violencia es un elemento continuo en el que se suceden los hechos en un mismo marco de acontecimientos, desconociendo las particularidades de los conflictos, sus transiciones históricas, sus agentes, sus causas y sus consecuencias. En este sentido, la construcción de la memoria vendría a operar un cambio significativo, en tanto que se construyen memorias parciales sobre los acontecimientos, aunque, es preciso señalar que este proceso debe ir de la mano de un reconocimiento público de los relatos y de una comunidad que articule y apropie dichos recuerdos convirtiéndolos en un *exemplum* del cual es posible extraer una lección (Todorov; 1995: 30 y 31), y buscando que se constituyan en garantía de no repetición.

En cuanto al desarrollo de la narrativa testimonial en Colombia, muchos autores han llamado la atención sobre su auge en las últimas décadas. Juan Carlos Vélez, citado por Suárez, indica que los autores de estos relatos tienden a ser de tres

tipos: periodistas o novelistas que tienen acceso directo a los hechos, periodistas o académicos que tienen conocimiento indirecto de los hechos y personajes (víctimas o protagonistas) que no pertenecen a los ámbitos periodísticos, académicos o literarios” (Suárez; 2011: 280).

Suárez avanza en su exposición ubicando diferentes etapas del desarrollo de la narrativa testimonial. La primera, que comprende las décadas de los 60 y de los 70, implica un giro en las narrativas testimoniales asociadas con la violencia bipartidista en la que los enfoques variaban dependiendo de la tendencia política del autor, para dar espacio a análisis más académicos de la cuestión que no lograron diluir la polarización izquierda / derecha. La segunda etapa corresponde a las décadas de los 80 y mediados de los 90, momento en que el estudio académico hace que ciertos periodistas y novelistas se concentren en algunas figuras clave del conflicto o en historias particulares de ciertos personajes. Carlos Miguel Ortiz ha dividido este tipo de narrativas en dos modalidades: las que se encuentra “entre el periodismo y la literatura” y “otras historias de violencia” (Ortiz; 1985: 289).

Si bien muchos difieren en la denominación que le atribuyen, coinciden sí en la definición de sus principales características. Según Alfredo Molano, que ha venido trabajando con base en la historia oral de personas de nuestro país:

“Lo que realmente me parece válido es lo que los testimonios pueden recoger de la vida real de la gente real. No sólo de sus pensamientos, de sus ideas, sino sobre todo de sus sensaciones, de sus sueños, de sus perspectivas, de sus posibilidades, de toda la cadencia y toda la sustancia que realmente vive en la gente” (Molano, 2009: 3).

Y con relación a la utilidad del método y técnica de la historia oral, señala:

“(…) Creo que las historias de vida o las historias locales son un espejo donde las comunidades se miran y toman conciencia. Por eso a mí se me hace tan importante esta metodología como instrumento de investigación social” (Molano, 2009: 3).

Para Pierre Bourdieu:

“La historia de la vida es una de esas nociones del sentido común que han entrado de contrabando en el universo erudito, sin bombo ni platillos, en el de los etnólogos y luego, más recientemente y no sin estruendo, en el de los sociólogos. Hablar de historia de vida es presuponer por lo menos, y eso es todavía poco, que la vida es una historia y que, como en el título de Maupassant, una vida no se puede separar del conjunto de los acontecimientos de una existencia individual, concebida como una historia, y del relato de dicha historia” (Bourdieu; 1986, citado por el Instituto de Estudios Ambientales de la Universidad Nacional).

Como puede verse, el auge experimentado por la narrativa testimonial ha estado asociado con la investigación de diferentes áreas de la academia y del periodismo. Un acercamiento rápido a diversos ejercicios de análisis sobre este tema permitirá conocer la particularidad de la narrativa testimonial en relación con las mujeres que se han atrevido a hacer parte del conflicto armado como combatientes.

## 7. NARRATIVA TESTIMONIAL DE MUJERES EXCOMBATIENTES

El Centro Nacional de Memoria Histórica viene adelantando diversas investigaciones que tienen como finalidad la identificación de las realidades del conflicto armado desde sus agentes y desde sus víctimas, a fin de que se construyan los insumos suficientes para un escenario de posconflicto.

Una de dichas investigaciones se publicó bajo el título “*¡A mí me sacaron volada de allá!*”, trabajo adelantado con diez mujeres transgeneristas, procedentes de diversas partes del país, con las cuales se dialogó para conocer las realidades que vivieron por causa del conflicto armado. Muchas de ellas eran desplazadas que tuvieron que salir huyendo de sus hogares para evitar ser asesinadas. El denominador común de estos relatos es la presentación de un contraste entre la vida que tenían en sus lugares de procedencia (la construcción de redes de apoyo y la elaboración de un rol social) y las condiciones de vida en las ciudades a las cuales habían llegado después de su desplazamiento (CNMH; 2012: 287).

Este es un claro ejemplo de esa tendencia académica que busca en la historia de vida de las mujeres las claves para comprender su situación en relación con las circunstancias sociopolíticas suscitadas por el conflicto armado. Lejos de una caracterización literaria o periodística “desde afuera”, se han incrementado estudios como el citado, en el que las voces de los agentes cobran una mayor importancia para tratar de “retratar” desde la experiencia propia los fenómenos estudiados.

Una de las ventajas de los ejercicios investigativos, mención aparte del análisis de las variables y relaciones establecidas, es la inclusión integral de los testimonios de quienes participan en las investigaciones. Esto permite conocer sus palabras y sus experiencias sin mediaciones, incluso, sin censura. A este respecto, Alfredo Molano señala:

“Cuando uno entrevista a la gente, hay algo que se crea en esa relación que es invisible, que se escapa a la reflexión, es un componente emocional, un canal que relaciona a dos personas y que permite a alguien decirle a otro, cosas que no le dice tan solo con las palabras. Esa sensación, ese color emotivo de lo que la gente le da a uno, es muy difícil de capturar con palabras. [No en vano] la historia de vida es una manera de evadir la reflexión intelectual y dirigirse más hacia el conocimiento emotivo y, digámoslo de una vez, subjetivo” (Molano; 1998: 103).

Otro ejemplo de narrativa centrada en la mujer es el trabajo de Natalia Franco, Patricia Nieto y Omar Rincón, el cual refleja un ejercicio de investigación interdisciplinar en el que se privilegió, precisamente, la voz y el relato de los agentes directos del conflicto. Al igual que el trabajo citado anteriormente, este cuenta con la ventaja de presentar los relatos íntegros de los que han estado en el desarrollo del conflicto (Franco, Nieto y Rincón; 2010).

Algo fundamental en el proceso particular de los autores citados es el hecho de haber creado un relato de hechos que afectaban a una comunidad tomando los relatos de algunos de sus miembros. No se toma una narrativa única, sino que se conjugan las voces de diferentes personas para establecer un retrato de circunstancias como el comercio de droga, el reclutamiento forzado, el control territorial y social por parte de los grupos armados, así como la afectación que estos elementos tenían sobre la comunidad. El propósito: reconocer el desarrollo de los hechos del conflicto desde la afectación y el análisis de quienes estuvieron en el marco de dichos hechos.

El conocimiento de las historias de vida de las mujeres combatientes es esencial para conocer la forma como ellas han vivido el conflicto y la manera como se involucraron o fueron involucradas en sus dinámicas. ¿Qué tipo de realidades pueden conocerse a partir de estos relatos? ¿Qué perspectivas pueden brindar sobre el conflicto en tanto que es algo pasado en sus vidas o algo vigente en el momento en que se toman en cuenta sus declaraciones?

Algunos estudios han indagado sobre las percepciones que las mujeres excombatientes tienen sobre diversos aspectos de sus realidades. Uno de estos estudios fue adelantado por la Misión de Apoyo al Proceso de Paz en Colombia MAPP y la Organización de los Estados Americanos OEA, en el que se analizaron algunos grupos focales entre los años 2009 y 2010; el ejercicio consistió en trabajar con grupos focales de mujeres excombatientes de diferentes grupos armados ilegales y contrastar las perspectivas que tenían en su cotidianidad en el marco de cinco elementos clave: la familia, las relaciones de poder, la percepción con respecto a las víctimas y la percepción con respecto al proceso de reinserción (MAPP-OEA; 2011).

En cuanto a la familia, el estudio evidenció que las relaciones variaban dependiendo del grupo armado al que pertenecían. En algunos casos el hecho de ser madre era una circunstancia bien vista, mientras que en otras se restringía toda la posibilidad de tener hijos o de visitar a sus familias. Sobre el segundo aspecto, muchas de ellas manifestaron que su lugar en la organización a la que pertenecían dependía de la pareja con la cual se encontraran y que dependiendo del rango de su compañero sentimental, podían cambiar sus relaciones con el conjunto de la organización. En el caso de las guerrillas, muchas veces el rol de las mujeres se encontraba al mismo nivel que el de los hombres exigiéndose de ambos un mismo rendimiento físico; sin embargo, como se verá más adelante, cuando se analizan los liderazgos políticos y militares, los procesos de toma de decisión, y el protagonismo en los procesos de negociación de paz, la participación de la mujer adquiere otros matices.

El tercer aspecto representa un elemento muy interesante, ya que rompe un poco con el paradigma de considerar a las mujeres como víctimas en tanto que son agentes pasivos de la guerra, es decir, que sufren las consecuencias de los actos de los hombres. Muchas de las mujeres que participaron de los grupos focales se reconocían a sí mismas como víctimas, debido al entorno de violencia en el que se criaron o en el que se sumergieron mientras que fueron parte de los grupos

armados. El estudio, resalta algo que, si bien no aparece vinculado a una historia de vida en particular, sí surge de la reflexión de las diversas mujeres que participaron en el proceso:

“(…) Quizás el hecho de que muchas mujeres ex combatientes en algún momento de sus vidas también hayan sufrido distintas formas de violencia, hace que más allá de su responsabilidad por los hechos victimizantes que causaron, puedan comprender y acercarse al dolor de las víctimas y valorar la necesidad de encaminarse hacia la reconciliación” (MAPP-OEA; 2011).

El último aspecto reflejó la incertidumbre de las mujeres con respecto a su futuro. Algunas veían el programa de reinserción como una serie de promesas sin cumplir, mientras que otras lo percibían como una ayuda de la que dependían y que tenía una fecha de culminación tras la cual no sabrían exactamente qué hacer. Así mismo, cuando se les preguntó por las formas de mejorar estos programas se identificaron necesidades puntuales que permitieron conocer algunas de las características, temores y aspiraciones de las mujeres excombatientes con respecto a la vida civil: la garantía de la educación de los hijos, la incorporación en programas de capacitación técnica, el acceso a vivienda propia, la contemplación de las discapacidades de las mujeres y la garantía de la seguridad, entre otros aspectos.

Capote Díaz, por su parte, adelanta una reflexión sobre esta temática en la que pone de manifiesto que en los años más recientes se ha incrementado el interés por reflexionar en torno a la problemática de las mujeres y el conflicto armado; en su opinión, la investigación es un canal adecuado para que las mujeres que han participado del conflicto armado tengan la oportunidad de contar su vida, su experiencia en la guerra, y su relación con la historia” (Capote; 2015: 1).

Esta autora se concentra en el concepto de historia de vida, al cual define como un paso entre el periodismo y la literatura. Capote Díaz ha centrado su estudio en los trabajos de Patricia Lara (*Las mujeres en la guerra*) y Elvira Sánchez Blake

*(Patria se escribe con sangre)*, resaltando cómo se toman las historias de vida de las mujeres excombatientes en Colombia.

En relación con el texto de Lara resalta que la autora monta un rompecabezas en el que cada relato simboliza una de las piezas que conforman el mapa social colombiano en el momento del conflicto armado. En su opinión, la posibilidad de explorar las historias de vida de las mujeres excombatientes le permitió a Lara establecer contrastes entre opiniones políticas, procedencias geográficas y relaciones socioeconómicas. Estas historias de vida permiten configurar una imagen colectiva en la que cada persona viene a aportar una característica particular, unas condiciones, unos hechos que hablan de dos niveles de circunstancias: el rol de las mujeres en el conflicto armado y las características en sí de dicho conflicto.

En el análisis del trabajo de Sánchez Blake se resalta el hecho de que la historia de vida de estas mujeres excombatientes puede establecer diversas relaciones con hechos históricos de diferentes momentos de la historia reciente. Por lo tanto, no se puede considerar que las realidades del conflicto armado atienden únicamente a un momento histórico limitado en el tiempo: hay historias de mujeres vinculadas al conflicto que se remontan a la violencia bipartidista y otras que, al involucrarse de manera reciente, desconocen las causas inmediatas del origen de este conflicto.

Uno de los elementos sobresalientes del trabajo de Capote Díaz es la comparación que hace de estos estudios con los testimonios de Antonio Navarro Wolf y de un excombatiente de las FARC, ambos publicados por periodistas que los entrevistaron. La autora resalta lo siguiente:

“(...) Quizá la diferencia fundamental entre hombres y mujeres es que estas últimas, probablemente debido a la invisibilización que han sufrido desde los inicios del desarrollo histórico y la deconstrucción de sus referentes de género en el interior de las filas guerrilleras, continuamente se plantean cuál es el papel que como mujer han tenido en la guerra, de qué manera van

adaptando sus especificidades a este mundo creado por hombres y qué posiciones les han asignado los varones” (Capote; 2015: 27).

El trabajo de Capote, además de ofrecer claves sobre el conflicto armado colombiano, da algunas pistas sobre la forma como se construye la subjetividad de las mujeres en el país. Ellas, en tanto que combatientes, no dejan de preguntarse por la forma en que su ser mujeres se involucra en las dinámicas de la guerra. Algo que tal vez los hombres no se preguntan por las construcciones sociales en torno al género y a la violencia que suelen ubicar a los hombres como agentes de guerra.

Si bien el interés por conocer la perspectiva que tienen las mujeres excombatientes de su lugar en el conflicto armado, la relación que existe entre el conflicto armado y el rol de la mujer en el desarrollo sociopolítico del país, no es no ha sido un campo muy explorado ni analizado. Incluso, la perspectiva de las mujeres excombatientes llega a ser vista con “malos ojos” por parte de las asociaciones de víctimas y de mujeres. Según Sánchez Blacke:

“(…) Las excombatientes declaran que las organizaciones de mujeres no las reconocen como agentes de paz debido a su pasado de guerreras. Es decir que mientras las universidades e instituciones de reinserción las convocan para dar charlas, talleres y aportes al tema de la paz y la reconciliación, las organizaciones femeninas se niegan a reconocerles ese derecho” (Sánchez Blacke; 2012: 6).

Lo expuesto permite, por lo tanto, generar una reflexión sobre el papel que puede desempeñar la narrativa testimonial de las mujeres excombatientes en tres niveles: la posibilidad de conocer aspectos profundos del conflicto armado, el análisis de la situación de las mujeres en el país, y el fortalecimiento de redes sociales de reconciliación en las que las mujeres excombatientes no sean vistas como mujeres de segundo orden (en relación con las mujeres víctimas, por ejemplo), ni como ciudadanas con menor capacidad para la reconciliación (en relación con los hombres excombatientes), principalmente.

## 8. PARTICIPACIÓN POLÍTICA DE LA MUJER EXCOMBATIENTE

De acuerdo con María Eugenia Ibarra Melo, el estudio sobre la participación política de las mujeres, tanto en Colombia como en buena parte de América Latina ha privilegiado un enfoque de análisis que tiende a centrarse única y exclusivamente en los mecanismos de participación formal; es decir, en su presencia en los partidos y movimientos políticos o en los cargos de dirección del Estado, bien sea por elección popular o por designación.

De acuerdo con dicha autora:

“(…) Otras dimensiones de la participación política, como aquella que indaga por su presencia en los movimientos sociales ha sido muy poco estudiada por las ciencias sociales. En términos generales puede decirse que a pesar de su creciente presencia tanto a nivel de la participación formal como de la participación en el movimiento social, la intervención de la mujer todavía es tratada en términos agregados, cuando no, desconocida o subvalorada” (Ibarra Melo; 2007: 67).

Lo dicho por Ibarra Melo para las mujeres en general aplica también al caso de las mujeres excombatientes. En este campo, las razones se agrupan y se diferencian de acuerdo a su referencia al género. El grupo mayoritario de quienes se han referido al tema lo ocupan las investigaciones que se asumen desde una perspectiva feminista. En este caso, la explicación alude a la ausencia de una perspectiva de género:

Tal es el caso de Patricia Ramírez, autora que asume que la razón principal por la que la mujer excombatiente no ha podido obtener un reconocimiento social adecuado tiene que ver con el hecho de que las cuestiones de género en Colombia definen campos de poder y ello implica que el reconocimiento que se le pueda otorgar a las mujeres no depende tan sólo del Estado o de las entidades burocráticas, sino del carácter “machista” que impera en los escenarios en los que la mujer irrumpe, espacios que en su opinión están marcados por una cultura que sitúa a las mujeres y a los hombres en esferas distintas y, sobre todo, desiguales.

Según Leticia Hundeck, otro problema que limita en gran medida la participación política de las mujeres excombatientes, es que en los procesos de reinserción en los que participan no se tienen en cuenta las particularidades de la naturaleza propia de la mujer, las cuales las lleva a tener distintas necesidades que las de los hombres, y medios diferentes de expresión para comunicar sus ideas y vivencias alrededor de las temáticas de la guerra y de la paz (Hundeck; 2010: 34).

Según Luz Londoño y Yoana Nieto, los procesos de desmovilización y de reinserción social en Colombia se han caracterizado por una ausencia total de planeación. En su opinión, en este tipo de procesos se genera una inequidad enorme debido a que los procesos de justicia transicional desatienden las características particulares de poblaciones especiales como los niños, niñas y mujeres, lo cual, en conjunto, impide establecer procesos efectivos de reparación, reconciliación y participación en la vida política del país.

De acuerdo con estas autoras, tres aspectos motivaron su decisión de documentar la forma como las mujeres excombatientes han vivido su reincorporación a la vida civil y a identificarse las lecciones que puedan derivarse de esa experiencia:

“En primer lugar, la convicción de que las mujeres y los hombres viven de manera diferente la guerra, la desmovilización y el retorno a la civilidad; en segundo lugar, las diferencias en el sentido que las mujeres asignan a su participación en la guerra y, por último, las particularidades que el contexto colombiano le confieren a los procesos de desmovilización de los hombres y las mujeres” (Londoño y Nieto; 2006: 18).

En este mismo sentido, Luisa Mejía ha criticado la forma en que los programas de desmovilización y reinserción han subestimado la perspectiva de género. Para la autora es importante contemplar las particularidades y la naturaleza de la mujer, su relación con los hijos, su papel en el núcleo familiar, y el rol específico que cumplían en la guerra la cual, como es sabido, es un escenario preponderantemente masculino; en su opinión:

“(…) Si todos estos aspectos no son tenidos en cuenta en los procesos de reinserción social, difícilmente las mujeres podrían tener la posibilidad de participar activamente en los procesos políticos de paz y reconciliación” (Mejía; 2013: 123).

El proceso que siguen las mujeres excombatientes se asimila de manera distinta por cada una de ellas. Hay algunas que han tenido la posibilidad de desarrollar estudios y proyectos de tipo político en medio de los cuales narran sus experiencias y ayudan a plantear nuevas soluciones para el conflicto. Sin embargo, de acuerdo con Luz Londoño y Yoana Nieto, la falta de participación política hace que sea muy difícil que se escuche su voz y que historia personal de vida sea conocida por la sociedad.

Para REDEPAZ, la mujer excombatiente no ha tenido el reconocimiento necesario y sus experiencias y conocimientos para el desarrollo de la paz y la democracia son altamente desconocidos porque no se han desarrollado en el país políticas adecuadas, que además de proteger a las mujeres, potencien sus capacidades y habilidades para que su forma de mirar y sus conocimientos sean incorporados en los debates públicos a nivel social y político (Redepaz; 2014).

Desde una orilla diferente, Virginia Capote, considera que el problema está en que el tema de la mujer en el contexto del conflicto armado colombiano se ha reducido a un problema de género, y por lo tanto, se han olvidado los factores de tipo económico, social y político; en su opinión:

“(…) El hecho de que el del papel de la mujer excombatiente haya sido reducido a una cuestión de género ha hecho que las políticas que se han desarrollado en el país para apoyarlas no han sido del todo efectivas y a nivel nacional su trabajo y sus capacidades no han sido aprovechadas de una manera adecuada” (Capote; 2012: 76).

En síntesis, la reconstrucción de una sociedad que atraviesa por un proceso de posconflicto depende en gran medida de procesos de reinserción social efectivos,

en donde se les brinde a las excombatientes una asesoría y un tratamiento psicológico especializado y acorde a sus cualidades y necesidades específicas.

Según Eduardo Pizarro, la falta de procesos de reinserción diferenciados es uno de los grandes problemas que no han permitido el desarrollo exitoso de un posconflicto desde el cual se asegure y se garantice el camino hacia la paz. Ante todo, afirma este autor, es necesario que los procesos de reinserción que se establezcan con los excombatientes se institucionalicen, es decir, se encuentren regulados por una serie de normas y decretos, con el fin de que se apliquen de la forma más precisa posible, evitando cualquier contratiempo o incumplimiento por parte de alguna de las partes interesadas, y facilitando la participación en escenarios de diálogo a nivel político (Pizarro; 2012: 7).

En este sentido, en Colombia sólo se pueden realizar exitosamente procesos de reinserción social para mujeres excombatientes si se aplican dos estrategias fundamentales. La primera de ellas es institucionalizar los procesos de reintegración, a través de la creación de entidades que se encarguen de formular proyectos para atender a las excombatientes, para garantizar su seguridad y para ofrecerles los beneficios y las oportunidades que necesitan para poder dedicarse a otra clase de actividades. La segunda, generar escenarios de participación en los que las experiencias y conocimientos las mujeres sobre la guerra y la paz tengan la posibilidad de expresarse y aprovecharse con un enfoque ejemplarizante.

## **9. UNA REALIDAD REVISITADA. NARRATIVAS TESTIMONIALES DE MUJERES EXCOMBATIENTES**

En el apartado que sigue se abordará el análisis de algunos testimonios de mujeres excombatientes en los que se pueden vislumbrar las características asociadas con sus experiencias y la relación con el contexto social, político e histórico del país. A continuación se presentan las descripciones, el desarrollo de las categorías de análisis y las observaciones generales de los testimonios recabados en el presente proyecto.

El corpus con el que se trabajó está constituido por 6 historias de vida de mujeres excombatientes de las guerrillas. Los testimonios tienen dos fuentes: una, la entrevista directa de Alix María Salazar ex-combatiente del M-19 e impulsora de la Red Nacional de Mujeres Excombatientes de la Insurgencia y, otra, la narrativa testimonial consignada en las siguientes obras: *“Las mujeres en la guerra”*, de Patricia Lara, *“Mujeres No Contadas”*, de Luz María Londoño y Yoana Fernanda Nieto; *“Ahí les dejo esos fierros”*, de Alfredo Molano, *“Escrito para no morir. Bitácora de una militancia”* de María Eugenia Vásquez y *“Razones de vida”*, de Vera Grabe.

A fin de identificar las características propias de cada testimonio se establecieron siete categorías de análisis: la vida familiar, académica, y laboral, la militancia política de la familia y de las excombatientes, su experiencia guerrillera, las percepciones que tuvieron en relación con el ser mujeres en medio de la guerra y sus experiencias de participación política. Al recabar sobre estas categorías en cada uno de los testimonios, se buscó indagar en la relación mujer y conflicto armado y dar cuenta de las experiencias de participación política de las mujeres excombatientes de la guerrilla en el país.

### **9.1. Vida familiar:**

Con esta categoría quisimos conocer cómo fue su infancia, su crianza, su red afectiva y familiar. Cuáles fueron las huellas que su experiencia familiar imprimió en ellas, cuáles son los nutrientes afectivos de su rebeldía y de su militancia. Aquí solo nos referimos a las relaciones con su familia nuclear (padres, madres, hermanos, abuelos, etc.), sus percepciones frente a su vida de pareja, sus hijos y demás está abordado en la categoría ser mujer.

En las historias se vislumbra una vida familiar tranquila, algo conservadora, sin muchas manifestaciones de afecto. Madres dedicadas al hogar que tras la pérdida del padre (en ocasiones por muerte natural y en otras por alejamiento del núcleo familiar) se vieron obligadas a vivir en medio de la pobreza o la falta de oportunidades económicas. El padre era percibido como un proveedor:

“La casa de mi infancia era de inquilinato. En un solo cuarto vivíamos mis dos hermanas mayores, mi hermano, mi mamá y yo. Todos nos acomodábamos en una cama doble. Era la única que había. Yo me acuerdo de mi papá. Él se murió cuando yo tenía dos años. Mi mamá contaba que cuando él vivía no nos faltaba nada: si ella pedía una cosa él le llevaba un bulto. Vivíamos en una casa grande y cada uno tenía su cama. ¡El problema fue que se muriera!” (Dora Margarita, ex-combatiente del ELN y, posteriormente, del M-19).

“Papá y mamá se separaron antes de mi nacimiento. Daniel Vásquez fue un papá de retrato, siempre ausente. Yo tenía seis años para la navidad de 1957. Mi mamá llegó con regalos y con un señor que según dijeron iba a ser mi papá. Era capitán de la Policía Nacional y le decían “Pato”. Lo vi y me simpatizó de inmediato. Tenerlo como papá no estaba mal. (...) Yo cursaba quinto de bachillerato cuando el “Pato” murió. Con su muerte acabó nuestra vida familiar y vino el dolor. Su hermano, abogado y Senador de la República, cayó como buitre sobre la propiedad del viejo y, cuando mi mamá se secó las lágrimas, ya se habían llevado hasta los perros... Nos trasladamos a Pasto y mi mamá tuvo que salir a buscar trabajo” (María Eugenia Vásquez, ex-combatiente del M-19).

En otros casos, se trató de familias de clase media, familias que se bien es cierto no vivían con mucha comodidad, sí tenían unas condiciones económicas tranquilas y unos lazos familiares mucho más sólidos:

“Yo nací y me crié en Armenia. La nuestra era una casa grande que siempre estuvo rodeada de flores. Mi mamá se llamaba Elvira. No era muy cariñosa pero conversaba bastante con nosotros. Ella era la que respondía por el hogar, la que rebuscaba, la que impulsaba a sus hijos a progresar... No tuvo mucha educación pero siempre nos insistió en que teníamos que estudiar y conocer el mundo. Mi papá en cambio era muy conservador. Yo conversaba mucho con él pero nunca discutí sus posiciones políticas y eso hizo que tuviéramos una buena relación. Mi papá era muy machista. Creo que debieron tener un buen matrimonio. Por lo menos nunca pelearon delante de nosotros. Como Armenia era muy pequeña para las aspiraciones de mi mamá, vendimos la casa y nos vinimos a vivir a Bogotá. Conseguimos una casa en Chapinero. Mi padre montó una oficina de compra y venta de propiedad raíz y mi mamá siguió cosiendo, como siempre lo había hecho” (Liliana López; integrante de las FARC).

“Mi padre se llamaba Werner y mi madre Thea. Nacieron en Hamburgo y salieron de Alemania a finales de 1950 con la firme decisión de tener sus hijos en el Nuevo Mundo. A mamá le encantaba la música y el arte, papá era ebanista, su pasión era trabajar la madera. A mamá le encantaba que todo fuera hecho en casa. Cantaba, jugaba, leía cuentos, pintaba con nosotras. Papá llegaba del trabajo y se nos unía al juego hasta que mamá nos llevaba a la cama, rezaba con nosotras y nos daba las buenas noches. Con esa certeza de amor ellos fueron edificando los pilares y valores esenciales de mi vida... Todo fue maravilloso hasta que llegó una navidad en la que celebramos dos nochebuenas el mismo 24 de diciembre: una por la tarde con papá y otra en la noche con mamá. No todo era juego. No hubo perdices. Fue al revés. (...) Que dolía, ¡claro que dolía! Para un niño siempre es mejor que la familia esté unida, no rota. (...) A pesar de todo siempre tuve una familia. Cada uno estuvo siempre ahí, a su manera” (Vera Grabe, ex-militante del M-19).

En todos los casos, la vida familiar también hace relación a la familia extensa, a los abuelos y abuelas, a los primos y primas, a los amigos. En muchas ocasiones, las dificultades de la vida familiar se suplieron fuera de casa, en esos otros ámbitos relacionales:

“Cuando recuerdo mi infancia, lo que aparece con mayor fuerza son las emociones que me producían las vacaciones con los abuelos en el campo. Las vacaciones eran momentos de libertad al aire libre. Yo esperaba con ansiedad los meses de julio y diciembre para irme con mamá María a acompañar al abuelo. Las vacaciones eran tiempo para compartir con primas y primos. Un grupo numeroso: casi veinte muchachos y muchachas entre los cuatro y los dieciséis años. Nos agrupábamos por edades para jugar. Yo

andaba con cuatro primos y dos primas. Entre juego y juego se esbozaban los primeros amores o al menos se estrenaban las sensaciones de atracción por el sexo opuesto. A mí me gustaba Beto. No fuimos novios pero me robó mi primer beso” (María Eugenia Vásquez, ex-combatiente del M-19).

“Las vacaciones transcurrían entre los cafetales, los frutales y las plataneras de las fincas de clima medio que los primos tenían en el Quindío. Nuestro mayor placer era treparnos a los árboles a comer guama, pomarrosa o mango con sal. En Bogotá armamos una barra de 30 o 40 muchachitos. Nos subíamos a las tapias de las casas, corríamos por todas partes y la pasábamos rico. Siempre andábamos en patota. Nos encantaba jugar golosa, estar en la calle, timbrar en las casas y salir corriendo. En general tuve una buena infancia. No tengo malos recuerdos de esa época” (Liliana López; integrante de las FARC).

## **9.2. Vida académica:**

Con esta categoría se buscó indagar por el proceso de educación formal de las mujeres con el fin de indagar cuáles son las huellas de su formación política, como llegaron a la militancia, qué tanto se relacionan sus espacios de formación académica y su ulterior desarrollo como militantes.

“A los 4 años empecé a estudiar en un colegio en Cali. Lo dirigía una ex – monja de origen Vasco que había sido expulsada de España por antifalangista, se llamaba Mercedes Ayanegui. En el colegio éramos felices. Las profesoras eran especiales y nos hacían sentir importantes. Allá hice kínder y primaria. Con el traslado a Bogotá me matricularon en un colegio de religiosas, el colegio Alvernia. En Sibundoy no había colegio de bachillerato así que me tocó estudiar en Pasto con las mismas monjas del Alvernia. El colegio se llamaba Maridíaz. Me gustó desde el principio. Lo único que me costó fue adaptarme al internado.

Cuando terminé el bachillerato me inscribí en la Universidad Nacional. Lo primero que llamó mi atención fueron los letreros que había en las paredes. Todos hablaban de lucha y de revolución. La universidad de la época veía en el padre Camilo Torres un ejemplo del “ser consecuente”, un llamado a la práctica política directa, en oposición a los debates teóricos. El auge de los grupos armados en América Latina reforzaba la idea de la insurrección” (María Eugenia Vásquez, ex-combatiente del M-19).

Por su parte Liliana López, integrante de la guerrilla de las FARC, recuerda así su experiencia educativa:

“En Bogotá, mi mamá me matriculó en el Juan Ramón Jiménez, un colegio de clase media dirigido por Manuel Vicente y María Bonilla Gamba, gente muy especial, humanistas y buenas personas. En el Juan Ramón cursé hasta segundo de bachillerato. Fue una época bonita. Nos daban clases de teatro, música, títeres, lo que si no nos daban era religión. Como yo costeaba mi estudio mi papá tuvo que dejarme cuando quise ingresar al Liceo León de Greiff. Allí estudiaban los hijos de varios militantes del Partido Comunista. Lo dirigían Arturo Alape y su esposa Marina. Varios estudiantes pertenecían a la JUCO. En cuarto de bachillerato me salí del León de Greiff y me matriculé a quinto en el colegio nocturno de la Universidad Libre, allá me gradué de bachiller” (Liliana López; integrante de las FARC).

El caso de Dora Margarita es diferente pues no contó con las condiciones ni el acompañamiento familiar para avanzar en su educación:

“A los siete años me mandaron para la escuela pero yo me quedaba por ahí jugando. Un día llegó una nota preguntando si estaba enferma o era que no iba a volver. Cuando mi mamá se dio cuenta que no iba a estudiar me dijo: “Si usted no va a la escuela le toca ponerse a trabajar”. Después de un año volví a la escuela. La maestra tenía la costumbre de pegarle a uno con una férula si no sabía la lección o si pasaba al tablero y se equivocaba. Allí pasaba mucha hambre y eso hacía que me desmayara a cada rato. Perdí mucho tiempo en la escuela. Cada vez que mi mamá descubría que yo no iba me metía a trabajar en una casa. A los diez años terminé cuarto de primaria. Me matriculé para hacer quinto pero cuando me dieron la lista con lo que necesitaba mi mamá me dijo: “Yo no puedo comprar todo eso”, así que no pude estudiar más” (Dora Margarita, ex-combatiente del ELN y, posteriormente, del M-19).

En el caso de esta mujer, al igual que en el caso de varias mujeres excombatientes, la militancia en la guerrilla le brindó las oportunidades que no tuvo en su adolescencia y ello la impulsó a estudiar:

A la casa en que vivíamos con los compañeros que viajamos a Cuba iban profesores a enseñarnos. Ellos me nivelaron y me ayudaron a hacer el bachillerato. Luego ingresé a la escuela del Partido Comunista a estudiar filosofía, estudié enfermería en un hospital de la escuela y, por último, me metí a la Universidad de La Habana a estudiar historia. Allí me hice

profesional” (Dora Margarita, ex-combatiente del ELN y, posteriormente, del M-19).

### **9.3. Vida laboral:**

Con esta categoría quisimos indagar cómo hicieron las mujeres excombatientes para buscar su sostenimiento económico y cómo fue su experiencia con el mundo del trabajo. En buena parte de los casos estudiados se encontró que las mujeres conjugaron el trabajo con la militancia (al menos durante una buena parte de sus vidas) pues esta era una manera de ayudar al mantenimiento de sus madres y/o de sus hijos, cuando los hubo:

“Mamá me consiguió trabajo en una casa y me mandó para allá con la ropa en una cajita. Yo era niñera y ayudante de cocina. Me tocaba pelar yuca, tendía camas, barría y limpiaba el piso. No sé si a mi mamá le pagaban por mi trabajo, a mí no. A veces, cuando me equivocaba, me echaban fuate pero como la puerta permanecía con llave, no podía volarme. Posteriormente una amiga de mi mamá trabajaba como guarnecedora de zapatos le dijo que podía enseñarme, pero que no me podía pagar. Mi mamita me consiguió un trabajo de niñera de medio tiempo. El otro medio día iba a aprender a hacer la guarnición. Un día, la señora que me enseñaba me dio \$5.000 y me dijo que no me tenía más, que me fuera a buscar trabajo. Mi mamá me dijo que ella tampoco me podía tener más que tenía que buscar cómo vivir entonces me arreglé y me fui a conseguir trabajo en las zapaterías de Itagüí. Me recibían, pero cometía muchos errores me botaban. Así duré hasta que adquirí práctica. Cuando pude trabajar me hice cargo de mi mamita. Ella dejó de lavar y planchar. Yo le daba los alimentos, el jabón y todo lo que necesitara. En esos días salió un programa de vivienda y yo presenté el formulario. Me dieron una casita y allá nos fuimos con mi mamá, mi hermana menor y el hijo de ella. Mi hermano ya se había muerto.” (Dora Margarita, ex-combatiente del ELN y, posteriormente, del M-19).

Esta categoría tiene dos dimensiones: una antes o durante la militancia, y otra, en la experiencia posterior al proceso de reinserción a la civilidad:

“Cuando volví de Cuba viajé a Medellín y le pedía a unos compañeros que me llevaran a mi mamá. Hacía 18 años que no sabía nada de ella, nunca le había escrito y no había vuelto a tener noticias suyas. No me preguntó nada. No me reprochó nada. Todavía vivía en la casita con mi hermana, pero como

no habían pagado las cuotas estaban a punto de perderla. Me dijo que necesitaba unas gafas y yo se las compré. Estuvimos juntas tres días, nos abrazamos y se fue.

A finales de la década del 80 las cosas para la organización no estaban nada fáciles. Yo andaba un poco desmotivada, había perdido contacto con mi gente y me fui para Medellín. Busqué a mi familia. Encontré a mi mamá enferma, viviendo en una pobreza inmensa. Debía no sé cuántos meses de luz y de agua. Debía la mayor parte de la casa. Nos dimos un abrazo fuerte y largo. En ese momento pensé que no valía la pena volver a la guerra. Decidí quedarme en la casa y ver por mi mamá. Me puse a trabajar en una zapatería pues era lo único que sabía hacer. No hablaba con nadie así que nadie sabía que yo había sido guerrillera. Al salir del trabajo veía las noticias y así me enteré del secuestro de Álvaro Gómez y del inicio de las conversaciones de paz con el gobierno” (Dora Margarita, ex-combatiente del ELN y, posteriormente, del M-19).

El caso de Liliana López es diferente. Ella solo trabajó antes de ingresar a la guerrilla, después, la militancia ocupó todo su tiempo:

“Comencé a trabajar desde muy joven. Mi hermana hacía artesanías y yo le ayudaba. Aprendí a hacer muñecos de paño *lency* y con el dinero que ganaba me costeara el estudio. Mis hermanos se fueron de la casa y lo que mi hermana me pagaba no me alcanzaba para cubrir mis gastos. Entonces decidí conjugar mis estudios con el trabajo y me metí como correctora de libros en la Imprenta Colombia Nueva, donde se imprimía el periódico *Voz Proletaria*” (Liliana López; integrante de las FARC).

En el caso de María Eugenia Vásquez, el trabajo fue una opción para no abandonar sus estudios y asumir el mantenimiento de su hijo. Ella militaba ya en el M-19 pero estudiaba en la Universidad:

“Cuando mi hijo nació tuve que suspender mis estudios y alejarme un poco de mi actividad militante. Me sumergí en un letargo que confundí con la felicidad del matrimonio pero que me dejaba una terrible desazón. El peso de los quehaceres de la casa recayó en mí. Cuando la relación se rompió regresé a la Universidad pero me tocaba trabajar el doble. Realizaba el oficio de la casa en las mañanas y dejaba preparado lo necesario, tetero, comptas, pañales limpios, para que en la tarde, una vecina adolescente que estudiaba bachillerato se quedara con el niño. Además conseguí un empleo con el DANE para hacer encuestas y ganarme unos pesos. Fue una época tremenda y yo sentía que me reventaba.

En 1987 el EME tomó la decisión de enviarme, junto con otros compañeros, a una escuela de entrenamiento en Libia. Los amigos consideraban que esa idea era una locura pero el M-19 siempre hacía cosas locas. Se pensaba desplazar cerca de setenta combatientes desde Colombia para adiestrarlos en tácticas de combate y en el manejo de la tecnología de guerra. (...) Estando allá, entre la rutina y el asombro, una desazón se me clavó en el alma. Entonces, rompiendo todas las normas de seguridad llamé a mi casa y me enteré que mi hijo Juan Diego, de tan solo trece años, había muerto hacía un mes. De repente quedé parada en mitad del mundo sin más referencia que mi dolor.

La muerte de su hijo produce un quiebre interior en esta mujer y, sin que se lo hubiese propuesto, terminó por alejarla de la guerra. El trabajo fue entonces un vehículo para rehacer la vida:

“Decidí volver a Colombia y tardé seis meses en lograrlo. La muerte cubrió mi proyecto vital. Perdido el norte, nada orientaba mi rumbo. Cuando el dolor y la tristeza tocaron a mi puerta, con más urgencia que nunca, miré en torno buscando la mano multitudinaria de mi amada abstracción y tropecé con el silencio. Estaba sola. Solo mi cuerpo, solo el corazón. Por intermedio de unos amigos conseguí un contrato para escribir unas cartillas sobre democracia. El ejercicio de leer y de escribir se convirtió en un oficio agradable que daba sentido a ocho horas más de cada día. Terminado este ejercicio trabajé en el campo de la investigación y regresé a la Universidad para trabajar en mi tesis de Antropología. Estaba confundida. No ser guerrillera me dejaba en el limbo” (María Eugenia Vásquez, ex -combatiente del M-19).

#### **9.4. Militancia política familiar y personal:**

Con esta categoría se buscó indagar los contactos que se tuvo con la política desde la vida de familia, el posible contacto con la violencia política y, sobre todo, los hilos conductores que llevaron a estas mujeres al mundo de la militancia y de la guerra. En buena parte de los casos hay una referencia a La Violencia:

“En mi casa no había oído hablar mucho de violencia. A veces mi papá se refería a las matanzas, a los pájaros, a los cortes de franela. Contaba que cuando mataron a Jorge Eliécer Gaitán hubo saqueos en Armenia, que desvalijaron su almacén y que él se había salvado gracias a un amigo liberal

que lo había alertado para que pudiera huir. A papá no le gustaba hablar mucho de eso porque sabía que mi mamá era de familia liberal y que había sufrido mucho a causa de La Violencia.

Papá sufrió mucho cuando me volví comunista. Decía que él entendía que yo me metiera a la actividad política porque él había sido concejal en un pueblo de la zona cafetera, pero sostenía que era una bobada trabajar para los pobres porque no le daban a uno nada y en cambio, si uno se relacionaba con ellos, no se le abrían las puertas y se quedaba pobre. Al finalizar la década de 1970 cayó en mis manos un libro sobre las guerrillas Búlgaras en el que se hablaba de una guerrillera que se llamaba Yanira... Ese personaje me caló e inspiró mi decisión de entrar a la guerrilla” (Liliana López, militante de las FARC).

Vera Grabe “La Mona”, vivió así esta experiencia:

“Papá y mamá habían llegado a Colombia huyendo del Hitler y del fascismo. Sin embargo, a su puerta llegaban los ecos de otra guerra: La Violencia de los años cincuenta, esa tragedia que fue cobrando vida y se instaló en los campos y en nuestra historia, como si fuera ajena a la voluntad y responsabilidad de quienes la inspiraron. (...) Recuerdo que un día, hurgando en el baúl de los recuerdos de mamá encontré una carta que mi hermana le mandaba a la abuela en Hamburgo, fechada en 1961, cuando Helga apenas tenía seis años: “... Querida Omi: ¿Cómo estás? ¿Cómo están los primos? Acá casi todas las noches ponen bombas. Antier pusieron cuatro. Mamá y yo oímos dos. Ayer echaron bala. Hoy estuvo Tomas, un amigo nuestro, y cuando mamá lo quiso llevar a casa escuchó otra, entonces se devolvió para la casa”.

Esos son para mí recuerdos remotos de comentarios entre papá y mamá: que no se podía viajar por carretera al Viejo Caldas; que a ciertas regiones liberales no se debía entrar en carro azul, y a otras, conservadoras, no se podía ir vestido de rojo. También recuerdo noticias de masacres en el camino a Cali... Cuando le preguntó a mamá sobre aquellos años, dice que uno tiene que saber dónde vive y que ellos se mantenían atentos a cuanto nos rodeaba. Claro que siempre tratamos de mantenernos al margen de la política, sentíamos que no nos podíamos meter en los problemas del país, que no nos correspondía, al fin y al cabo éramos huéspedes, habíamos sido acogidos por un país que nos acogió con generosidad, donde se nos trataba bien, donde se nos respetaba. Estábamos agradecidos y contentos de poder vivir y soñar en Colombia.

Pero soy hija de una generación a la que se le juntó todo. Flores y fusil. Mechudos ingleses y latinoamericanos como Bob Dylan y el Che Guevara. Dos caminos para los jóvenes a quienes no les gustaba el mundo que

recibían y se rebelaron contra las costumbres y contra lo establecido. Unos lo hicieron de manera pacífica. Otros tomaron la vía armada.

Yo estudié en el colegio Andino un lugar apacible en el que no ocurría nada especial. Sin embargo a fines de los años sesenta vivimos tres escándalos: Uno, cuando prohibieron la lectura de Cien años de soledad porque varios padres protestaron porque a sus hijos los hacían leer pornografía. Dos, cuando a los muchachos de un curso superior se les ocurrió colocar una foto de Marilyn Monroe en el salón de clase. Y tres, cuando a la hija del jefe del Partido Comunista se le ocurrió pegar en una pared del colegio un cartel del Che Guevara. Casi la expulsan.

Me matricule a la carrera de antropología en la Universidad Nacional. Los muros estaban llenos de siglas, de consignas que hablaban de la revolución, del pueblo, de la necesidad de las armas. (...) El supermercado de las toldas y las capillas políticas estaba en pleno furor. Había que tomar partido. Ése era el imperativo del momento. Comprometerse con la revolución significaba vincularse a un grupo político o guerrillero. Solo que entrar a un grupo guerrillero era tan engorroso como hacer gestiones con el Estado. Para ser digno de la revolución había que pasar por tantas pruebas de seguridad, fidelidad y firmeza, que cuando creías haber llegado a la meta, ya se te había olvidado a que habías ido. Para entrar al ELN lo ponían a prueba por más de un año. Los requisitos excluían a mucha gente.

Yo llegue a la guerrilla por intermedio de los amigos y por mi afición al teatro. Tomé un curso de actuación en el Teatro La Mama y me acerqué al grupo de La Candelaria. Allí me hice amiga de uno de los actores del grupo y, por intermedio suyo, conocí a Álvaro Fayad y Jame Bateman. El director de La Mama nos invitó a conformar un grupo de estudio y empezamos a leer a Bolívar y al Che Guevara. (...) Tiempo después vine a saber que todos eran santos de un mismo milagro, al igual que lo eran amigos y conocidos de la Universidad como “La Negra” Vásquez, Lucho Otero, con quienes luego supimos que éramos parte del mismo movimiento, de Comuneros, nombre que tuvo el M-19 antes de nacer a la luz pública” (Vera Grabe; ex-combatiente del M-19).

María Eugenia Vásquez vivió tangencialmente el problema de la violencia pues como ya se anotó, su padre era oficial de la Policía Nacional:

“Como el “Pato” era capitán de la Policía, lo nombraron alcalde militar de Sevilla, en el Valle, que desde el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán estaba siendo azotado por la violencia partidista. Cuando el general Rojas Pinilla dio el golpe de Estado en 1953, las regiones donde el conflicto era más agudo fueron militarizadas con la idea de pacificarlas. Mi mamá y yo viajábamos a Sevilla los fines de semana y allí se sentía el miedo, se vivía en

la zozobra. Sonaban ráfagas de disparos a cualquier hora del día o de la noche. Los charcos de sangre en las calles evidenciaban la presencia de la muerte. Las bajas de ambas partes se cantaban en público. La gente comentaba de manera natural que los “pájaros” habían matado a fulano o que la “chusma” había matado a mengano. Mi padrastro andaba con guardaespaldas, dormía con su revólver bajo la almohada y permanecía medio ebrio para hacerse el loco frente a las amenazas de muerte.

En Sibundoy conocí otra realidad a través de mi madre. Ella había hecho buena amistad con los indígenas *camsá*. Mi relación con ellos fue de curiosidad y de respeto. En el colegio de Pasto descubrí el mundo del teatro. Nuestro director era Armando Guerrero, un estudiante de Derecho de la Universidad de Nariño. Su asistente era Álvaro Velasco, los dos eran militantes del PCCML.

El teatro, sumado a la sensibilidad social cultivada por mi madre y afirmada por las monjas, una rebeldía de adolescente que no sabía por dónde saltar y a las lecturas de la guerra civil española y del Periódico Frente Unido del padre Camilo Torres que leí entando en el grupo de teatro cambiaron mi vida. De las ocho integrantes del grupo de teatro seis pasamos a militar a la izquierda marxista. Terminé el bachillerato con novio universitario, Rodrigo Apraez uno de los líderes del movimiento estudiantil de izquierda que despuntaba en Pasto. Empecé a participar e un grupo de estudio maoísta y me declaré atea. Cambié mi vocación de veterinaria por la de antropóloga.

En la Nacional el debate político y el tropel cautivaron mi atención. Supe que varios grupos tenían sus ojos puestos en mí pero un compañero llamado Rogelio, sin mediar lecturas ni charlas me vinculó con Iván Marino Ospina. En 1975 le dije a Jaime Bateman que yo quería trabajar con las masas y él me mandó a hablar con Andrés Almarales, director del periódico mayorías de la ANAPO. Cambié de frente y empecé a moverme en la vida legal.

Desde que empecé a acercarme al mundo de la militancia me había empeñado en hacer que mi cuerpo y mi corazón aprendieran a conspirar. Para mí ese proceso fue lo más natural. Nunca lo sentí como un deber sino como una opción personal. Creo que nuestros jefes desacralizaron la actividad revolucionaria y la acercaron a los anhelos juveniles de la época, la hicieron compatible con el amor, con la rumba, con el teatro, con la risa y con el estudio. No nos exigieron sacrificios sino que nos ofrecieron alternativas de vida” (María Eugenia Vásquez, ex-combatiente del M-19).

El caso de Dora Margarita es diferente, a ella el contacto con lo social y lo político, con la militancia de izquierda, y las organizaciones guerrilleras le llega a través de un tercero:

“Yo no sé si mi mamá era liberal. Supongo que sí. En mi casa no se hablaba de política. El que sí nos gustaba era el general Rojas Pinilla. Él hacía que nos dieran leche y queso. Mi mamá decía que él era el único Presidente de la República que se había preocupado por los pobres.

Cuando vivíamos en el tugurio llegó un cura franciscano. Abrió una droguería y conformó un Club Juvenil que se llamaba “Los Conquistadores”. José y yo nos metimos a trabajar con él y le ayudábamos a clasificar los medicamentos que él llevaba. Luego de un tiempo nos enseñó a poner inyecciones, a curar heridas y a coger puntos. Él nos enseñaba cosas y nos hablaba de la importancia de ayudar a los pobres. Después comenzó a hablarnos de la revolución cubana, del Che Guevara, del cuento de la lucha... Nos habló del ELN y nos dijo que era un grupo que quería acabar con las injusticias. Era el año 1967.

El cura nos organizó por células. Eran grupos pequeños en los que nadie conocía ni sabía dónde vivían los demás. Salíamos a pegar carteles con propaganda del ELN, asaltábamos droguerías, hacíamos inteligencia y montábamos operativos para quitarles el revólver a los celadores. Las armas se las dábamos al cura.

En una ocasión el cura salió de viaje y unos hombres extraños empezaron a rondar su casa. Él no se volvió a aparecer por allá y nosotros tampoco. Se acabó el club “Los Conquistadores” y la droguería. Nadie volvió. A los pocos días apareció en el periódico el nombre y la foto del cura. Decía que era integrante del ELN. Como a las dos semanas nos hizo llegar un papelito con su letra. Decía: “Alístense”. Hablé con José y le dije que me pensaba ir para la guerrilla. Él no estaba convencido de tomar esa decisión así que acordamos que lo pensaría y que yo me iría adelante. Alisté una bolsa con un pantalón y una camisa. No le dije nada a mi mamá. No me despedí. Estaba obnubilada con el cuento de la guerra” (Dora Margarita, ex-combatiente del ELN y, posteriormente, del M-19).

## **9.5. Experiencia guerrillera:**

Esta categoría quiso indagar sobre el rol jugado por las mujeres excombatientes durante su vida guerrillera, la manera en que lo hicieron, lo que ello significó en sus vidas y, por supuesto, cómo vivieron el proceso de desmovilización:

“Para mí no fue dura la llegada a la guerrilla. Yo había recibido entrenamiento en las afueras de Medellín pues el cura siempre nos decía que teníamos que estar preparados para cuando llegara el momento de coger camino para el monte. Mi primer contacto con el ELN fue en un

campamento para los recién ingresados en el que luego de unos días determinaban si uno servía o no para la guerra. Yo iba preparada, motivada, así que todo me parecía lindo. El cura fue a visitarnos y nos dio mucha alegría verlo.

Luego de unas dos semanas nos dijeron que recogiéramos nuestras cosas porque íbamos a caminar. Luego de unas horas llegamos a un campamento en el que había unas setenta personas. Nos dijeron que ese era nuestro destino final, que a partir de ese momento empezaba nuestra vida como integrantes del ELN. En ese momento fui consciente de que la vida del tugurio, mi mamá, José, todo había quedado atrás... Ahora comenzaba la vida en el monte, la desilusión, la guerra, la soledad.

En el campamento conocí a Gabino, a Poliarco (así le decían al cura Pérez), a Abelito y a Fabio Vásquez, el jefe. Hacer curaciones fue la primera tarea que me pusieron pues ellos sabían que yo había aprendido enfermería con el cura. La vida en la guerrilla era muy rutinaria. Levantada antes del amanecer, recogida de hamacas y carpas, ejercicios, aseo personal, desayuno, estudio político, tareas militares, contacto con las masas, recreación, dormida, y vuelta a empezar. En el entrenamiento aprendí a manejar armas cortas y largas. Yo no amaba las armas pero ellas se le van metiendo a uno y se van convirtiendo en parte de uno. Yo pertenecía al grupo de los cercanos a Fabio. Ese grupo combatía poco pues su trabajo era de dirección. Un trabajo más político que militar.

A mí me tocó la Operación Anorí, cuando el Ejército, comandado por el general Álvaro Valencia Tovar, nos hizo un cerco de aniquilamiento total. Ese fue uno de los momentos más duros de la guerra. Los que íbamos con Fabio logramos romper los anillos creados por las tropas para cercarnos y luego de muchas dificultades logramos salvarnos. Éramos unas cuarenta personas. A los demás grupos los aniquilaron.

Después de Anorí, Fabio salió con el cuento de que estaba enfermo y se fue para Cuba. Un día, seleccionaron un grupo de diez compañeros, nos llevaron para Bogotá, y de ahí, viajamos a Cuba para participar de una escuela de entrenamiento. Cuando Fabio viajó a Cuba, los compañeros comenzaron a cuestionar su jefatura, su arbitrariedad, sus excesos, sus castigos, sus órdenes de fusilamiento. Para mí eso fue muy duro pues yo tenía una fe ciega en él... Al fin y al cabo lo había dejado todo (mamá, familia, compañero) por ingresar al movimiento que él representaba porque se supone que íbamos a cambiar el país... La desilusión fue muy grande...

En medio del replanteamiento que vivía el ELN luego de Anorí, quienes habíamos viajado a Cuba quedamos como quien dice botados en La Habana. Estando allá, los cubanos organizaron una reunión con Jaime Bateman, el jefe del M-19 y él nos echó su cuento, su idea de armar una nueva guerrilla, y nos dijo que estaba buscando gente. Bateman nos pareció

un líder. Hablaba con seguridad. Era carismático. Aglutinaba. Era cálido y divertido, y nos convenció. Decidimos unirnos a su lucha.

Mi primer trabajo con el M-19 fue en Bogotá. Organizábamos operativos para conseguir dinero, asaltábamos farmacias, y hacíamos cubrimientos en diferentes tipos de acciones. Un día, luego de participar en un operativo de importancia y mientras esperaba que me asignaran una nueva tarea, decidí acompañar a unos compas a pegar unos carteles, y nos pillaron. Nos llevaron a la estación VI de Policía, nos aislaron, nos metieron en unos calabozos sucios y nos dijeron que nos prepararíamos porque nos iban a matar... En la noche nos sacaron y nos llevaron al Cantón Norte, allá nos dejaron en unas caballerizas... Sentí pánico.

De repente entraron un grupo de hombres, me amarraron, me metieron la cabeza entre una funda y me metieron la cabeza entre el agua, en una alberca. Me metían la cabeza, me la sacaban y me la volvían a meter. Me quitaron la ropa y me dijeron que me iban a violar. Me golpeaban la cabeza y no me dejaban dormir... La tortura duró doce días. Luego me llevaron para la Cárcel del Buen Pastor. Estar en la cárcel fue como llegar al Paraíso. Las presas nos dieron afecto, ropa, zapatos y comida. Allá aprendí a conocer a Colombia y también a valorar a mi familia... Salí a los tres meses y de una me fui para el monte.

Cuando me contacté con los compañeros nuevamente me mandaron para el Caquetá, a la columna de Germán Rojas, el comandante Raúl. Allá ayudé a entrenar a los compañeros en el uso de explosivos. En 1982 me volvieron a mandar para Cuba. Participé en un curso de entrenamiento con un grupo que lideraba Carlos Pizarro. Después de un tiempo regresamos al monte. Ayudé a construir varias escuelas de entrenamiento. Luego, Pizarro me puso al frente de un grupo de quince compañeros y me mandó a la primera línea de combate. En el M-19 se combatía mucho más que en el ELN.

En 1984, estando en diálogos de paz con el gobierno de Belisario Betancur, se presentó el ataque del Ejército a nuestro campamento en Yarumales. Combatimos quince días y quince noches sin descanso. El Ejército atacó con todo: bombas, metralla, fuerzas especiales, cañones, aviones... Nos defendimos como tigres y solo tuvimos dos bajas.

Lo más duro de la guerra es la muerte, la pérdida de los compañeros. Son dolores que se van acumulando. Uno no es consciente de eso mientras está en la lucha pero cuando para se lo devora el dolor de cada muerto, de todos los muertos... Lo que más lacera es que en la vida clandestina hay que ocultar los dolores, pues son producidos por muertos estigmatizados, marcados, innombrables. Y ese ocultamiento hace que nunca sanen, que se eternicen.

Después de Yarumales nos acercamos a Cali pues los comandantes creían que podíamos tomarnos la ciudad. Esa concepción de que estábamos en capacidad de aguantar una guerra de posiciones como si tuviéramos quien sabe qué armamento empezó a parecerme una locura. Al poco tiempo me dijeron que iba a hacer parte de las fuerzas especiales de la organización. Armé mis contactos, conseguí y transporté explosivos, pero algo en la actitud de los compañeros me empezó a generar desconfianza. Los compañeros eran fríos, no parecían que fueran de los nuestros y eso hizo que empezara a sospechar que estábamos infiltrados, que nos estaban tendiendo una trampa. La situación en la que estaba me dio paranoia, entonces aproveché que unos compañeros iban a cumplir una tarea a Medellín y me fui con ellos, busqué a mi familia y no quise volver a la guerrilla” (Dora Margarita, ex-combatiente del ELN y, posteriormente, del M-19).

El caso de Liliana López es similar:

“A comienzos de 1980 oí hablar por primera vez de las FARC. En esos días, unos campesinos habían llegado a Bogotá para pedir ayuda porque el Ejército los estaba golpeando. Venían de El Pato y Guayabero. Nosotros hicimos una colecta en solidaridad con ellos y los llevamos a la Universidad para que contaran lo que les estaba pasando. Yo les pregunté por la guerrilla y ellos me dijeron que por ahí estaba, que trabajaban con la gente, que a veces se les veía y a veces no. Trabajando en la imprenta me tocó corregirle un texto a un compañero. Cuando terminamos el trabajo me dijo que por qué no me iba para las FARC y ayudaba a escribir documentos, que yo podía ayudar mucho en el área de educación. El asunto me quedó sonando y a los días dije listo: “Me voy”.

El 20 de noviembre de 1981 ingresé formalmente a la guerrilla. Me dijeron que iba a trabajar con Jacobo Arenas pero yo no tenía ni idea de quien era él. No sabía que era el ideólogo, el segundo hombre de las FARC luego del camarada Manuel Marulanda. En el campamento había unos treinta guerrilleros y solo tres eran mujeres. Con migo llegaron dos más. La noche se nos vino encima. Hacía frío. Estábamos en el páramo de Sumapaz.

Mi primera tarea en la guerrilla fue ayudarle al camarada Jacobo a transcribir documentos. Luego aprendí a marchar, a utilizar armamento y a pagar guardia. Luego de un tiempo, me di cuenta que mis habilidades como mecanógrafa no eran tan buenas, así que le pedí al camarada Jacobo que se buscara otra asistente y me dejara ir a algún Frente a trabajar en educación. Él estuvo de acuerdo y unos meses después me mandó para el Frente Dieciséis.

Comencé trabajando como enfermera pues eso era algo que había aprendido mientras estuve trabajando con Jacobo. Luego comencé a

acompañar al comandante a hacer reuniones con los campesinos y por último me asignaron la tarea de organizar una escuela de formación política. La idea era que la base guerrillera se formara en temas básicos de economía, de filosofía, de política, y que se buscara que conocieran bien el reglamento de las FARC. Algunos compañeros no sabían leer ni escribir así que también organizamos un curso de alfabetización.

En 1983, el comandante del Frente Dieciséis me envió al Secretariado a hacer un curso de entrenamiento político-militar. Allí estaban el camarada Jacobo, Jaime Guaracas, el camarada Manuel, Alfonso Cano y Raúl Reyes. Desde que llegué trabé una relación muy cercana con Raúl, él también había militado en la JUCO así que hablábamos mucho sobre esa época y sobre esa gente. Cuando cumplí cinco meses en el Secretariado establecimos una relación de pareja.

Yo quería consolidar mi relación con Raúl, pero no deseaba quedarme como la compañera de él simplemente. Hablé con él y con los integrantes del Secretariado y me asignaron al Tercer Frente que operaba en el Caquetá. Allí se me asignó el rol de comandante de guerrilla, entré a hacer parte de la Dirección del Frente y, a pesar de que comencé a cumplir labores operacionales, nunca me ha tocado participar directamente en el combate. He estado cerca del Ejército, en bombardeos y emboscadas, pero no he estado en tomas de pueblos, ni en las primeras líneas de combate. Tengo entrenamiento militar. Sé protegerme, mimetizarme, moverme, disparar. Si me toca hacerlo dispararía. Uno sabe que si no dispara el que está al frente sí le dispara a uno. Si uno duda en disparar, lo matan. Así de sencillo. Yo me metí en la guerra porque sentí que era la única manera de transformar mi país pero a mí realmente no me llaman la atención las armas.

En 1984, estando en medio de las conversaciones de paz, me enviaron junto con una compañera a hacer una gestión con el Secretariado y en el camino nos detuvieron. Con la detención vino el maltrato y la tortura. Cuando salí de allá pesaba 47 kilos y mi peso habitual es de 64". Cuando me detuvieron tenía un salvoconducto de la Comisión de Paz del Gobierno Nacional" (Liliana López, integrante de las FARC).

María Eugenia Vásquez tuvo una presencia fuerte y una alta intensidad operativa en la vida militar:

"Durante un buen tiempo no supe con quién militaba. Yo intuía que era con el ELN pero resultó que hacía parte del proyecto que tenía Jaime Bateman para traer la guerra a las ciudades. En ese momento la fuerza de las armas me atraía, yo entre al mundo de "Tania la guerrillera" como "Alicia en el país de las maravillas".

El cambio de nombre fue un paso hacia el mundo de la clandestinidad, con él se ocultaba la identidad real y desaparecía la historia personal. Me llamé Claudia Montenegro. En la noche salíamos a pintar letreros: ELN, EPL, FRAC = Victoria. ¡Viva la unidad guerrillera! Mi primer trabajo serio consistió en transportar con Rogelio desde Risaralda a Bogotá, una dinamita que nos dio Iván Marino.

En 1973 nuestro comando recibió la tarea de preparar las condiciones para una reunión nacional. Compartimentar estaba de moda, así que los invitados venían con toda clase de gorras, pasamontañas, anteojos y bufandas para ocultar sus rostros. Los únicos que aparecieron con la cara al aire fueron Jaime Bateman, Iván Marino y Boris. En ésta, la Primera Conferencia Nacional nació la propuesta política de constituir un nuevo grupo armado. Decidimos llamarnos “Comuneros”. Este nombre caracterizaría al movimiento y su reivindicación de lo nacional. Nuestra política se regía por tres antis: anti-imperialista, anti-oligarquía y anti-sectaria.

Un domingo me citaron como a las siete de la mañana en el reloj del Parque Nacional. Allí un muchacho de ojos vivaces, al que llamaban “El Turco” me indicó que iba a participar en un operativo de propaganda armada: sacaríamos la espada del Libertador de la urna en que reposaba en la Quinta de Bolívar. En nuestras manos, la espada del Libertador estaría lista para nuevos combates por la libertad y la democracia. A mí me tocó custodiar la entrada principal con otros dos compañeros. Todo salió bien. En la noche, los noticieros interrumpían su programación habitual para informar que un grupo autodenominado 19 de Abril, M-19, acababa de robarse la espada del Libertador y de tomarse simultáneamente el Concejo de Bogotá.

En 1978, después de nuestra Sexta Conferencia, Bateman me encomendó una nueva tarea, apoyar el montaje de las Móviles, nuestras estructuras de acción político-militar en las zonas rurales. Ese trabajo me encantó. Viajaba a los campamentos, trabajaba con los compañeros, me enteraba de cómo iban las cosas. Llegó diciembre, el 31 Bateman me puso una cita y me pidió llevar un carro cargado con armas hasta Ibagué. El 3 de enero se conoció la noticia de que el M-19 había sustraído cerca de 5.000 armas del Cantón Norte de Bogotá, a través de un túnel construido desde una casa del sector. El 4 de enero cayeron presos los primeros compañeros y, fruto de las torturas, a los pocos días cayeron las primeras caletas en que se habían guardado las armas. Los detenidos se contaban por miles a lo largo y ancho del país.

La idea de rescatar a los presos se convirtió en una obsesión para Bateman. La toma de la Embajada de la República Dominicana se planeó en Melgar muy cerca de la principal guarnición militar de contraguerrilla del país. “El flaco” me comunicó que yo haría parte del comando que entraría a la sede diplomática y buscaría la libertad de nuestros compañeros. La idea me hizo saltar de la dicha. La experiencia fue dura, primero por la intensidad de los combates, luego el aguante de los días y la pelea contra la rutina y, por

último por el desenlace del operativo. Cuando Rosemberg nos comunicó su decisión hubo mucha discusión. Ninguno de nosotros había pensado en la posibilidad de abandonar la sede de la embajada vivos y sin los compañeros. La consigna de “vencer o morir” condicionaba nuestra existencia, la interiorizamos realmente, asumimos la posibilidad de morir, sabiendo que la cosa más real y bella era la vida. De la embajada salimos para Cuba y allí participamos en una escuela de entrenamiento antes de volver a Colombia.

En marzo de 1982 entramos a Colombia a través de las aguas del río Mira como integrantes de la columna Antonio Nariño. Éramos ochenta y seis hombres y mujeres. Nuestra misión era iniciar la ofensiva por el sur para prender la insurrección desde el territorio que fue el último bastión del realismo en la Nueva Granada. Jaime Bateman nos esperaba en el Putumayo con la fuerza militar que había desplazado desde el Caquetá para formar un solo ejército. Iván Marino y Toledo habían decidido en Panamá que era mejor conservar en secreto nuestra entrada al país pues no conocíamos la zona y no contábamos con apoyo local. Queríamos elevar el nivel de los operativos militares para ejercer presión sobre el gobierno y lograr una nueva negociación de paz.

El clima se convirtió en nuestro mayor enemigo. El cielo parecía roto. Una noche el río se desbordó y se llevó consigo uniformes, cantimploras, hamacas, linternas, cajas, en fin, un montón de cosas que delataban nuestra presencia en la zona. Al atardecer del día siete empezó el ataque. El Ejército nos había ubicado y nos tendió una emboscada. Todo fue confusión. La columna se partió en dos. El primer combate duró cinco horas. Caminábamos de día y de noche tratando de llegar al Ecuador. Al cruzar la frontera buscamos un lugar para acampar. Luego de un rato sonaron los primeros disparos. No combatimos pues pensamos que eran soldados ecuatorianos pero en realidad eran tropas del Ejército de Colombia que se habían adentrado en el territorio y nos habían sorprendido. El Ejército del Ecuador tranzó con el Ejército colombiano y pactaron, sin consultar a nadie, la entrega de los dos grupos, el de Toledo que había logrado llegar a San Lorenzo para pedir asilo, y el de nosotros. Cuando sentí mis manos atadas y mis ojos vendados supe que la dignidad era lo único que me mantendría en pie contra el miedo y la impotencia. Nos empacaron en camiones y nos llevaron para las instalaciones del Grupo Mecanizado Cabal de Ipiales.

La pesadilla de los interminables días siguientes es mejor dejarla en un compartimiento de la memoria donde no husmeo para mantener controlados los sentimientos de desasosiego. La tortura, sin importar su sofisticación ni la intensidad del dolor o de terror que produzca, es una práctica orientada a quebrar la dignidad de los seres humanos. Seis meses después de nuestra captura, ocho de los sesenta y seis condenados en el Consejo de Guerra de Ipiales fuimos conducidos a la cárcel. (...) Cuando se proclamó la ley de amnistía que cubría automáticamente todos los procesos por delitos políticos, ya nos movíamos a nuestras anchas en la cárcel de Buga. Nuestra

libertad era cuestión de días. Estábamos en la Navidad de 1982” (María Eugenia Vásquez, ex-combatiente del M-19).

## **9.6. Ser mujer:**

Con esta categoría se buscó indagar en la percepción que las mujeres excombatientes tienen de su rol como mujeres en los grupos guerrilleros a los que pertenecieron, de sus luchas internas para ganar su reconocimiento, de los papeles que les fueron asignados, la manera en que vivieron sus relaciones de pareja y su percepción del proceso de desmovilización y/o de reinserción a la vida civil.

Liliana López describe así sus relaciones de pareja y su percepción de la mirada que se tiene en la guerrilla en relación con las mujeres:

“En la JUCO tuve mi primer novio Carlos Peña, era militante también. Fue una relación bonita pero no duró mucho porque yo le tenía miedo a eso de enamorarse y llenarse de muchachitos como le había pasado a mi hermana.

El 20 de noviembre de 1981 llegué al campamento del camarada Jacobo. Hacía mucho frío pues estábamos en el Páramo de Sumapaz. Me dijeron que me acomodara en el suelo, junto a su cama, en compañía de otras dos mujeres. En el saloncito dormían varios hombres. Pero las parejas dormían en cambuches especiales en la parte de atrás de la casita de madera en que vivía el comandante. En la noche, los hombres casi nunca se acercaban sexualmente a las mujeres. Sólo lo hacían si habían establecido una relación con ellas. Podían atreverse a buscarlas pero si las compañeras no querían tenían que retirarse porque les armaban alboroto y los sancionaban. Si uno aceptaba era otra cosa.

Como no era muy hábil para escribir a máquina, Jacobo me puso a dictar charlas, pero los dos convinimos en que no había mucho caso en que continuaré ahí. “Usted puede ser una persona de mucha confianza pero para lo que la necesito usted no sirve. Yo necesito a alguien que escriba rapidísimo”, me dijo, cuando le pedí que autorizara mi traslado a un Frente. Él estuvo de acuerdo y a los pocos días me mandaron para el Frente Dieciséis. Allí tuve que enfrentar una situación muy complicada por el hecho de ser mujer y ser de la ciudad. Esas dos variables hicieron que fuera muy poco lo que pudiera desarrollarme como persona, como mujer y como militante.

En la guerrilla como en Colombia hay machismo pues los guerrilleros también se han formado dentro de una sociedad machista. El 40% de la guerrilla está conformado por mujeres, pero la lucha de la mujer todavía es vista como algo secundario. Es importante lograr que tanto en la guerrilla como en el país, el papel que juegan las mujeres se aprecie más.

Luego de un tiempo el comandante del Frente me mandó para el Secretariado para que participara de un curso de formación político-militar. Allí conocí a Raúl Reyes, con el congenié rápidamente, entablamos una relación y se convirtió en el hombre de mi vida. Cuando salí de la cárcel decidí quedarme con él y me puse al frente de su guardia personal. Juntos, desarrollamos muchas actividades. Recorrimos muchos Frentes, hablamos con la gente, realizamos trabajo con la población civil e hicimos trabajo político.

Estuve en el Secretariado hasta 1990. Luego de eso, con Raúl acordamos tener un hijo. Estuve en el monte hasta que tuve cinco meses de embarazo. Luego salí y tuve la niña. Estuve con ella un año y luego decidí dejarla al cuidado de unos amigos... Es duro separarse de los hijos pero es difícil abandonar la lucha cuando uno lleva tantos años metido en ella. No es cierto que los revolucionarios no queramos a nuestras familias, como dicen. Lo que pasa es que nos mantenemos alejados de ellas para no involucrarlas, para no perjudicarlas. A mí por ejemplo me encantaría estar cerca de mi mamá, dialogar con ella. Ya tiene 79 años pero es mejor que esté tranquila y que yo no la comprometa” (Liliana López, militante de las FARC).

Dora Margarita tiene una vivencia similar a la de Liliana, para ella, ser mujer también resultó complicado, sobre todo cuando tenía que asumir situaciones de mando:

“A los doce años me ennovié con José. Él tenía quince. Era el cuñado de mi hermana mayor. Era una gran persona. Trabajaba en construcción. Él fue mi primer amor. Con él me hice mujer. Un año después de haber ingresado a la guerrilla, unos compañeros de la ciudad llegaron con unos periódicos que hablaban de un asalto a un campamento del ELN en el que habían muerto varios compañeros y me dijeron que José había caído ahí. Tomé el periódico, leí la nota, y me encontré con su nombre. Él había sido mi único amor... Recuerdo que sentí mucha rabia... Me fui para mi hamaca y lloré, lloré en silencio, a escondidas, pues en el ELN llorar era síntoma de desmoralización.

En Cuba viví con dos compañeros Abel y Héctor. Los dos intentaron enamorarme pero ninguno me atraía. Sin embargo, luego de mucha insistencia, decidí entablar una relación con Héctor, un ser humano muy

bonito que aportó mucho a mi formación intelectual. Los cubanos nos dieron un apartamento y empezamos a vivir una vida de pareja. Poco tiempo después supe que estaba embarazada, pero yo sentía que no podía traer un hijo a este mundo a sufrir. Fueron seis semanas de mucha confusión. Sin embargo, al hacerme un examen me dijeron que la sangre mía y la de Héctor no eran compatibles y que si el bebé nacía tendrían que hacerle una transfusión inmediatamente. Decidí sacármelo. El aborto es legal en Cuba.

Estando en el M-19 Pizarro me puso al frente de un grupo de quince compañeros. Yo estaba contenta pero se notaba que a ellos no les gustaba que los mandara una mujer. Todo el tiempo tenía que demostrar que era tan fuerte como ellos, que tenía su misma capacidad física, que mi equipo era igual al de ellos. Fue duro, porque además era una época en la que había que combatir prácticamente todos los días.

En esa época el M-19 se había acercado a las FARC y a los otros grupos guerrilleros y me tocó convivir algún tiempo con ellos. En las FARC había mucho más machismo que en el ELN y que en el M-19. Allá eran los hombres quienes mandaban y las mujeres quienes obedecían. Ellas eran sumisas. Las ponían a cocinar y les daban los peores turnos en la guardia. En las FARC había discriminación hacia la mujer, una especie de rechazo soterrado por haberse atrevido a incursionar en un terreno tan propio de los hombres.

Solo vi una pareja estable en los seis meses que estuve cerca de las FARC. Los tipos cambiaban con frecuencia de compañera y ellas no protestaban a pesar de que los continuos cambios de parejas generaban conflictos entre ellas. La mayoría de las mujeres que ingresaban a las FARC lo hacían para huir del maltrato familiar, de la persecución de los padrastros y del exceso de trabajo que les ponían en la casa. Algunas lo hacían porque les atraía algún guerrillero o porque les llamaba la atención el poder que generan las armas. Allí solo conocí a una sindicalista que realmente estaba convencida de la causa. Las demás eran campesinas que habían encontrado en la guerrilla una solución a la vida que llevaban” (Dora Margarita, ex-combatiente del ELN y, posteriormente, del M-19).

De acuerdo con Vera Grabe, las mujeres tuvieron que librar una dura discusión al interior del M-19 para que fueran reconocidas en su capacidad de desempeñar cargos de dirección; así recuerda el inicio de esas discusiones:

“Celebramos nuestra Octava Conferencia en las selvas del Putumayo. Para Bateman lo fundamental era acortar los de la guerra, con la propuesta de paz en una mano, y la decisión de construir un ejército en la otra. A propósito de dicha discusión, al comandante Pablo se le ocurrió opinar que las mujeres no

cabían en el ejército porque solo generaban desorden, razón por la cual no había mujeres en ejércitos como el soviético. ¡Quién dijo rebelión de todas nosotras! Fue citado al siguiente día para debatir el tema. Él llegó acompañado de Marcos Chalitas. ¿Cómo así que nosotras no podemos estar en la milicia? ¿Entonces qué van a hacer con nosotras, nos van a echar? Le tocó retractarse y reconocer el valor de la mujer, pero insistió en la importancia de reforzar la formación de las mujeres, precisamente por las dificultades que enfrentaban al entrar en la guerrilla, donde el machismo existente en los guerrilleros, y también en las guerrilleas, conducía a que así como entraban muchas mujeres, igualmente se retiraban.

Los hombres, según explicó Pablo, reproducían su comportamiento tradicional, es decir, protegían a su compañera, no la dejaban participar en ciertas actividades, y la tenían para que cumpliera oficios domésticos. Cuando una compañera urbana afirmó que las mujeres debíamos ganarnos nuestro lugar a partir de nuestras capacidades, una guerrillera campesina le reviró diciendo que eso valía para la ciudad, pero que en la fuerza militar y en el campo no bastaba la buena voluntad, sino que se necesitaban normas. El resultado del debate fue una ordenanza que buscaba resolver una situación, reconociéndola sin tapujos. Para mucha gente fue un acto de honradez que un comandante general ordenara:

1. La obligación de promover en la fuerza militar una formación que pusiera énfasis en el aporte de la mujer, en su formación política y militar, en capacitarla como mando, en hablar de un nuevo tipo de relaciones entre hombres y mujeres, que superaran el machismo.
2. La no discriminación de las combatientes en promoción, rango, tareas y responsabilidades; el conocimiento de sus derechos y deberes.
3. La prohibición de permitir que un combatiente agrede moralmente a su compañera o a sus hijas; ningún mando o combatiente puede abusar de su autoridad, presionar o chantajear a una combatiente para mantener relaciones afectivas o satisfacer necesidades personales.
4. La única limitación para la combatiente es no tener hijos mientras esté en la fuerza militar; tiene derecho a utilizar anticonceptivos bajo supervisión médica y si hay embarazo por razón imprevista el derecho voluntario al aborto en los primeros dos meses del embarazo.
5. El derecho de todo y toda combatiente a la vida íntima, si no interfiere en el desarrollo político y militar y no crea problemas al colectivo; el derecho de la y el combatiente a escoger su compañera(o), para convivir, casarse o no, exigir el divorcio, exponiendo sus razones ante una asamblea de combatientes.

Como resultado de estas discusiones Nelly Vivas y yo fuimos ascendidas al Comando Superior, dos mujeres entre más de diez hombres” (Vera Grabe, ex-combatiente del M-19).

### **9.7. Participación política:**

Con esta categoría quisimos indagar por el rol jugado por las mujeres excombatientes en el campo de la participación política y sus opciones para constituirse en actor social con voz en la construcción de la democracia:

Liliana López recuerda así su irrupción en el campo de la participación política:

“A mediados de los años 70’s el movimiento juvenil estaba en auge y yo me convertí poco a poco en una dirigente estudiantil. Eso fue lo que me animó a ingresar a la JUCO. Como militante de las juventudes comunistas participé en diversas escuelas de formación política, asistí a numerosos congresos estudiantiles y tuve una participación muy activa en el Paro Cívico de 1977: pegué carteles, pinté consignas en las paredes y ayudé a vender el periódico Voz Proletaria. Me gustaba mucho la idea de luchar por una sociedad distinta, más justa y sin hambre.

Cuando ingresé a la guerrilla, esa vida tan activa que yo tenía en la JUCO se vio significativamente reducida. Me aburría, me sentía estancada y no encontraba espacio en lo político. Afortunadamente y, gracias al Secretariado puede desplegar mi capacidad aportando en la formación política de la base guerrillera. A eso dediqué buena parte de mis esfuerzos.

El riesgo de la muerte está presente desde que uno toma la decisión de luchar para cambiar el país. Cuando uno ve que a las organizaciones legales se les cierran las puertas, que no hay posibilidades políticas para que ellas funcionen y que asesinan a los líderes que actúan en la legalidad, uno dice: “Si no se puede por la vía legal va a tocar por la vía armada”... No obstante, para las FARC siempre ha existido la posibilidad de que la lucha no se haga a través de las armas. A mí me mantiene en esta lucha la convicción de que es una lucha justa, pero tengo claro que la lucha armada no puede ser nuestro fin.

En 1995 me encargaron la tarea de asumir la representación de las FARC en México. Claro que cada vez que puedo vengo al país pues me oxigena mucho estar aquí, ver a la gente, y saber de primera mano cómo marcha el trabajo de la organización. Nosotros consideramos que cada vez estamos más cerca del triunfo y que el proyecto avanza. La organización cada día es

más grande, cada vez tiene más experiencia, y sentimos que cada vez es más viable la posibilidad de llegar a ver implantado en el país nuestro proyecto político” (Liliana López, militante de las FARC).

En el caso de Dora Margarita la situación es diferente pues ella siente que tuvo dos grandes decepciones políticas durante su vida guerrillera: una con el ELN y otra con el M-19:

“En 1989 me enteré por los medios de comunicación que el M-19 iba a entregar las armas. Yo estaba sola, no tenía con quien comentar, no tenía a quien decirle que sentía que había perdido el tiempo, que había perdido mi vida, que me daba vergüenza pensar en todos esos campesinos que yo había convencido para que se entregaran a la causa porque disque necesitábamos crecer, ser fuertes y tener muchos colaboradores que nos ayudaran a conseguir nuestro objetivo ¡Y ahora les salíamos con ese chorro de babas! ¡Qué desilusión!

Era la segunda desilusión política que yo sentía: primero, haber creído en Fabio Vásquez... después, haber creído en el Eme. ¡En ambos había dejado de creer!

Cuando el M-19 iba a dejar las armas, un compañero que sabía dónde era mi casa, me buscó y me dijo que fuera, que firmara, que yo tenía derecho de aparecer en la lista de amnistiados. Le dije que no, que todo eso me parecía un engaño, que yo creía que iba a pasar lo mismo de siempre, que cuando entregaran las armas los iban a matar uno a uno.

Un día, dos o tres meses después, mientras estaba en la fábrica trabajando, mientras me ocupaba en hacer guarniciones de zapatos, me enteré por la dueña de la fábrica que habían matado a Carlos Pizarro. Sentí un gran dolor pues yo había sido en una época parte de su equipo de seguridad y sabía que era un hombre profundamente honesto, que todo lo hacía con verriaguera, que siempre actuaba porque estaba convencido de lo que hacía. Sentí un gran dolor pero no pude llorar. Seguí trabajando, a las cinco me fui para mi casa, me encerré en mi cuartico y, sola, me puse a llorar.

Afortunadamente encontré la metafísica y gracias a ella he podido superar toda esta historia. En la metafísica uno aprende que todo lo que sucede es por algo. Si pudiera volver a vivir no escogería el mismo camino. La historia de Colombia ha sido la matazón de una generación tras otra. Llevamos muchos años de desangre. Esta ha sido una guerra eterna y las armas no son la salida. Lo digo con la información y la experiencia que hoy tengo” (Dora Margarita, ex-combatiente del ELN y, posteriormente, del M-19).

Vera Grabe, es una de las mujeres que más alto llegó en la dirigencia de las organizaciones guerrilleras. Primero, hizo parte del Comando Superior de dicha organización y, a su salida de la cárcel en 1980, Bateman le encomendó liderar el trabajo internacional de la organización; así recuerda ella esos tiempos y esas responsabilidades:

“En 1980, al salir de la cárcel, me fui para mi casa y al timbrar, Pablo me abrió la puerta. Hablamos. Me dijo que tenía dos opciones: el monte o fuera del país. Es difícil tenerte escondida en la ciudad y tú eres muy reconocible. Legal ni de riesgos. En el monte te quemas. Creo que lo mejor es que salgas del país. ¿A qué?, le pregunté. Al trabajo internacional. Sonaba difícil pero atractivo. La guerrilla tenía una historia de relaciones internacionales pero hacer labor diplomática pública en el exterior era algo nuevo. Frente a mi obvia duda: Pero yo no tengo ni idea de eso, Pablo solo dijo: Y acá ¿quién sabe de eso? Se trata de aprender y de hacerlo. La idea es que te establezcas entre Panamá y México. Acepté. Entré a ese mundo en el que se tejían los lazos de solidaridad entre la revolución colombiana, la panameña, y la cubana.

Cuando llegué a Panamá, me entrevisté con Iván Marino, nuestro segundo comandante. Me saludo con cierta distancia y prevención. Yo lo conocía pero nunca habíamos conversado. Cuando intenté contagiarlo mi ilusión y le conté a que iba, me bajó de la nube. “Olvídese, usted no va a poder hacer nada. Los de la Guardia Nacional no tratan con mujeres, lo único que van a hacer es pedírselo. Los cubanos igual. Y usted tiene dos caminos: hacer lo que hacen todas, es decir, seguirles la corriente. O negarse, y entonces se le cierran todas las puertas”. Vaya confianza en las mujeres, pensé. Nada qué hacer. Sabía que Iván no me tenía especial aprecio, y que decía que yo estaba donde estaba por Bateman. Siempre es lo mismo. Dentro de la mentalidad ingenua y prevenido machista solo hay una explicación: Las mujeres nunca llegamos a donde llegamos por trabajo, tesón, conquistas propias, sino porque hay un tipo que nos ayuda con una clara intención sexual. Que esa sea una opinión establecida vaya y venga: lo que costaba creer era que ni siquiera nuestros revolucionarios se salvaran de esa visión.

Tras la muerte de Bateman, Iván Marino asumió la comandancia general. Nos encontramos en Madrid en 1983. Me saludó y me dijo que en el EME había mucho desorden, y cada quien hace lo que le da la gana. Usted lleva mucho tiempo afuera y ya es hora de que se devuelva para el país. Pienso que Toledo debe salir y hacerse cargo de este trabajo. Eran los aires de un nuevo mando. Volví a sentirme retada y puesta a prueba, después de haber demostrado, a mi manera de ver hasta la saciedad, que era digna de confianza. En cierto modo comprobaba que los hombres recurren al machismo, al principio de autoridad y de fuerza como refugio a sus

ancestrales temores, a su inmensa soledad. Llegué al monte con el mundo que había ganado y que me había abierto la mente, con un corazón averiado pero vivo, con un cuerpo sano pero poco entrenado. Tenía la disposición que dan las grandes pérdidas de querer apostarle a lo que fuera... y sobre todo ilusión. La consagración como dirigente guerrillera implicaba mínimo una temporada en el monte. Era bueno ponerme por un tiempo el uniforme, observar una disciplina, y ser parte de un cuerpo con vocación de poder” (Vera Grabe, ex-combatiente del M-19).

### **Claves de las narrativas testimoniales:**

Teniendo en cuenta las narrativas testimoniales de las mujeres excombatientes, se pueden encontrar diversas características que permiten establecer una lectura general de los aspectos abordados desde el comienzo de esta investigación: los entrecruzamientos entre la condición del ser mujer, el conflicto armado y las opciones de participación de las mujeres excombatientes de la guerrilla. Lo que se visibiliza en estas historias no son factores aislados de algunas mujeres que decidieron ingresar a grupos armados por una decisión precipitada: se encuentran hechos socioculturales y políticos que las motivaron a integrarse a la lucha armada, a desarrollar procesos propios de la guerra y a asumir una posición reflexiva con respecto a las realidades que el conflicto entraña.

Así, puede verse que las condiciones sociales determinan una predisposición a la participación en el conflicto armado. La historia de vida de estas mujeres remite a un contexto en el que las mujeres tienen distintas historias de vida. Mientras que el caso de Dora está signado por la pobreza: “el mayor recuerdo que tengo de mi infancia es el hambre”, Liliana, Vera y María Eugenia reflejan contexto en el que las necesidades básicas estuvieron medianamente satisfechas. Tanto Liliana como Dora, desde pequeñas, tuvieron que acostumbrarse a trabajar para ayudar a mantener a sus familias o para acceder a una educación. Vera y María Eugenia contaron con el apoyo de sus familias, por lo menos hasta que ingresaron a la Universidad.

La Violencia es un factor que cruza las historias trabajadas. Bien porque llegó a las puertas de su casa, bien porque causó desplazamientos, bien porque siempre estuvo ahí como amenaza, la Violencia es una presencia siempre presente como telón de fondo. Esto, sin duda, pudo afectar el tipo de lucha política que estas mujeres asumieron. Por otro lado, podría decirse que todas son hijas de una época, de un momento particular del ambiente de politización que se vivió en América Latina y en otras partes del mundo en las décadas de 1960 y 1970. Eran tiempos de agite, de lucha, de rebeldía, aspectos que calaron profundo en el espíritu y en las vidas especialmente de la juventud.

Otro asunto que cabe resaltarse tiene que ver con la vida familiar. En el caso de Dora, criada por una mujer cabeza de hogar con muchas privaciones económicas. En el caso de Liliana, María Eugenia y Vera, familias de clase media, no solventes económicamente, pero sí familias que vivían a base de esfuerzo y de trabajo. Estos elementos ponen de relieve las diferentes maneras como se desarrollaba la sociedad colombiana en la infancia de estas mujeres. Si bien las historias de vida pueden ser disímiles, en su trasfondo revelan una sociedad marcada por desigualdades económicas, distancias afectivas y condiciones que afectan de manera decisiva los horizontes por los cuales las personas encaminan sus vidas.

El caso de Dora y Liliana también refleja una vulneración en sus derechos en relación con la educación. Para el caso de Dora, por ejemplo, su educación estuvo supeditada a la necesidad económica, lo cual hizo que solo con el ingreso a los grupos armados tuviera la oportunidad de acceder a una educación. Vera estudio en un colegio que podría denominarse de élite, María Eugenia estuvo siempre bajo la tutela de las comunidades religiosas y Liliana en establecimientos educativos mucho más liberales. Todas, aunque con esfuerzo, accedieron a la educación superior.

Dora, Liliana, María Eugenia y Vera no resaltan una influencia directa entre su orientación ideológica y el acceso a la educación. Sin embargo, lo que se lee en

sus relatos da cuenta de personas, generalmente sacerdotes o profesores que les inculcaron el amor por la democracia y la libertad, ideas que ellas, al igual que muchos adolescentes y jóvenes de la época tradujeron en acciones decisivas de participación política.

Uno de los hechos que resalta del entrecruzamiento entre su condición de mujeres y las variables de militancia y participación política es el hecho de que, por ejemplo Dora y Liliana, son mujeres que, a pesar de sus orígenes humildes, tuvieron la oportunidad de establecer su propio criterio. Al provenir de familias en las que se hablaba poco o nada de los aspectos políticos, resulta interesante ver cómo sus trayectorias vitales comienzan a construirse en torno a una decisión política. En el caso de María Eugenia y de Vera, sin duda, los ambientes a los que empiezan a integrarse tuvieron una influencia decisiva para que asumieran cierta posición política, pero, en lo que respecta a la última categoría analizada, la participación política, se ve que son mujeres que tienen un propio criterio, incluso cuando entra en contradicción con sus compañeros o con las realidades en las que se desenvuelven.

En este sentido, puede verse que, si bien las estructuras democráticas han generado una desconfianza y una imposibilidad de que las mujeres sean actores plenamente participativos, tal como lo indicaba María Emma Wills, esto no ha impedido que las mujeres, cualquiera que sea su condición social, asuman una posición política clara. Aun cuando las instancias oficiales fallan en garantizar el acceso de las mujeres a una verdadera representación, se lee en estas narrativas la plena posibilidad de asumir una posición con respecto a la realidad social y accionar frente a ella. Este tipo de acción se puede leer en dos tiempos: la posición asumida para entrar al conflicto armado y la posición asumida con el paso del tiempo, especialmente, luego de los procesos de reincorporación a la civilidad (Wills; 2004: 54).

Sin importar si la orientación política está presente desde temprano en la educación como en el caso de María Eugenia y de Liliana, o si esta se genera por la interacción con ciertos contextos sociales específicos, como los de Dora y Vera, resalta que todas asumen de manera voluntaria su incorporación a los grupos armados. Estas ideas que se encuentran, de una u otra manera, en el contexto, se interiorizan mediadas por sus experiencias vitales y se transforma en una decisión autónoma y hasta se diría que apasionada.

De esta manera, debe leerse el ingreso a los grupos armados no como un acto de obligación, en el que las mujeres son coaccionadas por algún tipo de agente externo, sino como una decisión tomada de forma deliberada, con un trasfondo reflexivo que se encuentra permeado por un encuentro decisivo con el contexto que daba sustento al conflicto armado. Así mismo, luego de llevar un tiempo en el desarrollo del conflicto, se lee en estas mujeres una visión que surge del recorrido histórico y vital en el conflicto armado. Lo que en Liliana se convierte en la reafirmación de sus convicciones –en el marco de un contexto sociopolítico en el que la institucionalidad ha perdido su legitimidad–, en Dora, Vera y María Eugenia aparece como el replanteamiento de su convicción en la lucha armada.

Es preciso aclarar que estas posiciones son asumidas de manera deliberada por ellas y en relación con los hechos que tienen lugar en sus experiencias vitales. Si bien pueden llegar a rechazar la acción armada como una vía legítima –en el caso de Dora–, también pueden justificar que la participación en los grupos armados era vital para desempeñar acciones enfocadas en el mejoramiento de las condiciones de vida de diversos grupos sociales –para Liliana, Vera y María Eugenia, desde la acción subversiva de las guerrillas–.

En otro nivel de las reflexiones, y vinculado al rol de las mujeres, se lee en estas narrativas una variada caracterización de la forma como ellas se involucran con los procesos sociales en el país. Desde el hogar se lee un contexto marcado por el patriarcado: cuando Dora le pregunta a su mamá por la razón que tuvo para

traerla al mundo, ella le responde que fue su papá quien así lo impuso. Liliana manifiesta que su padre siempre esperaba que todos hicieran lo que él consideraba que debía ser hecho. En el caso de María Eugenia y de Vera, al parecer el contexto familiar es mucho más horizontal, menos machista, más permeado por otras opciones de vida.

Cuando las mujeres exponen el mundo de los grupos armados a los cuales pertenecieron, se encuentran elementos que también reflejan condiciones diferentes. Se encuentran elementos como el señalado por Dora, quien encontró cierta presión en el desarrollo de sus actividades: tenían que demostrar a sus compañeros que estaban en la capacidad de desempeñar sus actuaciones. Dora es más crítica que Liliana y manifiesta cómo los grupos armados difieren mucho en las formas como tratan a las mujeres y, según su experiencia, indica que las FARC tenían un trato demasiado machista hacia las mujeres combatientes. Ella consideraba que en ese grupo armado no se daban las condiciones para que se desarrollara como lo había hecho en los otros grupos. Por su parte, Liliana no resalta hechos contundentes sobre el rol de la mujer, pero sí resalta que es una materia pendiente tanto al interior de los grupos armados como en el desarrollo de la sociedad, lo que le da un carácter reflexivo a su rol como mujer en la sociedad.

No obstante lo anterior, Vera y María Eugenia sí reflejan un aspecto muy marcado de las relaciones patriarcales en el país, relacionado con la equiparación entre las cualidades de los hombres y de las mujeres. A pesar de que en todo momento hablan con seguridad de su trabajo político y militar –rasgo que puede hablar claramente de una capacidad de liderazgo–, se puede leer un contexto social en el que las dinámicas patriarcales, que sitúan al hombre como superior con respecto a las mujeres, se manifiestan en diversos niveles en las relaciones establecidas por estas excombatientes. Unas de ellas pueden reconocer las dinámicas de inequidad, otras no las ven de manera evidente.

Un elemento que puede resultar obvio, es la forma como estas historias de vida permiten configurar un panorama más cotidiano de lo que, en otros textos y espacios, es un discurso oficial. Tal vez los libros de historia y los ensayos de análisis sobre el conflicto permitan obtener una visión aparentemente objetiva de los hechos que han tenido lugar en el marco del conflicto armado, pero la proximidad de estas historias con la cotidianidad del mismo, da otra óptica. A través de estas narrativas se pueden identificar no solo algunas de las razones por las que este tuvo su origen o las transformaciones que ha experimentado, sino que también las razones particulares de las combatientes para integrarse a los procesos armados. Esto permite caracterizar el conflicto, transformarlo y dejar de verlo como un hecho social aparentemente aislado, sino que involucra agentes humanos con diversas historias y motivaciones.

Se observa la forma como algunos de los hechos que fueron noticia –como la operación en Anorí relatada por Dora–, se transforman en hechos con agentes vivos, en los que tienen nombres, aspiraciones y temores. Esto complementa las visiones sociales que hacen la historia, al vincular al discurso de la noticia o del parte de victoria de las fuerzas militares, la narración de la forma como estos hechos fueron recibidos por parte de sus “enemigos”, o de los agentes que también se vieron involucrados en la confrontación en general.

Igualmente, en el relato de las mujeres no está únicamente su vida como un hecho aislado. Las narrativas de las mujeres no presentan unas historias vitales marginadas de los eventos sociales, aisladas en el desarrollo de sus aspiraciones y temores. Desde el primer momento las vidas de estas mujeres se encuentran entrecruzadas con las realidades sociales. Así, resulta pertinente recordar el planteamiento de Nieto, quien señala que “una lectura de la memoria en perspectiva sociológica dice que los recuerdos individuales sólo existen y se trasladan del presente al pasado, y viceversa, al articularse con la memoria de otros por medio del lenguaje: uno sólo recuerda como miembro de un grupo social” (Nieto; 2006: 76-85).

En este sentido, al analizar los relatos de estas mujeres, se ve un fenómeno particular: cuando ellas están contando su historia, es como si su contexto estuviese cobrando vida. En otras palabras, no solamente están recordando ellas, está recordando el grupo social en el que crecieron, en el que desarrollaron su lucha armada, el país en el que viven. Sus relatos no solo hacen que las vivencias de sus familias se reactiven, sino que los compañeros de los grupos armados se manifiestan para quien lee o conoce sus testimonios. En sus narraciones afloran los contextos sociales en los que se desarrolló su vida. De esta manera se tiene la caracterización no solo de lo que ellas perciben, sino también de las formas como funcionaban estos contextos. En sus historias se ven realidades de los actores armados que a veces pasan desapercibidas para los procesos de memoria, para las iniciativas de investigación o, en general, para el conocimiento de la sociedad en general sobre las realidades asociadas al desarrollo del conflicto.

Así, se leen entre líneas los contextos sociales de la familia –el aparato patriarcal con el cual funcionan en la sociedad colombiana en diferentes sectores sociales–, se vislumbran también las ideologías de trasfondo en la conformación de los grupos armados– pues, al representar la cotidianidad de los grupos y las percepciones de los mismos ante algunos hechos, se llega a conocer las motivaciones de la lucha armada, así como la percepción ante la transformación de la sociedad–, y la posible posición asumida por los grupos sociales frente a ellos, entre otros factores.

De manera que, retomando lo señalado por Díaz, Arias y Tobón, se pudo ver que los elementos propuestos a la hora de adelantar los procesos de recolección de las narrativas testimoniales, fue cumplido en los relatos analizados. En sus relatos profundizan en los aspectos de la vida de las excombatientes, analizando sus trayectorias de vida desde la infancia. Caracterizan, a grandes rasgos, los elementos que constituyen su experiencia vital en cuanto a sus expectativas, metas alcanzadas y frustraciones. Se identifican aspectos propios del desarrollo del conflicto armado, desde una perspectiva subjetiva en la que resulta posible

determinar las motivaciones de las mujeres para ingresar al conflicto y la percepción que tienen de la causa en la que se involucraron. También se establece la forma como participar de la guerra llegó a afectar su desarrollo como mujeres, su percepción sobre las mujeres en la sociedad en general. Se comprenden las formas como el conflicto afectó sus vidas, generándoles aprendizajes de diversos tipos, incluso aun cuando no se había generado un proceso de desvinculación total del conflicto (Díaz y Tobón, citado en Piedrahita y Vommaro; 2013: 71-82).

En el análisis de las narrativas testimoniales de estas mujeres ha resultado posible identificar muchas de las características propias del conflicto armado, entrecruzándolo con las realidades sociales del ser mujer en el país. Así, retomando lo dicho por Martha Cecilia Herrera, las narrativas han permitido conocer una interpretación y una construcción del sentido del mundo que dan las mujeres excombatientes y, por extensión, los grupos sociales con los cuales se han involucrado (Herrera, citada en Piedrahita y Vommaro; 2013: 189-2002).

Las subjetividades políticas establecidas en estos testimonios, sin lugar a dudas, son variadas. Se ha visto que cada testimonio ofrece unas características propias que hablan al mismo tiempo de las mujeres y de sus condiciones sociales. Sin embargo, el entrecruzamiento de cada uno de los elementos clave produce un abanico muy variado de posibilidades. Se encuentran mujeres que tienen en común un trasfondo socioeconómico de pobreza, ya de manera directa –como Dora– o de manera indirecta, como en los casos de María Eugenia, Vera y Liliana cuyas familias no eran radicalmente pobres. Un contexto que las influencia de maneras diversas y que tiene un aspecto decisivo en las trayectorias vitales que emprenden.

Si bien existe una sociedad en la que –como se ha señalado siguiendo a Wills– la institucionalidad democrática permite la representación de las mujeres pero limita su participación, las diferentes aristas manifestadas por las experiencias de vida

de estas mujeres hace referencia a una capacidad de ellas por asumir una vida política activa más allá de toda institucionalidad y de sus limitaciones. No se puede desconocer que se trata de vías vinculadas a la ilegalidad y que producen problemáticas sociales muy graves –en tanto que contribuyeron al desarrollo del conflicto armado en diferentes niveles–, pero sí hacen referencia a una tendencia de empoderamiento de las mujeres que puede aprovecharse para suscitar reflexiones sociales en diferentes niveles.

En este sentido, las subjetividades políticas develadas con el análisis son las de mujeres que, dadas sus circunstancias sociales, decidieron integrarse a los grupos armados en busca de la transformación de las condiciones de vida propia y de la sociedad, por la toma de una postura política influenciada por múltiples factores. Esta toma de postura se lee como autónoma y susceptible de transformarse con el tiempo –hasta el punto de generar un rechazo, como fue el caso de Dora, a toda acción armada–. Así, vuelve a corroborarse cómo el desarrollo de procesos que propicien la recopilación de narrativas testimoniales, por un lado, ayuda a la construcción de una memoria colectiva, a comprender las dinámicas propias del conflicto armado, pero también permiten conocer las formas como las subjetividades políticas de las mujeres en el país y, específicamente, las mujeres excombatientes, han sido construidas y han entrado en relación con el contexto social nacional.

El potencial que este tipo de ejercicios de recuperación de la memoria tiene es variado. Desde el mero plano de conocimiento histórico hasta la formulación de estrategias destinadas a la finalización del conflicto armado, teniendo en cuenta perspectivas que afectan directamente a las mujeres. Pero, también en un plano del conocimiento y la reflexión social, a fin de revalorar el rol de las mujeres y las realidades que surgen del entrecruzamiento de las variables que configuran la cotidianidad social.

## 10. Conclusiones

Los elementos expuestos a lo largo de la presente investigación nos han permitido hacer una lectura de la realidad colombiana. A través de la propuesta metodológica, las fuentes de información consultadas, y el análisis de la narrativa testimonial de las mujeres excombatientes, ha sido posible reconstruir elementos clave para entender las condiciones del conflicto armado, el papel que han jugado las mujeres en él y las posibilidades de participación que les han abierto el Estado y la sociedad colombiana.

En el momento de proponerse esta investigación, se estableció la realidad histórica de un conflicto armado y el desarrollo de numerosas estrategias políticas para desmontarlo y recuperar, para la vida civil, a las personas integradas a sus dinámicas. En este sentido, lo primero que debe recordarse sobre los avances de este proceso está vinculado a la realidad del conflicto armado.

La revisión bibliográfica permitió corroborar que se trata de una circunstancia sociohistórica compleja. Si bien existen diversos enfoques que estudian tanto el surgimiento como las etapas de su desarrollo, se pudo establecer que se trata, en general, de un conflicto que se ha transformado con el tiempo. No podría asegurarse que la violencia en Colombia ha tenido un desarrollo lineal ni homogéneo, pero sí que ha tenido diversos periodos o fases en los que los nuevos actores y las nuevas razones del conflicto han asimilado los que han pertenecido a las etapas anteriores.

Así, cuando se habla del actual conflicto armado debe pensarse en dos elementos como “causas inmediatas”. Por un lado, el desarrollo del período de la violencia bipartidista en el país, durante el cual se generaron las condiciones más marcadas de la pérdida de confianza en la institucionalidad. La confrontación por las ideas políticas deslegitimó el desarrollo de la democracia, al punto de que el país se vio

en una dura circunstancia en el que las ideas políticas que se tenían podían implicar la muerte.

No obstante, algunos analistas consideran que este no fue el detonante único del actual conflicto armado y aseguran que las circunstancias sociales han jugado un papel fundamental en su desarrollo. De esta manera, muchos de los académicos que han estudiado el fenómeno del conflicto armado han considerado la manera como este se remonta hasta los principios de siglo y el surgimiento de unos procesos sociales de lucha en busca de la reivindicación de derechos por parte de sectores como los campesinos, los indígenas o los obreros.

Estas dos circunstancias dieron sustento a los procesos que originaron, incluso, lo que se reconoce como la primera etapa del actual conflicto armado. Esta primera etapa, inundada por la lucha ideológica y el auge de los movimientos guerrilleros tiene algunas particularidades estudiadas desde diferentes énfasis. Existen algunos que analizan este auge en el marco de los procesos de la revolución cubana de 1959 y, por ende, del marco de la guerra fría entre los Estados Unidos y la Unión de República Socialistas Soviéticas.

Así mismo, cuando se introduce en el país el negocio del narcotráfico, se generan nuevas condiciones que permiten hablar de una segunda etapa del conflicto. Si durante la primera se dio una confrontación directa entre los grupos guerrilleros y las fuerzas armadas controladas por el Estado, en la segunda etapa se introdujeron nuevos actores al conflicto, quienes intervinieron desde las dinámicas del narcotráfico, la protección de los territorios de los grandes propietarios de tierras, así como el combate contra la insurgencia.

En el marco del conflicto armado se han adelantado han adelantado 12 procesos de paz. Estos han involucrado dos logros inmediatos, como lo fueron la desvinculación de la lucha armada del M-19 o de las denominadas Autodefensas Unidas de Colombia. Sin embargo, a pesar de que el conflicto no ha concluido, los

diferentes gobiernos han adelantado diversas estrategias que han tenido como finalidad desestimular la participación de los combatientes en el conflicto. Sea por la acción judicial o por la opción de reincorporarse a la vida civil, muchos de los combatientes han pasado a otras etapas de su vida que les han permitido asumir diferentes puntos de vista con respecto al conflicto.

En este punto se configura uno de los entrecruzamientos globales entre el desarrollo del conflicto armado colombiano y el presente documento: el papel de las narrativas testimoniales. Las fuentes consultadas permitieron configurar dos elementos: las características propias del papel de las narrativas testimoniales y la aproximación que se ha hecho con respecto a los excombatientes colombianos. En cuanto al primer nivel, se encontraron diversas fuentes que han explorado las oportunidades que ofrecen las narrativas testimoniales en cuanto al papel de la reconstrucción de la memoria colectiva.

Al respecto, se resalta que muchos teóricos coinciden en la función que tiene la recuperación de la memoria para el fortalecimiento o la construcción de una subjetividad política. Así, cuando una persona cuenta su vida en relación con unos hechos sociales, da cuenta de la construcción de su individualidad, vinculada con dichos hechos, lo que permite configurar las características de su percepción sobre el mundo. No obstante, este factor nunca es visto como algo aislado o individualizado. Se establece un vínculo con la sociedad a través de estas narrativas en tanto que se da cuenta de los hechos sociales, pero también en el papel de una construcción de memoria colectiva. Un elemento encontrado en la búsqueda bibliográfica permitió considerar que la memoria subjetiva se hace válida a nivel social por medio del lenguaje, es decir que el papel de las narrativas permite que la memoria se haga social.

De la mano de estas anotaciones sobre la narrativa testimonial, se encuentra la tradición de escritura elaborada en el país. Al igual que el desarrollo del conflicto armado, muchos autores han considerado que la narrativa testimonial sobre el

conflicto ha tenido diversas etapas. El desarrollo del conflicto permitió, a grandes rasgos, el surgimiento de tres tipos de narrativas: la periodística y literaria vinculada con los hechos vividos de manera directa en el tránsito entre el periodo de la violencia y el surgimiento del conflicto armado, la periodística asociada con la indagación por las circunstancias del conflicto y, más reciente, la que viene directamente de los actores del conflicto.

Frente a esta última circunstancia, se encuentran también unas categorías que determinan si estos eran combatientes o si fueron víctimas de las acciones armadas –como es el caso del auge de narrativas testimoniales de los exsecuestrados en la primera década del presente siglo–. En esta última línea de relatos también se ubican las características propias de la narrativa testimonial de los excombatientes, que se convirtió en una coordenada clave del presente documento. Se encuentran los relatos en primera persona de excombatientes o también sus relatos mediados por una entrevista. Estos documentos dan cuenta de las características propias del conflicto y de la acción política de quienes fueron combatientes. Sin embargo, y en relación con otra de las coordenadas del trabajo adelantado, se encontró la opinión de algunos autores que referían las diferencias existentes entre las narrativas testimoniales de hombres excombatientes y de mujeres excombatientes.

Así, antes de hablar de estas particularidades, resulta necesario considerar algunas de las particularidades de la relación entre las mujeres y la sociedad colombiana, identificada en este proyecto. La revisión bibliográfica permitió determinar que las mujeres han tenido un desarrollo social diferente al de los hombres. Mientras que estos, tan pronto como fue instaurada la República de Colombia, contaron con una serie de derechos que los hicieron “ciudadanos”, las mujeres tuvieron que esperar una serie de procesos políticos extensos para acceder a dicha condición.

A principios del siglo XX se dieron muchas de las reformas que les permitieron contar con autonomía para sus bienes, acceder a la educación y tener protección

en materia laboral. Sin embargo, solo hasta 1954 se dio un paso adelante y se garantizó que las mujeres tenían derecho a elegir y a ser elegidas. El hecho de que esta circunstancia se produjera casi un siglo y medio después de la configuración de un gobierno democrático en el país, da cuenta de una circunstancia adversa para el desarrollo de las mujeres en el entorno social.

Como se pudo establecer, esta circunstancia no ha permitido configurar una nueva dimensión política de las mujeres en la sociedad colombiana. La posición de una de las autoras consultadas, María Emma Wills, permitió reconocer que existe una dinámica en la que las mujeres tienen derecho a la participación política, pero que esto no implica que se configure una verdadera realidad de participación, sino que se limita a unas condiciones de representatividad. Estas condiciones, sumadas a un sistema social de carácter patriarcal, hacen que las condiciones de vida de las mujeres se vean ampliamente problematizadas en el país. Este sistema determina, desde las características propias de cada sociedad, los roles que mujeres y hombres deben asumir en una sociedad. En el caso de Colombia, las mujeres históricamente han sido relegadas de las dinámicas sociales, sin que por esto hayan dejado de participar. Así, en circunstancias de inequidad laboral, por ejemplo, se ve que ellas reciben menores oportunidades e ingresos con respecto a los hombres, aunque esto no implica que, efectivamente, participen menos en el mercado laboral o que sus conocimientos y aptitudes nunca estén al mismo nivel o, incluso, en uno superior.

Estas circunstancias entran a jugar un papel fundamental a la hora de analizar el entrecruzamiento entre mujeres y conflicto armado. El rol social de las mujeres se ha construido desde una perspectiva de la desprotección y la debilidad, por lo cual la consideración de las relaciones entre mujeres y conflicto, en muchas ocasiones, se limita únicamente a las circunstancias en las que ellas son víctimas de las acciones de guerra. De manera que, tanto en los estudios sobre los efectos de la guerra como en el abordaje de las narrativas testimoniales, se encuentra

ampliamente una perspectiva que deja de lado la perspectiva de las mujeres excombatientes.

Al respecto, y antes de abordar los análisis encontrados en el presente documento, resulta necesario señalar que en uno de los trabajos identificados se encontró que algunas de las mujeres excombatientes encuentran que los espacios de discusión sobre el conflicto son muy cerrados para ellas. En una de las investigaciones consultadas se identifica una opinión en la que se ve que las asociaciones de víctimas las excluyen de sus dinámicas, por considerar que no tienen cabida en ellas.

Ante estas circunstancias, el análisis realizado en torno a los testimonios de dos mujeres excombatientes permitió revelar que existen unas realidades particulares que permiten hablar de su experiencia vital particular en conexión con la sociedad colombiana a través de los hechos y las instancias sociales a las que pertenecen. De esta manera, lo primero que sobresale al acercarse a las narrativas de estas mujeres es, en efecto, la existencia de una experiencia vital que se detiene en el tiempo para volver atrás y analizar las transformaciones experimentadas. Se buscan a sí mismas en la infancia, en el hogar, en sus relaciones con la escuela y comienzan a explorar sus motivaciones para vincularse al conflicto armado. En este volver a atrás, cada vez que ellas caracterizan su entorno dejan de hablar únicamente de su experiencia vital: están vinculando al lector o al oyente de sus relatos con esa sociedad en la que se dieron los primeros días de su existencia.

En este sentido, se encuentran los relatos sobre las condiciones económicas en las que vivían, las oportunidades con respecto al estudio, la necesidad de trabajar y, en cierta medida, el rol de las mujeres en el hogar. Ambos testimonios, como se ha visto, refieren el entorno en el que crecieron como patriarcal, en el que los hombres tomaban decisiones sobre el cuerpo de las mujeres o en el que las relaciones familiares estaban establecidas para beneficiar sus intereses.

Estas historias de vida permiten ver diferencias en el acceso a la educación y al mundo laboral. Las circunstancias económicas adversas en muchos momentos entorpecieron el acceso a la educación, en otros, como en el caso de Liliana, se muestra cómo el acceso al mundo laboral dio una libertad en la decisión sobre el estudio, incluso en contra de la voluntad o los consejos de su padre. La vida laboral se muestra diversa, a veces con oportunidades limitadas como en Dora, a veces como un vínculo hacia la lucha armada como en el caso de Liliana.

Precisamente, el ingreso a la vida armada, como se vio, da cuenta de una toma de decisión personal que no estuvo vinculada a una coacción por parte de otra persona. Esto da cuenta de la posibilidad de considerar que el ingreso a la vida armada fue un acto reflexionado, en el que las mujeres creían encontrar la posibilidad de transformar las condiciones sociales del país. Al interior de las estructuras armadas encontraron un entramado de relaciones en el que la condición de mujeres se hacía una realidad para reflexionar. Ellas descubrieron la necesidad de demostrar una igualdad de condiciones con sus compañeros y pudieron identificar hechos cotidianos en los que las condiciones de las mujeres eran difíciles.

Este último punto remite, entonces, a la consideración de la posibilidad que tienen las mujeres excombatientes para leer la realidad del conflicto y de la sociedad colombiana desde una perspectiva diferente a la de los hombres combatientes y excombatientes. En este sentido, ellas pudieron asumir una actitud reflexiva en la que, como lo hace Liliana, podían hablar de tareas pendientes para el desarrollo de la lucha armada, así como para la sociedad colombiana en general, específicamente en cuanto al rol de las mujeres.

Así mismo, en el momento de analizar su perspectiva sobre la participación política, se encuentra en estas mujeres una lucidez para determinar las perspectivas que tienen de la lucha armada en general, del papel que ellas desempeñaron y de los hechos asociados con la vinculación a un desarrollo

social. Si bien, el caso de Dora refleja una perspectiva en la que se considera que debió tomar otra decisión para no contribuir a los ciclos de violencia en el país, y el de Liliana refleja la convicción en lo contrario, se trata de dos posturas asumidas por sus experiencias vitales y por sus reflexiones, lo que permite conocer, como se mencionó en su momento, las características internas de los agentes de este conflicto, esta vez, en relación con las mujeres que han participado del mismo.

Teniendo en cuenta lo que se mencionó con anterioridad, sobre la posición de un estudio en el que se consideraba que existía una clara distancia entre los intereses y perspectivas de los testimonios ofrecidos por hombres excombatientes y los de las mujeres excombatientes, este estudio ha permitido analizar las relaciones entre las coordenadas del conflicto armado y la condición de las mujeres en Colombia. Es notorio en estas narrativas que ellas mismas se preguntan por esta relación, un rasgo que surge de manera natural en sus relatos y que genera una gran diferencia con los hombres excombatientes, al presentarse la condición de ser mujeres como un factor por resaltar. En otras palabras, las mujeres excombatientes tienen la necesidad de pensarse como mujeres, no porque otro se los indique, sino porque son conscientes de la realidad en la que se desenvuelven.

Los elementos expuestos hablan de unas realidades que permiten, por un lado, comprender muchas de las aristas del conflicto armado, muchas de ellas, excluidas en el momento en que se analiza desde la perspectiva única de las víctimas o de los hombres excombatientes. Así, se conocen elementos propios de la cotidianidad del conflicto, algunas expectativas ante la lucha armada, la identificación de sus logros y de sus fracasos, al igual que una perspectiva crítica sobre sus realidades.

Por otra parte, la investigación ha permitido conocer una dinámica social hasta ahora en emergencia en el desarrollo del análisis de la condición de las mujeres en el país. Se encuentran unas mujeres empoderadas: a pesar de las

circunstancias adversas afrontadas en la infancia, a pesar de las dificultades de una sociedad que les atribuye roles de debilidad o de incapacidad, ellas se encuentran como mujeres autónomas y capaces de crítica, con la posibilidad de analizar su vida en relación con unos hechos sociales.

Ahora bien, no se debe considerar que este papel de empoderamiento se debe a que se equiparan a los hombres en la acción armada, sino que, esta característica se define en la capacidad que tienen para decidir el rumbo de su vida –sea para ellas algo correcto o no la participación en la lucha armada–, para asumir un espíritu crítico y reflexivo sobre sus condiciones de vida y sobre las condiciones sociales en las que se desarrolla la historia del país.

Todo lo expuesto permite considerar algunas perspectivas para el presente y el futuro de la sociedad colombiana. En primer lugar, se encuentra el papel de la memoria colectiva sobre el conflicto: al poner en palabras su vinculación al conflicto armado, las mujeres permiten hacer memoria colectiva del mismo. En segundo lugar, sus pensamientos permiten tomar en cuenta el porvenir del conflicto, al pensar en estrategias que puedan reconocer las realidades que ellas expresan en sus relatos y que puedan tender puentes de reconciliación y reflexión social. Finalmente, se puede ver que las mujeres, a pesar de su histórica exclusión, se encuentran en una acción social constante en la que buscan su porvenir individual en relación directa con el porvenir colectivo.

De manera que el estudio de las narrativas testimoniales de las mujeres excombatientes permite reconocer realidades pasadas y presentes, sobre las cuales es preciso generar un acercamiento para generar memoria y estructurar acciones a futuro. Los elementos teóricos y narrativos recuperados por la presente investigación dan cuenta de una sociedad colombiana que, en medio del conflicto, presenta problemáticas transversales que afectan, en diversas medidas, a los sujetos que pertenecen a ella. Por esto, los relatos de las mujeres excombatientes se convierten en un insumo fundamental para asumir nuevas posibilidades de

reconciliación en torno a las consecuencias del conflicto armado, así como para pensar cuál es el papel que han asumido, asumen y pueden asumir las mujeres en el desarrollo futuro del país.

## 6. Recomendaciones

Teniendo en cuenta los elementos abordados en la presente investigación, resulta pertinente formular algunas recomendaciones acerca de las problemáticas abordadas. Las recomendaciones deben apuntar no solo a la comprensión de fenómenos puntuales como la participación de las mujeres en el conflicto armado, sino que también al papel de las ciencias políticas en el desarrollo de procesos de investigación que involucran la participación política de las mujeres en Colombia, así como en relación con el conflicto armado.

La investigación adelantada permitió dar cuenta de las dinámicas del conflicto armado reciente, con el fin de resaltar el rol jugado por las mujeres en la guerra y en la búsqueda de alternativas de paz para Colombia. Se revisó cómo las mujeres participan de este conflicto no solo como víctimas, sino también como combatientes y la forma como ellas pueden plantear sus posiciones con respecto a los desarrollos de la guerra y las dinámicas sociales.

Así, teniendo en cuenta lo visto, resulta necesario establecer estrategias que promuevan la importancia de vincular a las mujeres excombatientes en los procesos de construcción de paz. Esto en tres líneas. En primer lugar, en los procesos generales de la constitución de condiciones para el posconflicto, en estrategias de reincorporación a la vida civil y de reconstitución del tejido social. En segundo lugar, como sujetos políticos que pueden ayudar a construir memoria histórica del conflicto y de las relaciones socioculturales inmersas en el mismo. Por último, como parte integrante de los debates y procesos organizativos de las asociaciones de mujeres víctimas, en tanto que ellas pueden llegar a aportar perspectivas apropiadas para la comprensión del fenómeno de las violencias desde una perspectiva de género.

En segunda instancia, se han podido recuperar algunas experiencias de participación política, social y cultural de un grupo de mujeres excombatientes con

el fin de leerlas desde la perspectiva de la memoria ejemplar y dimensionar sus aportes a la construcción de la paz. Se vio que, a pesar de que las mujeres en el país han tenido una historia en la que la participación política ha sido limitada por diversas circunstancias sociohistóricas, las mujeres excombatientes manifiestan una nueva lectura con relación a la forma como se construyen subjetividades políticas en el país: ellas tienen una construcción política que, en muchos de los casos, estuvo mediada con su proximidad a los grupos armados ilegales, pero que no ha estado limitada a las opiniones de sus miembros.

Por lo anterior, resulta pertinente fortalecer los procesos de construcción de la memoria a través de la exploración de las narrativas testimoniales de las mujeres excombatientes. Esto permitirá conocer nuevas facetas de la participación política de las mujeres en relación con las dinámicas sociales en el país. En un segundo nivel, es preciso considerar que estos elementos encontrados deben ser difundidos en diferentes contextos para que un amplio número de mujeres colombianas para que tengan en cuenta las dinámicas de participación que otras mujeres han desarrollado al margen de la institucionalidad, pero con la perspectiva de que pueden nutrir las dinámicas de la democracia y la ciudadanía.

Los elementos encontrados dan cuenta de diversos aprendizajes que condensan las experiencias de participación política, social y cultural de las mujeres excombatientes, los cuales se convierten en aportes puntuales al actual proceso de paz que se adelanta en Colombia. Se han analizado los testimonios de mujeres que pertenecieron a grupos armados y que se han incorporado a la vida civil, lo cual les ha dado una perspectiva diferente sobre su rol y las dinámicas sociales en Colombia.

En este sentido, resulta pertinente reconocer que estas mujeres dan cuenta de una ambigüedad sobre la eficacia de la vía armada. Si bien unas señalan que se trató de un error su incorporación a los ciclos de violencia en el país, otras resaltan que se trata de la única forma de alcanzar transformaciones sociales, en vista de

las pocas garantías institucionales para la práctica política. Esto plantea un reto en la sociedad para que se respete la institucionalidad y la participación política se amplíe en general, a fin de que el actual proceso de paz se efectúe de manera que propicie una transformación política de fondo, en la que la institucionalidad ofrezca garantías para quienes hicieron parte del conflicto por considerarla una vía legítima.

En una vía similar, debe tenerse en cuenta la perspectiva que tienen estas mujeres sobre la suma de las variables de conflicto y la situación de las mujeres en el país. Para ellas resulta claro el panorama de una sociedad patriarcal que se desarrolla con dinámicas propias en las circunstancias del conflicto armado, pero que también se extiende a las diferentes instancias sociales del país. En este sentido, un análisis del actual proceso de paz en relación con la variable en cuestión, hace necesario que se tengan en cuenta las experiencias de estas mujeres, sus perspectivas analíticas sobre la condición de las mujeres en el país, para que se promuevan discusiones y acuerdos que, a nivel político y social, redunden en un mejoramiento de las relaciones que la sociedad ha construido en torno a lo que significa ser mujer en Colombia.

Los procesos planteados requieren de la interrelación entre diferentes instancias. Por una parte, se encuentra de antemano todo el proceso que se puede adelantar en el marco de una amplia serie de métodos y enfoques investigativos. En un plano académico amplio, diferentes disciplinas –incluidas las ciencias políticas y el periodismo, por ejemplo–, pueden y deben seguir tomando la línea de la investigación en torno a las narrativas testimoniales como una forma de conocer las realidades concretas y las construcciones subjetivas en torno al conflicto armado colombiano.

Como se ha visto, estos procesos investigativos no solo apuntan a la construcción de una memoria histórica, sino que pueden dar claves prácticas sobre las realidades del conflicto. Conocer tanto la memoria subjetiva como las realidades

objetivas del conflicto ayudarán a la sociedad en general a tramitar el proceso histórico del conflicto armado, así como a quienes se encuentran directamente involucrados con las dinámicas que buscan darle solución. El conocimiento de la perspectiva subjetiva de sus actores permitirá establecer estrategias de fondo que puedan atender las causas colectivas y de cada individuo para dar inicio o continuidad al conflicto armado.

En un segundo nivel, se encuentran las acciones que pueden adelantar los agentes gubernamentales y todos aquellos que tienen directa incidencia con los programas y procesos que lidian con la negociación para dar fin al conflicto armado o para atender a la población excombatiente. El conocimiento de estas realidades les dará nuevas herramientas para comprender las dinámicas del conflicto armado, conocer sus circunstancias, aspectos sobre su cotidianidad, y generar estrategias que apunten a la integralidad, a la atención de las circunstancias de fondo que le dan sustento a la generación de nuevos ciclos de violencia.

En esta misma línea se debe incorporar una visión particular de las realidades de las mujeres en Colombia y en el conflicto armado. Sin duda, no se puede pensar una terminación del conflicto armado sin considerar de qué manera ha afectado de manera específica a las mujeres, las razones por las que ellas se han vinculado a los grupos de combatientes, así como los temores y expectativas que tienen a la hora de salir del conflicto. Estos aspectos permitirán configurar realidades que apunten a la estructuración de transformaciones sociales que puedan contrarrestar las condiciones negativas establecidas históricamente para las mujeres en el país. Finalmente, el último nivel de agentes que se involucran en estos procesos está constituido por la sociedad civil en general. Adelantar estrategias para que la comunidad en general conozca las realidades del conflicto armado, la situación de las mujeres en el país y el entrecruzamiento de estas dos variables es un elemento fundamental que sobrepasa el límite de la memoria histórica. Se debe apuntar a una apropiación de estas realidades por amplios sectores sociales, a fin

de que tengan nuevos insumos para leer la realidad, así como para actuar en relación con ella.

En este sentido, resulta necesario que estos procesos investigativos continúen haciéndose, que involucren a diferentes actores sociales y que no se desconozcan las realidades particulares de quienes se ven involucrados en las acciones del conflicto, en tanto que esclarecen muchos aspectos de las condiciones sociales en general que, en muchas ocasiones, se dejan de lado, sin un estudio apropiado. Estos procesos deben aportar a debates públicos en los que se considere la importancia de la participación política, de la construcción de subjetividades que puedan agenciar incluso cuando las instituciones políticas fallan en la garantía de los derechos o en el acceso a la participación. Así, unas de las tareas de quienes se desempeñan en el área de la ciencia política debe ser el de mantener una lectura constante de estas realidades, de hacer una revisión histórica de las problemáticas y de identificar aportes que puedan ayudar a construir los cimientos de nuevas dinámicas sociales en las que el conflicto armado pueda ser superado, favoreciendo el surgimiento de una sociedad reconciliada, empoderada y con la capacidad de estructurar sus realidades políticas de manera conjunta.

## BIBLIOGRAFÍA

AGENCIA COLOMBIANA PARA LA REINTEGRACIÓN. Perspectiva de género. [En línea]. <http://www.reintegracion.gov.co/es/la-reintegracion/centro-de-documentacion/Documentos/Perspectiva%20de%20g%C3%A9nero%20en%20el%20Proceso%20de%20Reintegraci%C3%B3n.pdf>. [Citado en mayo 20 de 2015].

AGUILERA Peña, Mario (2010). *Las FARC: La guerrilla campesina. 1949-2010 ¿Ideas circulares en un mundo cambiante?* Bogotá: ASDI, OIM, Corporación Nuevo Arco Iris.

ÁLVAREZ CORREA, Miguel y AGUIRRE BUENAVENTURA, Julián (2002). *Guerreros sin sombra. Niños, niñas y jóvenes vinculados al conflicto armado*. Procuraduría General de la Nación e Instituto Colombiano de Bienestar Familiar ICBF, Bogotá.

ARIAS, Diego (2014). *Memorias de la guerra en Colombia. Relatos de una mujer excombatiente* (pp. 207-224) Bogotá.

ARENAS, Jaime (1971). *ELN. La guerrilla por dentro*. Bogotá: ICONO Editorial.

BEHAR, Olga (1985). *Las guerras de la paz*. Bogotá: Editorial Planeta.

CAPOTE DÍAZ, V. (2012). Mujeres en guerra. Un acercamiento a historias de vida de excombatientes colombianas. [En línea]. [http://www.colombianistas.org/Portals/0/Congresos/Documentos/CongresoXVII/Capote Diaz Virginia.pdf](http://www.colombianistas.org/Portals/0/Congresos/Documentos/CongresoXVII/Capote%20Diaz%20Virginia.pdf). [Citado el 21 de mayo de 2015].

CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA (2013). *Guerrilla y población civil. Trayectoria de las FARC 1949-2013*. Bogotá: CNMH, DPS, ASDI, OIM, IEPRI Universidad Nacional de Colombia.

CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA (2013). *¡Basta Ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad. Informe del Grupo de Memoria Histórica*. Bogotá: CNMH, DPS.

CHCV. Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas. Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia. 2015. [En línea]. <http://static.elespectador.com/archivos/2015/02/1952328280f79f83ccb8b9929c8d8fa5.pdf>. [Citado en 22 de mayo de 2015].

CONGRESO DE LA REPÚBLICA. Ley 53 de 1938, por el cual se protege la maternidad. [En línea]. [http://www.icbf.gov.co/cargues/avance/docs/ley\\_0053\\_1938.htm](http://www.icbf.gov.co/cargues/avance/docs/ley_0053_1938.htm). [Citado en 22 de mayo de 2015].

CONGRESO DE LA REPÚBLICA. Ley 6 de 1945, por la cual se dictan algunas disposiciones sobre convenciones de trabajo, asociaciones profesionales, conflictos colectivos y jurisdicción especial del trabajo. [En línea]. [http://www.icbf.gov.co/cargues/avance/docs/ley\\_0006\\_1945.htm](http://www.icbf.gov.co/cargues/avance/docs/ley_0006_1945.htm). [Citado en 22 de mayo de 2015].

MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL (1929). Decreto 1575, por el cual se reglamenta la enseñanza secundaria profesional para señoritas. [En línea]. [http://www.mineduccion.gov.co/1621/articles-102959\\_archivo\\_pdf.pdf](http://www.mineduccion.gov.co/1621/articles-102959_archivo_pdf.pdf). [Citado en 22 de mayo de 2015].

MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL (1933). Decreto 1972, por el cual se modifican los decretos números de 1487 de 1932 y 227 de 1933 (enseñanza secundaria y normalista). [En línea]. [http://www.mineduccion.gov.co/1621/articles-102983\\_archivo\\_pdf.pdf](http://www.mineduccion.gov.co/1621/articles-102983_archivo_pdf.pdf). [Citado en 22 de mayo de 2015].

DÍAZ, Álvaro, ARIAS, Yina y TOBÓN, Erika. (2013). *Subjetividad política femenina en el contexto del conflicto armado colombiano. Aproximaciones a su abordaje desde el método*. En: C. PIEDRAHITA, A. DÍAZ, y P. VOMMARO. Acercamientos metodológicos a la subjetivación política (pp. 71-82). Biblioteca Latinoamericana en subjetividades políticas. FLACSO.

FISAS, Vicenç (2010). *Introducción a los procesos de paz*. En: *Cuadernos de construcción de paz*. Escuela de Cultura de Paz. Barcelona.

FRANCO, Natalia, NIETO, Patricia y RINCÓN, Omar (2010). *Tácticas y estrategias para contar: historias de la gente sobre conflicto y reconciliación en Colombia*. Bogotá: Centro de Competencia en Comunicación para América Latina Friedrich Ebert Stiftung. [En línea]. <http://library.fes.de/pdf-files/bueros/c3-comunicacion/07391.pdf>. [Citado en 23 de mayo de 2015].

GUTIÉRREZ DE PINEDA, Virginia (1997). *Transformaciones y conflictos en la relación de los géneros, pareja y familia*. En: *Mujer, familia y educación en Colombia*. Memorias del IV Encuentro Nacional de Historiadores realizado en Pasto, del 26 al 28 de octubre de 1994 (Pp. 42-43). San Juan de Pasto: Academia Nariñense de Historia.

HERRERA, Martha (2013). *Narrativa testimonial, políticas de la memoria y subjetividad en América Latina. Perspectivas teórico-metodológicas*. En: Piedrahita, A. Díaz.

PIEDRAHITA, A. DÍAZ, y P. VOMMARO. Acercamientos metodológicos a la subjetivación política (pp. 189-202). Biblioteca Latinoamericana en subjetividades políticas. FLACSO.

HUNDEK, Leticia (2010). *Rol de la mujer reinsertada en los escenarios político, económico y familiar en la ciudad de Barranquilla*. Barranquilla: División de humanidades y ciencias sociales, Universidad del Norte-Barranquilla.

LARA, Patricia (2000). *Las mujeres en la guerra*. Bogotá: Editorial Planeta.

LARA, Patricia (2002). *Siembra vientos y recogerás tempestades. La historia del M-19, sus protagonistas y sus destinos*. Bogotá: Editorial Planeta.

LONDOÑO, Luz y NIETO, Yoana (2006). *Mujeres no contadas. Proceso de desmovilización en Colombia 1990-2003*. La Carreta Social Editores. Medellín, Antioquia.

LOPERA VÉLEZ, M., y DÍAZ JIMÉNEZ, E (2010). *Mujeres, derechos y derecho. El derecho a los derechos*. En: Revista Electrónica, Facultad de Derecho y Ciencias Políticas, Universidad de Antioquia. [En línea] <http://aprendeonline.udea.edu.co/revistas/index.php/derypol/article/viewFile/7093/6566>. [Citado en 20 de mayo de 2015]. P. 5.

MEJÍA, Luisa (2013). *La reintegración social y económica de los grupos armados ilegales en Colombia: reflexiones a partir de la trayectoria de nueve excombatientes*. Tesis de Maestría Pontificia Universidad Javeriana Facultad de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales. Bogotá.

NIETO, P. *Relatos autobiográficos de víctimas del conflicto armado: una propuesta teórico-metodológica*. En: Revista de Estudios Sociales. [En línea]. <http://res.uniandes.edu.co/view.php/651/index.php?id=651>. [Consultado el 21 de mayo de 2015].

OBSERVATORIO DE PROCESOS DE DESARME, DESMOVILIZACIÓN Y REINTEGRACIÓN (2011). *Desmovilización, desvinculación y reintegración de*

*mujeres en Colombia: 2002-2011*. [En línea] [http://www.observatoriodd.unal.edu.co/productos\\_academicos/ODDR\\_desmovilizacion\\_desvinculacion\\_reintegracion\\_mujeres\\_colombia2002-2011.pdf](http://www.observatoriodd.unal.edu.co/productos_academicos/ODDR_desmovilizacion_desvinculacion_reintegracion_mujeres_colombia2002-2011.pdf). [Citado en 20 de mayo de 2015].

OBSERVATORIO DE PROCESOS DE DESARME, DESMOVILIZACIÓN Y REINTEGRACIÓN (2011). Educación y Reintegración en el departamento de Antioquia. [En línea]. [http://www.observatoriodd.unal.edu.co/productos\\_academicos/nuevos/educacionyreintegracionenAntioquia2011.pdf](http://www.observatoriodd.unal.edu.co/productos_academicos/nuevos/educacionyreintegracionenAntioquia2011.pdf). [Citado en mayo 20 de 2015].

MEDINA Gallego, Carlos (2001). *ELN. Una historia de los orígenes*. Bogotá: Rodríguez Quito Editores.

ORTIZ Sarmiento, Carlos Miguel (1985). *Estado y subversión en Colombia. La violencia en el Quindío años 50*. Ediciones Universidad del Quindío.

PASSEGGI, Maria da Conceição (2009). *Parcours de vie et symbolisation du travail biographique*. En: C. DELORY-MOMBERGER, y E. C. SOUZA. (Org.) *Parcours de vie, apprentissage biographique et formation* (pp. 49-62). Paris: Téraèdre.

PIEDRAHITA, Claudia (2013). *Reflexiones metodológicas. Acercamiento ontológico a las subjetivaciones políticas*. En: En: C. PIEDRAHITA, A. DÍAZ, y P. VOMMARO. *Acercamientos metodológicos a la subjetivación política* (pp. 15-30). Biblioteca Latinoamericana en subjetividades políticas. FLACSO.

PINZÓN, Diana Carolina (2009). *La violencia de género y la violencia sexual en el conflicto armado colombiano: indagando sobre sus manifestaciones*. En: J. RESTREPO y D. APONTE (editores). *Guerras y violencias en Colombia. Herramientas e interpretaciones*. Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá. P. 353-

393. [En línea]. [http://www.cerac.org.co/assets/files/querrayviolencias/7\\_La\\_violencia\\_de\\_genero.pdf](http://www.cerac.org.co/assets/files/querrayviolencias/7_La_violencia_de_genero.pdf). [Citado en 21 de mayo de 2015].

PIZZARO, Eduardo (2012). *Evolución de los procesos de paz en Colombia*. Bogotá: Universidad Jorge Tadeo Lozano.

PRADA PRADA, Nancy, HERRERA GALVIS, Susan, LOZANO RUIZ, Lina, ORTIZ GÓMEZ, Ana (2012). *¡A mí me sacaron volada de allá! Relatos de vida de mujeres trans desplazadas forzosamente hacia Bogotá*. Alcaldía Mayor de Bogotá. [En línea] [http://media.wix.com/ugd/9f324e\\_fa2103f928b948\\_ea91f833b48253b934.pdf](http://media.wix.com/ugd/9f324e_fa2103f928b948_ea91f833b48253b934.pdf). [Citado en 20 de mayo de 2015].

RAMÍREZ, Patricia (2009). *Ciudadanía negadas: Victimización histórica, reparación y (re)integración para mujeres y niñas en Colombia. El desafío de zurcir las telas rotas*. En: Reflexión Política, Vol. 11, No. 21, junio, 2009, pp. 92-107.

REDEPAZ. Grupo de trabajo Mujer y Género, por la Verdad, la Justicia, la Reparación y la Reconciliación (2014). *Recomendaciones para garantizar los derechos a la verdad, la justicia y la reparación de las mujeres víctimas del conflicto armado en Colombia*. Bogotá.

ROVIRA, Guiomar (1996). *Mujeres de maíz. La voz de los indígenas de Chiapas y la rebelión Zapatista*. Barcelona: Virus Editorial.

SÁNCHEZ BLAKE, Elvira (2012). *De actores armadas a sujetos de paz: mujeres y reconciliación en el conflicto colombiano*. En: La manzana de la discordia, Vol. 7, N° 2. [En línea]. <http://manzanadiscordia.univalle.edu.co/volumenes/articulos/V7N2/art1.pdf>. [Citado en 23 de mayo de 2015].

SÁNCHEZ, Gonzalo y MEERTENS, Donny (1983). *Bandoleros, gamonales y campesinos. El caso de la violencia en Colombia*. Bogotá: El Áncora Editores.

SCHWITALLA, Gunhild y DIETRICH, Luisa (2012). *La desmovilización de las mujeres excombatientes en Colombia*. Forced Migration.

Sin autor. *DDR: Intervenciones específicas para las mujeres*. MAPP/OEA. [En línea] <http://www.mapp-oea.net/documentos/iniciativas/VF%20GF%20mujeres%20desmovilizadas%202009-2010.pdf>. [Citado en 21 de mayo de 2015].

Sin autor. *Relatos periodísticos sobre víctimas del conflicto* 2014. [En línea]. <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/noticias/noticias-cmh/relatos-periodisticos-sobre-victimas-del-conflicto>. [Citado en 23 de mayo de 2015].

SUÁREZ, Jorge Eduardo (2011). *La literatura testimonial de las guerras en Colombia: entre la memoria, la cultura, las violencias y la literatura*. En: *Universitas humanística*. [En línea]. <http://revistas.javeriana.edu.co/index.php/univhumanistica/article/viewFile/2155/1398>. [Citado en 21 de mayo de 2015]. P. 277.

VELÁSQUEZ TORO, Magdalena (1995). *Aspectos de la condición jurídica de las mujeres*. En: *Las mujeres en la historia de Colombia*. Tomo I. *Mujeres, historia y política* (pp. 183-228). Bogotá: Presidencia de la República Editorial Norma.

VILLAMIZAR, Darío (1995). *Aquel 19 será. Una historia del M-19, de sus hombres y sus gestas. Un relato entre la guerra, la negociación y la paz*. Bogotá: Editorial Planeta.

WILLS, María Emma (2004). *Las trayectorias femeninas y feministas hacia lo público en Colombia (1970-2000): ¿Inclusión sin representación?* Austin, Texas: The University of Texas at Austin. [En línea] <https://www.lib.utexas.edu/etd/d/2004/willsobregonm30908/willsobregonm30908.pdf>. [Citado en 20 de agosto de 2015].

**Anexo. Matriz de análisis de las narrativas testimoniales de mujeres excombatientes.**

<b>Nombre y grupo armado</b>	<b>Vida familiar</b>	<b>Vida académica</b>	<b>Vida laboral</b>	<b>Militancia política familiar y personal</b>	<b>Experiencia guerrillera</b>	<b>Ser mujer</b>	<b>Participación política</b>
<p><b>Dora Margarita</b> ELN y M-19 Entrevista realizada por Patricia Lara. Tomada del libro: "Las mujeres en la guerra", Editorial Planeta, Bogotá, 2000.</p>	<p>Mi infancia la pasé en un inquilinato. Quedaba en Medellín. En un solo cuarto dormíamos mis dos hermanas, mi hermano, mi mamá y yo. Nos acomodábamos todos en una cama doble. En esa casa viví desde los dos años hasta los diez. De ahí nos fuimos a vivir a un tugurio. Mi papá murió</p>	<p>A los siete años me mandaron para la escuela pero yo me quedaba por ahí jugando. Un día llegó una nota preguntando si estaba enferma o era que no iba a volver. Cuando mi mamá se dio cuenta que no iba a estudiar me dijo: "Si usted no va a la escuela le toca ponerse</p>	<p>Mamá me consiguió trabajo en una casa y me mandó para allá con la ropa en una cajita. Yo era niñera y ayudante de cocina. Me tocaba pelar yuca, tendía camas, barría y limpiaba el piso. No sé si a mi mamá le pagaban por mi trabajo, a mí no. A veces, cuando me equivocaba, me echaban fuele pero como la puerta permanecía con llave, no podía</p>	<p>Yo no sé si mi mamá era liberal. Supongo que sí. En mi casa no se hablaba de política. El que sí nos gustaba era el general Rojas Pinilla. Él hacía que nos dieran leche y queso. Mi mamá decía que él era el único presidente que se había preocupado por los pobres. Cuando vivíamos en el tugurio llegó un cura</p>	<p>Para mí no fue dura la llegada a la guerrilla. Yo había recibido entrenamiento en las afueras de Medellín pues el cura siempre nos decía que teníamos que estar preparados cuando llegara el momento de coger camino para el monte. Mi primer contacto con el ELN fue en un campamento para los recién ingresados en el que luego de unos días determinaban si</p>	<p>A los doce años me ennovié con José. Él tenía quince. Era el cuñado de mi hermana mayor. Era una gran persona. Trabajaba en construcción. Él fue mi primer amor. Con él me hice mujer. Un año después de haber ingresado a la guerrilla, unos compañeros de la ciudad llegaron con unos periódicos que hablaban de un asalto a</p>	<p>En 1989 oí que el M-19 iba a entregar las armas... Yo estaba sola, no tenía con quien comentar, no tenía a quien decirle que sentía que había perdido el tiempo, que había perdido mi vida, que me daba vergüenza pensar en todos esos campesinos que yo había convencido para que se entregaran a</p>

<p>cuando yo tenía dos años. Él no nos dejó nada. Mis tíos y mis abuelos tenían plata. Eran dueños de una finca de caña con trapiche en Santander pero con La Violencia lo perdieron todo. Se quedaron sin nada. Cuando mi papá murió a mi mamá le tocó salir a lavar ropa en las casas de los ricos. Salía cuando todavía estaba oscuro y nos dejaba solos. Mi hermana nos cuidaba. Ella tenía siete años. Cuando venía del</p>	<p>a trabajar”. Después de un año volví a la escuela. La maestra tenía la costumbre de pegarle a uno con una férula si no sabía la lección o si pasaba al tablero y se equivocaba. Allá pasaba mucha hambre y eso hacía que me desmayara a cada rato. Nosotros íbamos a la escuela con la ropa que a mi mamá le regalaban en las casas. Casi siempre íbamos si zapatos pero a mí eso no me</p>	<p>volarme. Una amiga de mi mamá trabajaba como guarnecedora de zapatos, ponía las hebillas, hacía las costuras, doblaba el cuero y formaba los zapatos. Como yo no pude seguir estudiando, mi mamá le pidió que me enseñara ese oficio. La señora le dijo que podía enseñarme, pero que no me podía pagar. Mi mamita me consiguió un trabajo de niñera de medio tiempo. El otro medio día iba a aprender a hacer la guarnición. Un día, la señora que me enseñaba me</p>	<p>franciscano. Abrió una droguería y conformó un club juvenil que se llamaba “Los Conquistadores”. José y yo nos metimos a trabajar con él y le ayudábamos a clasificar los medicamentos que él llevaba. Luego de un tiempo nos enseñó a poner inyecciones, a curar heridas y a coger puntos. Él nos enseñaba cosas y nos hablaba de la importancia de ayudar a los pobres. Después comenzó a hablarnos de la revolución</p>	<p>uno servía o no para la guerra. Yo iba preparada, motivada, así que todo me parecía lindo. El cura fue a visitarnos y nos dio mucha alegría verlo. Luego de unas dos semanas nos dijeron que recogiéramos nuestras cosas porque íbamos a caminar. Luego de unas horas llegamos a un campamento en el que había unas setenta personas. Nos dijeron que ese era nuestro destino final, que a partir de ese momento empezaba nuestra vida como integrantes del ELN. En ese momento fui consciente de</p>	<p>un campamento del ELN en el que habían muerto varios compañeros y me dijeron que José había caído ahí. Tomé el periódico, leí la nota, y me encontré con su nombre. Él había sido mi único amor... Recuerdo que sentí mucha rabia... Me fui para mi hamaca y lloré, lloré en silencio, a escondidas, pues en el ELN llorar era síntoma de desmoralización. En Cuba viví con dos compañeros Abel y Héctor. Los dos intentaron enamorarme</p>	<p>la causa porque disque necesitábamos crecer, ser fuertes y tener muchos colaboradores que nos ayudaran a conseguir nuestro objetivo ¡Y ahora les salíamos con ese chorro de babas! ¡Qué desilusión! Era la segunda desilusión política que yo sentía: primero, haber creído en Fabio Vásquez... después, haber creído en el Eme... ¡En ambos había dejado de creer! Cuando el M-19 iba a dejar</p>
--	--	---	---	--	--	---

	<p>trabajo, mi mamá traía lo que sobraba en las casas donde trabajaba o compraba harina tostada y hacía mazamorra. A veces era de dulce y otras de sal. Era rica con papa salada. En una ocasión mi mamá me llevó a la casa en la que trabajaba. Era una casa grande, con cosas y comodidades lejanas al mundo en que yo vivía. De mi infancia, el recuerdo más grabado tengo es el del hambre.</p>	<p>importaba tanto como aguantar hambre... Perdí mucho tiempo en la escuela. Cada vez que mi mamá descubría que yo no iba me metía a trabajar en una casa. A los diez años terminé cuarto de primaria. Me matriculé para hacer quinto pero cuando me dieron la lista con lo que necesitaba mi mamá me dijo: "Yo no puedo comprar todo eso", así que no pude estudiar más. A la casa en</p>	<p>dio \$5.000 y me dijo que no me tenía más, que me fuera a buscar trabajo. Mi mamá me dijo que ella tampoco me podía tener más que tenía que buscar cómo vivir entonces me arreglé y me fui a conseguir trabajo en las zapaterías de Itagüí. Me recibían, pero cometía muchos errores, desperdiciaba el material, ponía las hebillas al revés, entonces me botaban. Así duré hasta que adquirí práctica. Cuando volví a Medellín me puse a trabajar en una zapatería pues era lo único que sabía hacer. No hablaba con</p>	<p>cubana, del Che Guevara, del cuento de la lucha... Nos habló del ELN y nos dijo que era un grupo que quería acabar con las injusticias. Era el año 1967. El cura nos organizó por células. Eran grupos pequeños en los que nadie conocía ni sabía dónde vivían los demás. Salíamos a pegar carteles con propaganda del ELN, asaltábamos droguerías, hacíamos inteligencia y montábamos operativos para quitarles el revólver a los</p>	<p>que la vida del tugurio, mi mamá, José, todo había quedado atrás... Ahora comenzaba la vida en el monte, la desilusión, la guerra, la soledad... En el campamento conocí a Gabino, a Poliarco (así le decían al cura Pérez), a Abelito y a Fabio Vásquez, el jefe. Hacer curaciones fue la primera tarea que me pusieron pues ellos sabían que yo había aprendido enfermería con el cura. La vida en la guerrilla era muy rutinaria. Levantada antes del amanecer, recogida de</p>	<p>pero ninguno me atraía. Sin embargo, luego de mucha insistencia, decidí entablar una relación con Héctor, un ser humano muy bonito que aportó mucho a mi formación intelectual. Los cubanos nos dieron un apartamento y empezamos a vivir una vida de pareja. Poco tiempo después supe que estaba embarazada, pero yo sentía que no podía traer un hijo a este mundo a sufrir. Fueron seis semanas de mucha confusión. Sin embargo, al hacerme un examen me</p>	<p>las armas, un compañero que sabía dónde era mi casa, me buscó y me dijo que fuera, que firmara, que yo tenía derecho de aparecer en la lista de amnistiados... Le dije que no, que todo eso me parecía un engaño, que yo creía que iba a pasar lo mismo de siempre, que cuando entregaran las armas los iban a matar uno a uno... Un día, dos o tres meses después, mientras estaba en la fábrica trabajando,</p>
--	---	--	--	---	---	--	--

	<p>Pasé hambre desde muy chiquita. En la casa del pobre había unas monjitas que reunían lo que botaban en la plaza de mercado y lo ponían a cocinar en unas ollas inmensas. Nosotros llevábamos un plato y una cuchara. Ahí nos servían una sopa que tenía unos gusanos blancos... Con eso almorzábamos. Mi mamita no nos pegaba porque no nos alcanzaba. Nosotros más coríamos</p>	<p>que vivíamos con los compañeros que viajamos a Cuba iban profesores a enseñarnos. Ellos me nivelaron y me ayudaron a hacer el bachillerato. Luego ingresé a la escuela del Partido Comunista a estudiar filosofía, estudié enfermería en un hospital de la escuela y me metí a la Universidad de La Habana a estudiar historia.</p>	<p>nadie así que nadie sabía que yo había sido guerrillera... Al salir del trabajo veía las noticias y así me enteré del secuestro de Álvaro Gómez y del inicio de las conversaciones de paz con el gobierno.</p>	<p>celadores. Las armas se las dábamos al cura. En una ocasión el cura salió de viaje y unos hombres extraños empezaron a rondar su casa. Él no se volvió a aparecer por allá y nosotros tampoco. Se acabó el club "Los Conquistadores" y la droguería. Nadie volvió. A los pocos días apareció en el periódico el nombre y la foto del cura. Decía que era integrante del ELN. Como a las dos semanas nos hizo llegar un papelito con su letra. Decía:</p>	<p>hamacas y carpas, ejercicios, aseo personal, desayuno, estudio político, tareas militares, contacto con las masas, recreación, dormida, y vuelta a empezar. En el entrenamiento aprendí a manejar armas cortas y largas. Yo no amaba las armas pero ellas se le van metiendo a uno y se van convirtiendo en parte de uno. Yo pertenecía al grupo de los cercanos a Fabio. Ese grupo combatía poco pues su trabajo era de dirección. Un trabajo más político que militar.</p>	<p>dijeron que la sangre mía y la de Héctor no eran compatibles y que si el bebé nacía tendrían que hacerle una transfusión inmediatamente. Decidí sacármelo. El aborto es legal en Cuba. Estando en el M-19 Pizarro me puso al frente de un grupo de quince compañeros. Yo estaba contenta pero se notaba que a ellos no les gustaba que los mandara una mujer. Todo el tiempo tenía que demostrar que era tan fuerte como ellos, que tenía su misma capacidad</p>	<p>mientras me ocupaba en hacer guarniciones de zapatos, me enteré por la dueña de la fábrica que habían matado a Carlos Pizarro... Sentí un gran dolor pues yo había sido en una época parte de su equipo de seguridad y sabía que era un hombre profundamente honesto, que todo lo hacía con verriquera, que siempre actuaba porque estaba convencido de lo que hacía. Sentí un gran dolor</p>
--	---	--	---	---	---	---	--

	<p>rápido y nos quedábamos en la calle hasta cuando ella guardaba el fute... A mí solo me pegó una vez. De mi infancia solo me quedan tres buenos recuerdos: la libertad tan sabrosa en que vivíamos, los barquitos de papel que hacía para jugar entre el agua cuando no iba a la escuela, y una muñeca negra de trapo que me hizo mi mamá. Todo lo demás fue pobreza. A veces yo le preguntaba a mi mamita: ¿Por qué me</p>			<p>“Alístense”. Hablé con José y le dije que me pensaba ir para la guerrilla. Él no estaba convencido de tomar esa decisión así que acordamos que lo pensaría y que yo me iría adelante. Alisté una bolsa con un pantalón y una camisa. No le dije nada a mi mamá. No me despedí. Estaba obnubilada con el cuento de la guerra...</p>	<p>A mí me tocó la Operación Anorí, cuando el Ejército, comandado por el general Álvaro Valencia Tovar, nos hizo un cerco de aniquilamiento total. Ese fue uno de los momentos más duros de la guerra. Los que íbamos con Fabio logramos romper los anillos creados por las tropas para cercarnos y luego de muchas dificultades logramos salvarnos. Éramos unas cuarenta personas. A los demás grupos los aniquilaron. Después de Anorí, Fabio salió con el cuento de que estaba enfermo y se fue para Cuba.</p>	<p>física, que mi equipo era igual al de ellos. Fue duro, porque además era una época en la que había que combatir prácticamente todos los días. En esa época el M-19 se había acercado a las FARC y a los otros grupos guerrilleros y me tocó convivir algún tiempo con ellos. En las FARC había mucho más machismo que en el ELN y que en el M-19. Allí eran los hombres quienes mandaban y las mujeres quienes obedecían. Ellas eran sumisas. Las</p>	<p>pero no pude llorar... Seguí trabajando, a las cinco me fui para mi casa, me encerré en mi cuartico y, sola, me puse a llorar... Afortunadamente encontré la metafísica y gracias a ella he podido superar toda esta historia... En la metafísica uno aprende que todo lo que sucede es por algo... Si pudiera volver a vivir no escogería el mismo camino. La historia de Colombia ha sido la matazón de una generación</p>
--	---	--	--	---	---	--	---

	<p>hizo? ¿Por qué me trajo a este mundo a sufrir? Ella me respondía: “Yo no la hice. Su papá se me montaba y me hizo este montón de hijos. Un día, mi hermana mayor le dijo a mi mamá que nos fuéramos a vivir a un tugurio, que así no tendríamos que pagar arriendo, y nos fuimos. Nos acomodamos en un cuarto igual de pequeño al del inquilinato, pero este</p>				<p>Un día, seleccionaron un grupo de diez compañeros, nos llevaron para Bogotá, y de ahí, viajamos a Cuba para participar de una escuela de entrenamiento. Cuando Fabio viajó a Cuba, los compañeros comenzaron a cuestionar su jefatura, su arbitrariedad, sus excesos, sus castigos, sus órdenes de fusilamiento. Para mí eso fue muy duro pues yo tenía una fe ciega en él... Al fin y al cabo lo había dejado todo (mamá, familia, compañero) por ingresar al movimiento que él representaba porque se</p>	<p>ponían a cocinar y les daban los peores turnos en la guardia. En las FARC había discriminación hacia la mujer, una especie de rechazo soterrado por haberse atrevido a incursionar en un terreno tan propio de los hombres. Solo vi una pareja estable en los seis meses que estuve cerca de las FARC. Los tipos cambiaban con frecuencia de compañera y ellas no protestaban a pesar de que los continuos cambios de parejas</p>	<p>tras otra. Llevamos muchos años de desangre... Esta ha sido una guerra eterna. Las armas no son la salida... Lo digo con la información y la experiencia que hoy tengo...</p>
--	---	--	--	--	--	--	--

	<p>estaba hecho de latas y cartones. No había pavimento, agua, ni luz, ni lavadero, ni cañerías, nada. El agua había que cargarla en baldes de un pozo que quedaba como a cien metros. La policía llegaba, nos tumbaba el ranchito, pero nosotros lo volvíamos a construir... Hasta que nos dejaron en paz. Cuando empecé a trabajar me hice responsable de mi mamá. Ella dejó de lavar y</p>				<p>supone que íbamos a cambiar el país... La desilusión fue muy grande... En medio del replanteamiento que vivía el ELN luego de Anorí, quienes habíamos viajado a Cuba quedamos como quien dice botados en La Habana. Estando allá, los cubanos organizaron una reunión con Jaime Bateman, el jefe del M-19 y él nos echó su cuento, su idea de armar una nueva guerrilla, y nos dijo que estaba buscando gente. Bateman nos pareció un líder. Hablaba con seguridad. Era carismático. Aglutinaba. Era cálido y divertido,</p>	<p>generaban conflictos entre ellas. La mayoría de las mujeres que ingresaban a las FARC lo hacían para huir del maltrato familiar, de la persecución de los padrastros y del exceso de trabajo que les ponían en la casa. Algunas lo hacían porque les atraía algún guerrillero o porque les llamaba la atención el poder que generan las armas. En las FARC solo conocí a una sindicalista que realmente estaba convencida de la causa. Las demás eran</p>	
--	---	--	--	--	---	--	--

	<p>planchar. Yo le daba los alimentos y lo que necesitara. Para esa época el gobierno había emprendido un programa de vivienda para pobres a través del Instituto de Crédito Territorial. Me inscribí y me dieron una casita. Así pude vivir por fin en una casita en la que había agua, luz, baño, puertas... Le conté a mi mamá y nos mudamos para allá. Cuando me vine de Cuba ya hacía parte</p>				<p>y nos convenció. Decidimos unirnos a su lucha. Mi primer trabajo con el M fue en Bogotá. Organizábamos operativos para conseguir dinero, asaltábamos farmacias, y hacíamos cubrimientos en diferentes tipos de acciones. Un día, luego de participar en un operativo de importancia y mientras esperaba que me asignaran una nueva tarea, decidí acompañar a unos compas a pegar unos carteles, y nos pillaron. Nos llevaron a la estación VI de Policía, nos aislaron, nos</p>	<p>campesinas que habían encontrado en la guerrilla una solución a la vida que llevaban.</p>	
--	--	--	--	--	--	--	--

	<p>del M-19; sin embargo, antes de reincorporarme a la lucha viajé a Medellín para ver a mi mamá a quien hacía dieciocho años que no veía... La vi tan viejita... Me emocioné tanto... Me dio tanta alegría... No me preguntó nada, no me reprochó nada... Nos abrazamos y lloramos juntas... Mi mamita me contó que todavía vivía en la casita que yo había conseguido, que todavía debían parte de la deuda, y</p>				<p>metieron en unos calabozos sucios y nos dijeron que nos preparáramos porque nos iban a matar... En la noche nos sacaron y nos llevaron al Cantón Norte, allá nos dejaron en unas caballerizas... Sentí pánico. De repente entraron un grupo de hombres, me amarraron, me metieron la cabeza entre una funda y me metieron la cabeza entre el agua, en una alberca. Me metían la cabeza, me la sacaban y me la volvían a meter. Me quitaron la ropa y me dijeron que me iban a violar.</p>		
--	--	--	--	--	--	--	--

	<p>que los habían allanado varias veces. Estuvimos tres días juntas. Conversamos mucho, fue bonito el reencuentro. Al final le dije que tenía que retomar mi lucha. Nos abrazamos y cogí camino nuevamente. Cuando llegué a Medellín busqué a mi familia. Mi mamá estaba muy enferma, vivía en una pobreza extrema, no había pagado los servicios y estaba a punto de perder la casa... Me</p>				<p>Me golpeaban la cabeza y no me dejaban dormir... La tortura duró doce días. Luego me llevaron para la Cárcel del Buen Pastor. Estar en la cárcel fue como llegar al Paraíso. Las presas nos dieron afecto, ropa, zapatos y comida. Allá aprendí a conocer a Colombia y también a valorar a mi familia... Salí a los tres meses y de una me fui para el monte. Cuando me contacté con los compañeros nuevamente me mandaron para el Caquetá, a la columna de Germán Rojas, el comandante Raúl. Allá ayudé</p>		
--	--	--	--	--	---	--	--

	<p>acuerdo que le di un abrazo largo y que en ese momento sentí que no tenía caso regresarme para el monte, volver a vivir en medio de la desconfianza y de la inmensa improvisación que reinaba en esos días en la organización ... Entonces decidí quedarme en la casa y ver por mi mamá. Gracias a mi trabajo en la fábrica pude juntar el dinero para que mi mamita pagara su casa y se lo</p>				<p>a entrenar a los compañeros en el uso de explosivos. En 1982 me volvieron a mandar para Cuba. Participé en un curso de entrenamiento con un grupo que lideraba Carlos Pizarro. Después de un tiempo regresamos al monte. Ayudé a construir varias escuelas de entrenamiento. Luego, Pizarro me puso al frente de un grupo de quince compañeros y me mandó a la primera línea de combate. En el M-19 se combatía mucho más que en el ELN. En 1984, estando en diálogos de paz con el</p>		
--	--	--	--	--	--	--	--

	<p>di. No iba a visitarla porque mis hermanas no querían verme. Decían que yo era una guerrillera peligrosa y que solo le había llevado dolor a la familia. Arrendé una piecita y mi mamá iba de vez en cuando a visitarme. En esa época pude hablar bastante con ella. En 1991 a mi viejita le dio un cáncer de colón que la invadió con gran agilidad. Cuando ella murió quedé totalmente desamparada</p>				<p>gobierno de Belisario Betancur, se presentó el ataque del Ejército a nuestro campamento en Yarumales. Combatimos quince días y quince noches sin descanso. El Ejército atacó con todo: bombas, metrala, fuerzas especiales, cañones, aviones... Nos defendimos como tigres y solo tuvimos dos bajas... Lo más duro de la guerra es la muerte, la pérdida de los compañeros. Son dolores que se van acumulando. Uno no es consciente de eso mientras está en la lucha pero</p>		
--	---	--	--	--	--	--	--

	.				<p>cuando para se lo devora el dolor de cada muerto, de todos los muertos... Lo que más lacera es que en la vida clandestina hay que ocultar los dolores, pues son producidos por muertos estigmatizados, marcados, innombrables. Y ese ocultamiento hace que nunca sanen, que se eternicen... Después de Yarumales nos acercamos a Cali pues los comandantes creían que podíamos tomarnos la ciudad. Esa concepción de que estábamos en capacidad de aguantar una guerra de posiciones como</p>		
--	---	--	--	--	--	--	--

					<p>si tuviéramos quien sabe qué armamento empezó a parecerme una locura...</p> <p>Al poco tiempo me dijeron que iba a hacer parte de las fuerzas especiales de la organización...</p> <p>Armé mis contactos, conseguí y transporté explosivos, pero algo en la actitud de los compañeros me empezó a generar desconfianza. Los compañeros eran fríos, no parecían que fueran de los nuestros y eso hizo que empezara a sospechar que estábamos infiltrados, que nos estaban</p>		
--	--	--	--	--	---	--	--

					tendiendo una trampa... La situación en la que estaba me dio paranoia, entonces aproveché que unos compañeros iban a cumplir una tarea a Medellín y me fui con ellos.		
<b>Nombre y grupo armado</b>	<b>Vida familiar</b>	<b>Vida académica</b>	<b>Vida laboral</b>	<b>Militancia política familiar y personal</b>	<b>Experiencia guerrillera</b>	<b>Ser mujer</b>	<b>Participación Política</b>
<b>Liliana López “Olga Lucía Marín” FARC-EP Entrevista realizada por Patricia Lara. Tomada del libro: “Las mujeres en la guerra”,</b>	Yo nací y me crié en Armenia. La nuestra era una casa grande que siempre estuvo rodeada de flores. Mi mamá se llamaba Elvira. No era muy cariñosa pero conversaba bastante con	En Bogotá, mi mamá me matriculó en el Juan Ramón Jiménez, un colegio de clase media dirigido por Manuel Vicente y María Bonilla Gamba, gente muy especial, humanistas y buenas	Comencé a trabajar desde muy joven. Mi hermana hacía artesanías y yo le ayudaba. Aprendí a hacer muñecos de paño <i>lency</i> y con el dinero que ganaba me costeara el estudio. Mis hermanos se fueron de la casa y lo que mi hermana me	En mi casa no había oído hablar mucho de violencia. A veces mi papá se refería las matanzas, a los pájaros, a los cortes de franela. Contaba que cuando mataron a Jorge Eliécer Gaitán hubo saqueos en Armenia, que	A comienzos de 1980 oí hablar por primera vez de las FARC. En esos días, unos campesinos habían llegado a Bogotá para pedir ayuda porque el Ejército los estaba golpeando. Venían de El Pato y Guayabero. Nosotros hicimos una colecta en	En la JUCO tuve mi primer novio Carlos Peña, era militante también. Fue una relación bonita pero no duró mucho porque yo le tenía miedo a eso de enamorarse y llenarse de muchachitos como le había pasado a mi	A mediados de los años 70’s el movimiento juvenil estaba en auge... Yo me convertí poco a poco en una dirigente estudiantil y eso me animó a ingresar a la JUCO. Como militante de las

<p><b>Editorial Planeta, Bogotá, 2000.</b></p>	<p>nosotros. Ella era la que respondía por el hogar, la que rebuscaba, la que impulsaba a sus hijos a progresar... No tuvo mucha educación pero siempre nos insistió en que teníamos que estudiar y conocer el mundo. Mi papá en cambio era muy conservador. Yo conversaba mucho con él pero nunca discutí sus posiciones políticas, eso hizo que tuviéramos una buena relación. Mi</p>	<p>personas. En el Juan Ramón cursé hasta segundo de bachillerato. Fue una época bonita. Nos daban clases de teatro, música, títeres, lo que si no nos daban era religión. Como yo costeaba mi estudio mi papá tuvo que dejarme cuando quise ingresar al Liceo León de Greiff. Allí estudiaban los hijos de varios militantes del Partido Comunista. Lo dirigían Arturo Alape</p>	<p>pagaba no me alcanzaba para cubrir mis gastos. Entonces decidí conjugar mis estudios con el trabajo y me metí como correctora de libros en la Imprenta Colombia Nueva, donde se imprimía el periódico Voz Proletaria.</p>	<p>desvalijaron su almacén de ropa y que él se había salvado gracias a un amigo... Papá no hablaba mucho de eso porque sabía que mi mamá era de familia liberal y que había sufrido mucho a causa de La Violencia. Mi papá sufrió mucho cuando me volví comunista. Decía que el entendía que yo me metiera a la actividad política porque él había sido concejal en un pueblo de la zona cafetera, pero sostenía que era una bobada trabajar para</p>	<p>solidaridad con ellos y los llevamos a la Universidad para que contaran lo que les estaba pasando. Yo les pregunté por la guerrilla y ellos me dijeron que por ahí estaba, que trabajaban con la gente, que a veces se les veía y a veces no. Trabajando en la imprenta me tocó corregirle un texto a un compañero. Cuando terminamos el trabajo me dijo que por qué no me iba para las FARC y ayudaba a escribir documentos, que yo podía ayudar mucho en el área de educación. El asunto me quedó sonando y a los</p>	<p>hermana... Cuando llegué a la guerrilla me dijeron que me acomodara en el suelo, junto con otras dos mujeres, junto a la cama del camarada Jacobo. Ahí dormían varios hombres. Las parejas dormían en cambuches especiales en la parte de atrás de la casita de madera en que vivía el comandante. En la noche, los hombres casi nunca se acercaban sexualmente a las mujeres. Sólo lo hacían si habían establecido una relación con ellas. Podían atreverse a</p>	<p>juventudes comunistas participé en diversas escuelas de formación política, asistí a numerosos congresos estudiantiles y tuve una participación muy activa en el Paro Cívico de 1977: pegué carteles, pinté consignas en las paredes y ayudé a vender el periódico Voz Proletaria. Me gustaba mucho la idea de luchar por una sociedad distinta, más justa y sin hambre. Cuando ingresé a la guerrilla, esa vida tan</p>
--	---	---	--	---	--	---	---

	<p>papá era muy machista. Creo que hubiera podido esforzarse más pero él sentía que todos teníamos la obligación de atenderlo. Él hizo crecer en mí la admiración por mi mamá. Creo que debieron tener un buen matrimonio... Por lo menos nunca pelearon delante de nosotros. Como Armenia era muy pequeña para las aspiraciones de mi mamá, vendimos la casa y nos vinimos a vivir</p>	<p>y su esposa Marina. Varios estudiantes pertenecían a la JUCO. En cuarto de bachillerato me salí del León de Greiff y me matriculé a quinto en el colegio nocturno de la Universidad Libre, allá me gradué de bachiller.</p>		<p>los pobres porque no le daban a uno nada y en cambio, si uno se relacionaba con ellos, no se le abrían las puertas y se quedaba pobre. Al finalizar la década de 1970 cayó en mis manos un libro sobre las guerrillas Búlgaras en el que se hablaba de una guerrillera que se llamaba Yanira... Ese personaje me caló...</p>	<p>días dije listo: "Me voy". El 20 de noviembre de 1981 ingresé formalmente a la guerrilla. Me dijeron que iba a trabajar con Jacobo Arenas pero yo no tenía ni idea de quien era él... No sabía que era el ideólogo, el segundo hombre de las FARC luego del camarada Manuel Marulanda. En el campamento había unos treinta guerrilleros y solo tres eran mujeres. Con migo llegaron dos más. La noche se nos vino encima. Hacía frío. Estábamos en el páramo de</p>	<p>buscarlas pero si las compañeras no querían tenían que retirarse porque les armaban alboroto y los sancionaban. Si uno aceptaba era otra cosa. Cuando ingresé al Frente tuve que enfrentar una situación muy complicada por el hecho de ser mujer y ser de la ciudad. Esas dos variables hicieron que fuera muy poco lo que pudiera desarrollarme como persona, como mujer y como militante. En la guerrilla como en Colombia hay machismo pues los guerrilleros también se han</p>	<p>activa que yo tenía en la JUCO quedó reducida a pagar unas horas de guardia, cocinar, asistir a una que otra charla política y a ver palos y micos todo el día... Me aburría, me sentía estancada y no encontraba espacio en lo político. El riesgo de la muerte está presente desde que uno toma la decisión de luchar para cambiar el país... Cuando uno ve que a las organizaciones legales se</p>
--	---	--	--	---	--	--	--

	<p>a Bogotá. Conseguimos una casa en Chapinero. Mi padre montó una oficina de compra y venta de propiedad raíz y mi mamá siguió cosiendo, como siempre lo había hecho. En Bogotá armamos una barra de 30 o 40 muchachitos. Corríamos por todas partes y la pasábamos rico. En general tuve una buena infancia. No tengo malos recuerdos de esa época. Cuando salí de la cárcel me fui para mi casa en</p>				<p>Sumapaz. Mi primera tarea en la guerrilla fue ayudarle al camarada Jacobo a transcribir documentos. Luego aprendí a marchar, a utilizar armamento y a pagar guardia. Luego de un tiempo, me di cuenta que mis habilidades como mecanógrafa no eran tan buenas, así que le pedí al camarada Jacobo que se buscara otra asistente y me dejara ir a algún Frente a trabajar en educación. Él estuvo de acuerdo y unos meses después me mandó para el Frente Dieciséis. Comencé</p>	<p>formado dentro de una sociedad machista... El 40% de la guerrilla está conformado por mujeres, pero la lucha de la mujer todavía es vista como algo secundario. Es importante lograr que tanto en la guerrilla como en el país, el papel que juegan las mujeres se aprecie más. Raúl ha sido el hombre de mi vida. Tenemos afinidades y eso ha hecho que nuestra relación sea muy sólida. Cuando salí de la cárcel decidí quedarme con Raúl y me puse al frente de su</p>	<p>les cierran las puertas, que no hay posibilidades políticas para que ellas funcionen y que asesinan a los líderes que actúan en la legalidad, uno dice: "Si no se puede por la vía legal va a tocar por la vía armada"... No obstante, para las FARC siempre ha existido la posibilidad de que la lucha no se haga a través de las armas... A mí me mantiene en esta lucha la convicción de que es una lucha justa, pero tengo</p>
--	---	--	--	--	--	--	---

	<p>Bogotá. Hacía tres años que no veía a mi mamá. Para esa época mi papá ya había muerto. Mi mamá quería que me quedara con ella pero solo me pude quedar tres días... Enseguida, me devolví para el monte, me volví a encontrar con Raúl, y decidimos que trabajaríamos juntos.</p>				<p>trabajando como enfermera pues eso era algo que había aprendido mientras estuve trabajando con Jacobo. Luego comencé a acompañar al comandante a hacer reuniones con los campesinos y por último me asignaron la tarea de organizar una escuela de formación política. La idea era que la base guerrillera se formara en temas básicos de economía, de filosofía, de política, y que se buscara que conocieran bien el reglamento de las FARC... Algunos compañeros no sabían leer ni</p>	<p>guardia. Desarrollamos muchas actividades juntas. Recorrimos muchos Frentes, hablamos con la gente, realizamos trabajo con la población civil e hicimos trabajo político. Estuve en el Secretariado hasta 1990 y, luego de eso, con Raúl acordamos tener un hijo. Estuve en el monte hasta que tuve cinco meses de embarazo. Luego salí y tuve la niña. Estuve con ella un año y luego decidí dejarla al cuidado de unos amigos...</p>	<p>claro que la lucha armada no puede ser nuestro fin. En 1995 me encargaron la tarea de asumir la representación de las FARC en México. Claro que cada vez que puedo vengo al país pues me oxigena mucho estar aquí, ver a la gente, y saber de primera mano cómo marcha el trabajo de la organización. Nosotros consideramos que cada vez estamos más cerca del triunfo y que el proyecto avanza. La organización</p>
--	--	--	--	--	--	---	---

					<p>escribir así que también organizamos un curso de alfabetización. En 1984, estando en medio de las conversaciones de paz, me enviaron junto con una compañera a hacer una gestión con el Secretariado y en el camino nos detuvieron. Con la detención vino el maltrato y la tortura. Cuando salí de allá pesaba 47 kilos y mi peso habitual es de 64.</p>	<p>Es duro separarse de los hijos pero es difícil abandonar la lucha cuando uno lleva tantos años metido en ella.</p>	<p>cada día es más grande, cada vez tiene más experiencia, y sentimos que cada vez es más viable la posibilidad de llegar a ver implantado en el país nuestro proyecto político.</p>
<b>Nombre y grupo armado</b>	<b>Vida familiar</b>	<b>Vida académica</b>	<b>Vida laboral</b>	<b>Militancia política familiar y personal</b>	<b>Experiencia guerrillera</b>	<b>Ser mujer</b>	<b>Participación Política</b>
<p>María Eugenia Vásquez</p>	<p>Yo nací en Cali, el 24 de julio de 1951. Papá y mamá se separaron</p>	<p>A los 4 años empecé a estudiar en un colegio en Cali. Lo</p>	<p>Estando en la Universidad conseguí un empleo con el DANE para</p>	<p>En Sibundoy conocí otra realidad a través de mi madre. Ella</p>	<p>Durante un buen tiempo no supe con quién militaba. Yo intuía que era</p>	<p>Yo estaba por creer que tenía un corazón pequeño-burgués e</p>	

	<p>antes de mi nacimiento. Daniel Vásquez fue un papá de retrato, siempre ausente. De mi infancia lo que más recuerdo son las vacaciones con los abuelos en el campo. Papá Marcos era un colono huilense que llegó al Valle del Cauca para fundar familia y propiedad. Las vacaciones eran momentos de libertad al aire libre. Yo esperaba con ansiedad las vacaciones para irme con</p>	<p>dirigía una ex-monja de origen Vasco que había sido expulsada de España por anti-falangista, se llamaba Mercedes Ayanegui. En el colegio éramos felices. Las profesoras eran especiales y nos hacían sentir importantes. Allá hice kínder y primaria. Con el traslado a Bogotá me matricularon en un colegio de religiosas, el colegio Alvernia. En Sibundoy no había</p>	<p>hacer encuestas y ganarme unos pesos.</p>	<p>había hecho buena amistad con los indígenas <i>camsá</i>. Mi relación con ellos fue de curiosidad y de respeto. En el colegio de Pasto conocí el mundo del teatro. Nuestro director era Armando Guerrero, un estudiante de Derecho de la Universidad de Nariño. Su asistente era Álvaro Velasco, los dos eran militantes del PCCML. El teatro, sumado a la sensibilidad social cultivada por mi madre y afirmada por las monjas,</p>	<p>con el ELN pero resultó que hacía parte del proyecto que tenía Jaime Bateman para traer la guerra a las ciudades. En ese momento la fuerza de las armas me atraía, yo entre al mundo de "Tania la guerrillera" como "Alicia en el país de las maravillas". El cambio de nombre fue un paso hacia el mundo de la clandestinidad, con él se ocultaba la identidad real y desaparecía la historia personal. Me llamé Claudia Montenegro. En la noche salíamos a pintar letreros: ELN, EPL, FRAC = Victoria. ¡Viva la</p>	<p>idealista y que no había príncipes azules en el mundo de la revolución cuando apareció Ramiro. Él estudiaba economía, tenía un discurso marxista radical sin pertenecer a ningún grupo político estudiantil. Nuestro amor estuvo en subienda desde el principio así que me fui a vivir con él. A los pocos meses supe que estaba embarazada. Él ahuyentó mi miedo con un abrazo y a mí me pareció fácil eso de formar una familia, estudiar y</p>	
--	--	--	--	---	--	--	--

	<p>mamá María a acompañar al abuelo. Las vacaciones eran el momento para compartir con los primos. Éramos como 20. La navidad de 1957 mi mamá llegó con regalos y con un señor que me dijeron que iba a ser mi padre. “El Pato”, como lo llamaban me simpatizó, tenerlo como papá no estaba mal. Era capitán de la policía y lo nombraron alcalde militar de Sevilla, Valle. Mi mamá y yo viajábamos</p>	<p>colegio de bachillerato así que me tocó estudiar en Pasto con las mismas monjas del Alvernia. El colegio se llamaba Maridíaz. Me gustó desde el principio. Lo único que me costó fue adaptarme al internado. Cuando terminé el bachillerato me inscribí en la Universidad Nacional. Lo primero que llamó mi atención fueron los letreros que habían en las paredes. Todos hablaban de lucha y de</p>		<p>una rebeldía de adolescente que no sabía por dónde saltar y a las lecturas de la guerra civil española y del Periódico Frente Unido del padre Camilo Torres que leí entando en el grupo de teatro cambiaron mi vida. De los ocho integrantes del grupo de teatro seis pasamos a militar a la izquierda marxista. Terminé el bachillerato con novio universitario, Rodrigo Apraez uno de los líderes del movimiento estudiantil de izquierda que</p>	<p>unidad guerrillera! Mi primer trabajo serio consistió en transportar con Rogelio desde Risaralda a Bogotá, una dinamita que nos dio Iván Marino. En 1973 nuestro comando recibió la tarea de preparar las condiciones para una reunión nacional. Compartimentar estaba de moda, así que los invitados venían con toda clase de gorras, pasamontañas, anteojos y bufandas para ocultar sus rostros. Los únicos que aparecieron con la cara al aire fueron Jaime Bateman, Iván Marino y Boris.</p>	<p>militar. Mi relación con Ramiro fue muy convencional. El peso de los quehaceres recayó en mí. Él era el intelectual, el que trabajaba, el que hacía política y yo su mujer, la que criaba al hijo y lo atendía a él. Esto hizo que la relación se deteriora rápidamente. Mi hijo tenía 8 años cuando descubrí que Ramiro tenía una novia gringa. Me deprimí al extremo y enfermé de tristeza. Era mi primer dolor de amor. Regresé a la universidad pero me tocaba</p>	
--	--	---	--	--	---	---	--

	<p>hasta allá los fines de semana. Había mucha violencia. La gente hablaba de la chusma y de los pájaros. A "Pato" lo ascendieron a mayor y lo nombraron comandante de la policía de transportes en Bogotá. Entonces nos fuimos a vivir a la capital. En la plenitud de mi adolescencia "Pato" se retiró de la policía y se compró una finca en el Valle del Sibundoy, Putumayo, nos trasladamos</p>	<p>revolución. La universidad de la época veía en el padre Camilo Torres un ejemplo del "ser consecuente", un llamado a la práctica política directa, en oposición a los debates teóricos. El auge de los grupos armados en América Latina reforzaba la idea de la insurrección.</p>		<p>despuntaba en Pasto. Empecé a participar e un grupo de estudio maoísta y me declaré atea. Cambié mi vocación de veterinaria por la de antropóloga. En la Nacional el debate político y el tropel cautivaron mi atención. Supe que varios grupos tenían sus ojos puestos en mí pero un compañero llamado Rogelio, sin mediar lecturas ni charlas me vinculó con Iván Marino Ospina. En 1975 le dije a Jaime Bateman que</p>	<p>En ésa, la Primera Conferencia Nacional nació la propuesta política de constituir un nuevo grupo armado. Decidimos llamarnos "Comuneros". Este nombre caracterizaría al movimiento y su reivindicación de lo nacional. Nuestra política se regía por tres antis: anti-imperialista, anti-oligarquía y anti-sectaria. Un domingo me citaron como a las siete de la mañana en el reloj del Parque Nacional. Allí un muchacho de ojos vivaces, al que llamaban "El Turco" me indicó que iba a participar en un</p>	<p>trabajar el doble. Realizaba el oficio de la casa en la mañana, dejaba preparado lo necesario, teteros, comptas, pañales limpios para que en la tarde, mientras yo asistía a clase, una vecina adolescente se quedara con el niño. Al comando en el que estaba se sumó Élmer Marín y, entre operativo y operativo, él siempre buscaba mi proximidad. Fue mi primer amante. Fue él quien recuperó mi cuerpo. No nos poníamos citas nos</p>	
--	--	--	--	---	--	--	--

	<p>allá. En Sibundoy vivimos casi año y medio, fue nuestra mejor época. Yo cursaba quinto de bachillerato cuando "El Pato" murió y con él acabaron nuestra estadía en Sibundoy y la vida familiar. Entonces vino el dolor. Del viejo no nos quedó más que el recuerdo. Su hermano, abogado y Senador de la República, cayó sobre nosotras como un buitre y se apoderó de nuestra propiedad.</p>			<p>yo quería trabajar con las masas y él me mandó a hablar con Andrés Almarales, director del periódico mayorías de la ANAPO. Cambié de frente y empecé a moverme en la vida legal. Desde que empecé a acercarme al mundo de la militancia me había empeñado en hacer que mi cuerpo y mi corazón aprendieran a conspirar. Para mí ese proceso fue lo más natural. Nunca lo sentí como un deber sino como una</p>	<p>operativo de propaganda armada: sacáramos la espada del Libertador de la urna en que reposaba en la Quinta de Bolívar. En nuestras manos, la espada del Libertador estaría lista para nuevos combates por la libertad y la democracia. A mí me tocó custodiar la entrada principal con otros dos compañeros. Todo salió bien. En la noche, los noticieros interrumpían su programación habitual para informar que un grupo autodenominado 19 de Abril, M-19, acababa de robarse la</p>	<p>veíamos a escondidas. Cuando entré a trabajar a Mayorías abandoné mi condición de ama de casa y sentí como si hubiera salido de una crisálida. Tenía 23 años.</p>	
--	---	--	--	--	---	--	--

	<p>Cuando mi mamá se secó las lágrimas ya se habían llevado hasta los perros. Nos trasladamos a Pasto y mi mamá consiguió trabajo como secretaria en la Lotería de Nariño.</p>			<p>opción personal. Creo que nuestros jefes desacralizaron la actividad revolucionaria y la acercaron a los anhelos juveniles de la época, la hicieron compatible con el amor, con la rumba, con el teatro, con la risa y con el estudio. No nos exigieron sacrificios sino que nos ofrecieron alternativas de vida.</p>	<p>espada del Libertador y de tomarse simultáneamente el Concejo de Bogotá. En 1978, después de nuestra Sexta Conferencia, Bateman me encomendó una nueva tarea, apoyar el montaje de las Móviles, nuestras estructuras de acción político-militar en las zonas rurales. Ese trabajo me encantó. Viajaba a los campamentos, trabajaba con los compañeros, me enteraba de cómo iban las cosas. Llegó diciembre, el 31 Bateman me puso una cita y me pidió llevar un carro cargado</p>		
--	--	--	--	--	--	--	--

					<p>con armas hasta Ibagué. El 3 de enero se conoció la noticia de que el M-19 había sustraído cerca de 5.000 armas del Cantón Norte de Bogotá, a través de un túnel construido desde una casa del sector. El 4 de enero cayeron presos los primeros compañeros y, fruto de las torturas, a los pocos días cayeron las primeras caletas en que se habían guardado las armas. Los detenidos se contaban por miles a lo largo y ancho del país. La idea de rescatar a los presos se convirtió en una obsesión para</p>		
--	--	--	--	--	---	--	--

					<p>Bateman. La toma de la Embajada de la República Dominicana se planeó en Melgar muy cerca de la principal guarnición militar de contraguerrilla del país. "El flaco" me comunicó que yo haría parte del comando que entraría a la sede diplomática y buscaría la libertad de nuestros compañeros. La idea me hizo saltar de la dicha. De la embajada salimos para Cuba y allí participamos en una escuela de entrenamiento antes de volver a Colombia.</p>		
--	--	--	--	--	--	--	--

